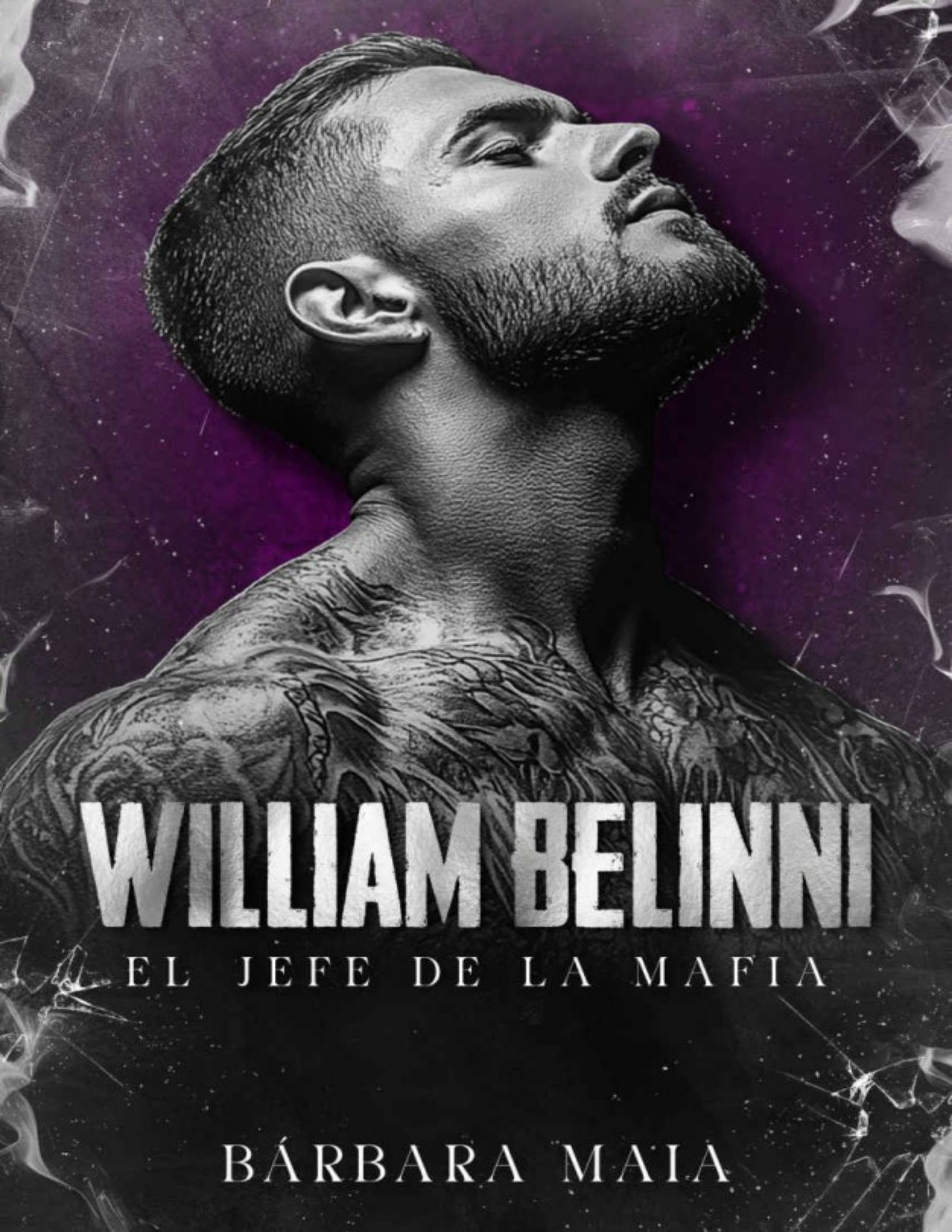

WILLIAM BELINNI
EL JEFE DE LA MAFIA
BÁRBARA MAIA

WILLIAM BELINNI

EL JEFE DE LA MAFIA

BÁRBARA MAIA

Copyright © 2026 BARBARA MAIA

WILLIAM BELINNI

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico o de cualquier otra índole, sin el consentimiento y la autorización previa y por escrito de la autora o del editor.

Portada: Giovana Martins

Traducción: Matías SM

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos reales es mera coincidencia. Ninguna parte de este libro podrá ser utilizada o reproducida por ningún medio existente —tangible o intangible — sin la autorización previa y por escrito de la autora.

TEXTO REVISADO CONFORME A LA NORMATIVA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE).

ÍNDICE

Sinopsis

Dedicatoria

Epígrafe

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

SINOPSIS

AGE GAP (Diferencia de edad) - EMBARAZO - MATRIMONIO ARREGLADO - ROMANCE EN LA MAFIA - CHICA VIRGEN - HOMBRE POSESIVO - MOMENTOS FAMILIARES TIERNOS

William Belinni es el heredero directo de una de las mafias más poderosas de Estados Unidos. Entrenado para gobernar Chicago con mano de hierro, el mafioso de voz ronca, sonrisa salvaje y físico imponente siempre ha tenido todo a su disposición. Con su padre al borde de la muerte y la sucesión acercándose, William debe cumplir un último deber antes de asumir el trono: elegir una esposa adecuada y consolidar su poder.

Rebecca Windsor es la personificación de lo que una princesa de la mafia debería ser: hermosa, educada y moldeada para obedecer. Criada por padres fríos y prometida a un hombre de conveniencia, creció sabiendo que su futuro nunca le pertenecería.

Todo cambia la noche en que huye de una fiesta en apuros y se encuentra con un extraño en el jardín. Él permanece oculto en las sombras, y ella no puede ver su rostro. Rebecca sabe que debería

volver adentro; las chicas buenas lo harían. Pero quizás no es una chica buena, pues desafía las reglas de su mundo y permanece allí.

Él no le dice su nombre. Ella no sabe quién es. Pero jamás se habría imaginado que el "amable jardinero" era, de hecho, William Belinni, el hombre más peligroso de Chicago.

En esa conversación a oscuras, Rebecca se escucha por primera vez en su vida. Y el futuro Don encuentra algo que nunca esperó sentir: conexión.

Ella está comprometida con otro hombre, y él podría tener a cualquier mujer que quisiera, pero nada de eso le impide querer tomarla para sí mismo.

Al desafiar a su prometido a una pelea pública, William está dispuesto a matar y morir para ganar la mano de la única mujer que lo ha cautivado.

De su dulce obsesión.

DEDICATORIA

Para mi Mari.

Hoy dormiste en mi regazo, me abrazaste en la cama, y sentí tus bracitos envolviéndome con todo el cariño y amor que hay en ti. Ahora soy tu mundo, y sé que, con el paso de los años, todo esto cambiará.

Harás muchos amigos, experimentarás algo de amor y descubrirás que puedes llegar muy lejos sin necesitar la mano de tu mamá o tu papá para sostenerte.

Y aunque desearía profundamente que pudieras experimentar todo esto, si pudiera, pondría cada momento que hemos vivido juntas en un pequeño frasco, solo para congelar el tiempo y no olvidarlo nunca.

Me encanta cuando bailas. Me encanta aún más cuando bailas *y* cantas a la vez, mezclando frases, palabras desordenadas, y aun así sonando *definitivamente* mejor que el cantante original.

Me encantan todos los abrazos de buenos días que me das. Me encantan todos los besos de buenas noches que te doy. Me

encanta leerte las mismas historias docenas de veces.

Me encanta tu risa y todas tus palabras, buenas o malas. Las malas, lo confieso, son mis favoritas y siempre las guardaré en mi corazón.

No tengo el poder de mantenerte como una niña para siempre. Y eso es bueno. Porque quiero verte explorando el mundo, alcanzando tus sueños y experimentando todas las cosas hermosas que existen.

Mientras duermes, mamá escribe un libro que, una vez publicado, quedará inmortalizado de alguna manera.

Por eso mi dulce Mari, mami te dedica este libro.

Siempre quise hacer esto, pero confieso que me daba miedo mezclar un romance con escenas apasionadas con algo tan puro como tú. Sin embargo, el tiempo me ha enseñado que no hay nada deshonesto en lo que hace mamá. Que mi trabajo es digno. Y que, de hecho, puede ayudar a la gente a superar momentos difíciles que a veces pasan por su cabeza.

Escribo historias de amor.

Y tú, mi amada hija, eres la encarnación del amor más grande que he sentido jamás.

Solo tienes dos años, y quién sabe, en el futuro, cuando tengas la edad suficiente, quizá te interese este mundo de la lectura que ayudó a mamá a superar tantos días difíciles. Quizás te enamores de los personajes y suspires por ellos también. O quizás tomes otras decisiones, tengas otros gustos, otras pasiones... y nunca leas una sola página de lo que escribo.

Aun así, sea cual sea el camino que elijas, aquí estaré. Nunca te dejaré.

Te amaré cada día, cada momento, incluso cuando pienses que no mereces ese amor.

No necesitas hacer nada para ser amada. Te amo porque eres mía. Y te amo tal como eres.

Eres mi *Sunshine*, mi hijita.

Mi rayo de sol, que ilumina mis días cuando todo parece gris.

Eres la alegría de mi vida.

Con amor,

De tu mamá que te ama "muchoooo".

EPÍGRAFE

"No existen las casualidades, vibramos en la misma frecuencia de aquello que estamos destinados a encontrar".

Joe Dispenza

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola!

Antes que nada, quiero agradecerte enormemente por elegir mi libro para leer.

Me apasionan las historias de la mafia, y una de las familias más queridas de mi universo, especialmente entre mis lectores, es sin duda la familia Belinni. Los libros *"Dan Belinni: Embarazada del Mafioso Mortal"* y *"Otto Belinni: Esposa para el Mafioso Cruel"*, disponibles en Amazon Brasil, han conquistado el corazón de muchos. Por eso decidí escribir esta *novela derivada especial*, dedicada a sus padres: William y Rebecca Belinni, donde todo empezó.

Aunque los personajes principales ya han aparecido en mi universo, este libro es **independiente** y **no es necesario leer ningún otro libro previamente** para entender la historia.

Antes de empezar a leer, me gustaría destacar que este libro es un romance ambientado en un contexto mafioso, no tradicional, y que la relación entre los protagonistas no debe normalizarse.

Esto es puramente una obra de ficción y la autora no aprueba ni apoya este tipo de comportamiento en la vida real.

A lo largo de la historia, habrá escenas de consentimiento cuestionable, lenguaje soez, agresión física, psicológica y verbal, así como contenido sexualmente explícito.

Sin embargo, **no hay traición en ninguno de mis libros.**

Este libro es para lectores mayores de 18 años.

Si no te sientes cómodo con los detonantes presentados, te sugiero que busques otro libro.

Pero si decides seguir leyendo el libro, debes saber que me encantó escribir esta novela y espero, desde el fondo de mi corazón, que la historia de amor de William y Rebecca también te conquiste.

¡Disfruta tu lectura!

Con amor,

Bárbara Maia

CAPÍTULO 1

Rebecca Windsor

—¡Dios mío! ¡Creo que puedo explotar de ansiedad en cualquier momento! —Mary salta de un lado a otro y se abanica mientras sostiene el labial con una de las manos. Está temblando—. ¡Dios, no voy a lograr ponerme esto! ¡Se me va a correr todo y voy a quedar como un payaso cuando él me mire!

—William Belinni no va a mirarte, Mary —le advierte Harper a su hermana, poniendo los ojos en blanco a continuación. Las dos son gemelas, pero no podrían tener personalidades más distintas.

—¿Y por qué no? Los planetas están alineados. Todo está conspirando a favor de mi romance con el hijo del Don de la mafia —rebate con firmeza, suspirando.

—Dios mío —murmura Harper—. Nuestros padres dijeron que vamos a conocer a nuestros pretendientes, pero dudo muchísimo que alguno de ellos sea el futuro jefe de la Outfit. Si William Belinni estuviera interesado en nosotras, papá estaría tirando fuegos artificiales en este momento.

—Ahora hablas así, pero quiero verte mirarme con desdén cuando me convierta en la primera dama de la Outfit.

—Mary, solo estoy siendo realista. William Belinni está buscando esposa y todas las mujeres de la mafia lo saben. Hoy va a ser prácticamente una guerra por obtener migajas de la atención del hijo del Don. Princesas mucho más ricas y de familias todavía más influyentes van a pasar todo el tiempo a su alrededor. La posibilidad de que te mire es inexistente. Él no es tu pretendiente.

—Los planetas están alineados —repite—. Y estamos cerca de Navidad. Ciertas cosas mágicas pueden pasar, ¿no es así, Rebecca?

Ella me mira con brillo en los ojos y mi corazón se entibia.

Mary es romántica y esperanzada. Harper es fría y áspera, aunque tiene un corazón enorme y haría cualquier cosa por las personas que ama. En el fondo, su personalidad seria no es más que una coraza de protección.

—Claro que sí, amiga —respondo—. Pero, independientemente de ese muchacho, cualquier hombre sería afortunado si te tuviera como esposa.

Su sonrisa se ensancha y la mía también, pero Harper suspira de forma audible.

—Espero que tu ángel de la guarda sea fuerte, porque yo sola no voy a poder impedir que tu corazón se haga mil pedazos por culpa de tus sueños exagerados.

Estamos en mi habitación, arreglándonos para la fiesta de Navidad de la Outfit, la mafia de Chicago. La familia Belinni lo controla todo, y los rumores que circularon durante toda la semana dicen que hoy el primogénito del Don finalmente estará en busca de una esposa.

William Belinni asumirá el trono muy pronto; su padre está enfermo y todos saben que la sucesión está cerca. Por eso, la mitad de las mujeres de la Organización está a punto de quedarse sin aliento.

Ser elegida por él significa convertirse en la primera dama de la mafia: la mujer más respetada, intocable, protegida… aquella que carga con la devoción del hombre más temido de Chicago.

Mi padre, al igual que el padre de Mary y de Harper, es uno de los hombres de confianza del Don.

Crecimos bajo las leyes de la mafia, guiadas por reglas rígidas, sumisión, silencio cuando era necesario y disciplina ante todo. Tal vez por eso no tengo muchas amigas. O mejor dicho: casi ninguna.

Tengo dieciocho años, padres fríos y ningún hermano con quien compartir el peso de la vida. Toda mi educación fue doméstica y, si no hubiera sido por las gemelas, me habría vuelto loca. Ellas viven en la casa de al lado y, por ser "princesas" como yo, mi madre permitía que pasara algo de tiempo con ellas.

Yo vivía para esos momentos. Esos pequeños intervalos de libertad y risas eran todo lo que tenía.

Los otros días, me encerraba en mi habitación, me ponía los auriculares y dejaba que la música llenara el vacío. Los estilos clásicos siempre fueron mis favoritos, pero aprendí a amar todos los estilos musicales.

La melodía dulce me hacía compañía en los días solitarios y me traía alegría cuando estaba triste.

Pero la verdad es que la tristeza nunca reinó por completo en mi corazón. Incluso estando sola, siempre fui demasiado soñadora como para creer que mi destino fuera solo… eso. Prefería pensar que, en algún lugar, la vida guardaba algo bonito para mí.

Bueno, tal vez me parezca más a Mary de lo que me parezco a Harper.

—Déjame ayudarte, querida —le digo a Mary, tomando el labial para aplicárselo. Ella asiente y se sienta en el borde de mi cama mientras pinto sus labios de rojo.

—El rojo no es un buen color si quieres besar a William Belinni —provoca Harper—. Se te va a correr.

El tono que usa hace parecer que es la reina de la experiencia besando chicos, pero la verdad es que es tan virgen e inexperta como nosotras.

—Pensé que habías dicho que ni siquiera iba a mirarme —rebate su gemela en cuanto termino con el labial.

—¿Qué es lo que ustedes ven en él? —pregunto, sinceramente curiosa.

Las dos me miran al mismo tiempo, como si estuvieran perplejas.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Qué vemos en William Belinni? —Harper jadea—. Rebecca, él es el dios griego de la mafia.

—El hombre es gigante, musculoso, tiene la piel cubierta de tatuajes y una sonrisa tan salvaje que deja mojada la ropa interior de cualquiera.

—Su sonrisa no es lo único salvaje. —Harper se muerde los labios, conteniendo la risa. Se acerca a nosotras para susurrar, y Mary y yo la imitamos—. Los rumores dicen que también es salvaje en la cama.

—¿Cómo sabes de esos rumores? —replica Mary.

—Tengo mis fuentes. —Harper se encoge de hombros, pero un frío distinto golpea mi estómago y trago saliva, todavía pensando en sus palabras.

También es salvaje en la cama.

—¿Rebecca? ¿Estás bien?

—Estás pensando en William, ¿verdad? —provoca la gemela malvada, y trato de recomponerme.

—No. Ni siquiera lo conozco —respondo, alejándome para terminar mi propio maquillaje.

—¿Nunca lo has visto? —pregunta Mary, impactada.

—No.

Todo el mundo sabe que el Don de la Outfit, Hudson Belinni, tiene dos hijos: William, el mayor, y Robert, el menor. Pero como mi padre nunca me permitió participar en eventos antes de los diecisiete años —y, apenas cumplí esa edad, se encargó de arreglar

a mi prometido, Clark Evans, un hombre tan celoso y controlador como él—, prácticamente no tuve contacto con nadie fuera de nuestra casa.

—William siempre fue muy solicitado y tiene la agenda social llena —explico—. Por eso, en los pocos eventos a los que logré asistir, nunca tuve la oportunidad de verlo en persona.

—Dios mío, ¿cómo te atreves a vivir sin haber visto a ese pedazo de bombón de chocolate?

—No me interesa. —Mi voz sale firme—. Estoy comprometida, por si se les olvidó.

—Con Clark —dice Harper casi con desdén.

—¿Cuál es el problema?

Clark Evans es un hombre de negocios, inteligente, y administra una de las empresas de mi padre. Como soy hija única, el arreglo entre nosotros fue conveniente para que mi padre tuviera un sucesor.

Clark tuvo la idea, mi padre estuvo de acuerdo y no me quedó otra opción más que aceptar.

Mi prometido no es muy alto ni tampoco musculoso, pero siempre fue educado conmigo. No es mafioso, aunque está inserto en el mundo de la mafia. No es guapo, pero tampoco es feo.

—Además del hecho de que es la personificación del hombre sin gracia —bufa Harper.

Mis amigas siempre estuvieron fascinadas por el estereotipo de los soldados: grandes, fuertes y demasiado peligrosos. A su lado, Clark parece un corderito inofensivo.

Nunca estuve enamorada de él, pero tampoco fui el tipo de chica que desafía las decisiones de mi padre. A Clark no le gustaba que yo saliera mucho de casa, aunque también casi nunca aparecía para verme. Por eso, no tuve tiempo suficiente para conocerlo de

verdad, ni para formar una opinión más firme, ni positiva ni negativa.

Lo que sí percibí, en el poco trato que tuvimos, es que Clark es un hombre respetuoso. Nunca intentó tocarme.

Pero, pensándolo bien, con mi madre y los hombres de mi padre siempre cerca, eso tampoco era exactamente sorprendente.

—Parece aburrido, cobarde, nerd y demasiado correcto —enumera Mary—. Sin contar que, las pocas veces que lo saludé, noté que huele a desinfectante y que sus manos son demasiado pequeñas.

—Y femeninas —completa Harper.

—Eso transmite inseguridad, ¿sabes?

—¿Qué cosa? —pregunto, confundida.

—Los hombres con manos pequeñas —insiste Mary—. Si viene un ladrón a robarte, probablemente tendrás que defender a tu marido y a sus manitos.

—¡Dios mío! —Me río—. Si viene un ladrón a robarme, primero va a tener que vencer a los hombres de mi padre.

—Exactamente —dice Harper—. A los hombres de tu padre, porque tu prometido no sería capaz de protegerte con esas manitos.

—¿Será gay? —Mary frunce el ceño, mirando a su hermana.

—¡No! —lo defiendo, ya que la homosexualidad no es algo bien visto en nuestro entorno—. ¡Solo tiene las manos pequeñas, por el amor de Dios!

—Yo tampoco creo que sea gay —dice Harper, señalando mi cuerpo—. Las veces que los vi juntos, cuando tú y tus padres no estaban mirando, Clark te devoró con la mirada. Estoy segura de que te llevaría a la cama antes del matrimonio si no fueras la hija de tu padre.

—Pero creo que no lo haría tan bien como William —argumenta Mary, soltando una risita.

Mi rostro se enciende con el comentario.

En mi casa no se habla absolutamente nada de sexo, y todo lo que sé sobre el tema es lo que las gemelas me cuentan o me dan para leer. Y ellas saben mucho.

Su madre tiene una colección enorme de novelas eróticas escondida en una caja al fondo del armario. Las dos descubrieron el tesoro años atrás y ya leyeron prácticamente todo, siempre con el cuidado de devolver cada libro exactamente a su lugar, como si nunca hubieran sido tocados.

Pero antes se aseguraron de obligarme a leer algunos capítulos ardientes, lo que contribuyó bastante a mi deseo de casarme pronto.

Todo parecía tan… excitante.

—No solo sus manos son pequeñas —comenta Harper, poniendo los ojos en blanco—. Su pene debe ser diminuto también.

—Si esa lógica es cierta, William debe tener una tercera pierna —replica Mary, entusiasmada—. Sus manos son gigantes.

—Y musculosas —completa Harper, soñadora.

Siguen emocionadas, hablando como si fueran especialistas internacionales en anatomía masculina, y mi regazo empieza a arder con solo imaginar cualquier cosa…

Lo cual es totalmente inapropiado.

Sobre todo teniendo en cuenta que estoy comprometida con otra persona y que nunca vi al hijo del Don en mi vida.

—¡Paren! ¡No estoy interesada en William! —susurro con mi tono más firme, intentando silenciar cada célula curiosa que insiste en vibrar dentro de mí. O tal vez intentando convencerme a mí

misma de las palabras que acaban de salir de mi boca—. Clark es guapo, no necesito mirar a nadie más.

Harper suelta una risa corta y va hasta el espejo para retocarse el maquillaje. Lleva un vestido azul, Mary uno rosa y yo estoy completamente vestida de púrpura. Ellas están hermosas; ambas tienen la piel negra y el cabello rizado suelto, cayendo hasta la cintura.

Yo, en cambio, me recogí el cabello en una coleta alta, dejando totalmente expuesto mi escote en la espalda del vestido.

Mamá ni siquiera notó ese detalle, ya que durante la prueba del vestido llevaba el cabello suelto. Pero me gustó tanto el resultado que decidí dejarlo así.

—Querida, no lo tomes a mal, pero tu prometido y toda la población masculina de Estados Unidos no le llegan ni a los talones a la belleza de William —afirma Harper, y Mary sonríe ampliamente al mirarse en el espejo.

—Bueno, mejor que Rebecca no lo quiera. La competencia sería desigual —dice, mirándome a través del reflejo—. Nadie es más bonita que tú.

Niego con la cabeza de inmediato. Las dos son hermosas.

—Amigas, ¿tengo que recordarles por milésima vez que estoy comprometida? —Me río, incapaz de enojarme de verdad con ellas.

Ellas son todo lo que tengo. ¿Cómo no amarlas?

Antes de que puedan responder, alguien golpea la puerta. Una empleada entra y avisa que Clark ya está abajo esperándome para ir a la fiesta.

Mis padres se fueron más temprano, porque mi papá tenía una reunión con el Don y mi mamá quiso pasar un tiempo con su esposa. Solo me permitieron que yo fuera en el coche con mi prometido porque mis amigas estarían conmigo.

Estamos a punto de salir del cuarto cuando Harper me toma de los hombros y me mira a los ojos.

—Rebecca, tú no conoces a William, así que voy a explicarte algo. Con él no existen las medias tintas. Si quiere algo, lo toma. El futuro Don es impulsivo y egoísta, pero es tan poderoso y violento que todos ceden a lo que desea —susurra, y de forma impresionante cada vello de mi cuerpo se eriza con sus palabras—. Si te quiere a ti, te va a tener. Aunque para eso tenga que matar a tu prometido.

Ella toma su abrigo, abre la puerta y sale, dejándome a solas con Mary. Mi amiga se gira hacia mí con una sonrisa amable y me toma la mano.

—No te preocupes por nada, Rebecca. Es Navidad —dice Mary, con una sonrisa que parece capaz de iluminar todo el pasillo—. Y en Navidad pasan cosas lindas y mágicas.

Le devuelvo la sonrisa y entrelazo mi brazo con el suyo. Tomamos nuestros abrigos, bajamos las escaleras juntas, e intento aferrarme a sus palabras como quien se sostiene de un bote salvavidas. Pero, en cada escalón, mi estómago se revuelve en oleadas de ansiedad.

Y no es por el hombre delgado y elegante que me espera en la puerta con una sonrisa perfectamente ensayada. Ni por la cajita de terciopelo que Clark sostiene entre las manos.

Manitos, por cierto.

Tan pequeñas que, de repente, empiezan a incomodarme de una manera que nunca antes lo habían hecho.

Tal vez sea la época del año, la alineación de los planetas o cualquier excusa conveniente para justificar el caos dentro de mí. Pero nunca las opiniones de mis amigas me habían afectado tanto como ahora.

Y no solo por las bromas sobre mi prometido de manos delicadas, que probablemente no sería capaz de defenderme en un

asalto.

Es porque otro hombre ocupa mis pensamientos.

Quiero verlo.

Quiero ver al hombre alto, fuerte, de presencia salvaje, que está a punto de asumir el control de Chicago con mano de hierro.

Manos que imagino grandes, ásperas, tatuadas… lo opuesto a las de Clark.

Algo desconocido se agita dentro de mí con ese pensamiento, pero me esfuerzo por empujarlo lejos.

Porque la verdad es que soy una princesa de la mafia, una pieza en el juego de conveniencia de mi padre, y eso significa que no soy dueña de mi destino.

De mi vida.

Así que, aun sintiendo el corazón acelerarse por el deseo de conocer a otro hombre, respiro hondo para mantener la calma y le dedico una sonrisa forzada a mi prometido.

Pronto me casaré con Clark. Y lo mejor que puedo hacer es aceptarlo.

CAPÍTULO 2

Rebecca Windsor

—¿Quieres beber algo, querida? —me pregunta Clark, intentando tomarme de la mano por tercera vez desde que llegamos a la fiesta.

—No, gracias —respondo, pasando los dedos por mi coleta en el cabello, para evitar que me toque.

El lugar está lleno y mis padres me dedicaron una sonrisa satisfecha al verme llegar con mi prometido. Clark siempre hizo todo exactamente como mi padre quería, y su presencia nunca me había incomodado.

Hasta ahora.

Desde que subimos al coche, algo no deja de rondarme la cabeza: la ausencia de cierta energía masculina en él. Algo proactivo, protector, que vaya más allá de simplemente obedecer las órdenes de otras personas.

Y, Dios mío, Mary tenía razón con su olor. Mi prometido huele a desinfectante y, ahora que soy consciente de ello, resulta casi desesperante.

Después de entrar a la fiesta con él y saludar a mis padres, no he podido volver a tocarlo.

Mary y Harper fueron llamadas por su madre para conocer a dos muchachos y, por lo poco que escuché, sus matrimonios están siendo arreglados.

Eso es común en nuestro entorno.

Los hombres deciden nuestros destinos. Nosotras (mujeres y sumisas) aceptamos cada orden. Ellos proveen. Nosotras les damos hijos y cuidamos de la familia.

Siempre funcionó así, somos tradicionales. Eso es crecer en la mafia.

Cada uno tiene un papel bien delimitado y nunca me molestó, pero en cuanto veo las sonrisas de mis amigas al mirar a sus probables pretendientes, siento una opresión en el pecho.

Porque yo nunca le sonreí a mi prometido de esa manera. Nunca lo miré con tanto interés.

Y, de pronto, mi lado rebelde despierta por dentro y me irrita estar aquí sola con Clark, un hombre del que claramente no sé casi nada, que no quiere saber nada de mí más allá de lo que el matrimonio puede ofrecerle y que tiene las manos demasiado pequeñas.

Y que huele a desinfectante.

Dios mío, creo que ahora tengo el estómago revuelto.

—Rebecca, ¿pasó algo? Estás extraña.

Un mesero pasa con una bandeja y tomo una copa de espumante en ese mismo segundo, lo que hace que Clark frunza el ceño, probablemente porque rechacé su bebida hace apenas unos instantes.

—Los planetas están alineados, puede ser eso —justifico, llevándome la copa a la boca para evitar conversar con él. Y para intentar distraer mi nariz con el olor de otra cosa.

Clark me observa con una arruga marcada en la frente, y lo único que hago es apartar la mirada y volver a concentrarme en mis amigas.

Ellas están riendo con los muchachos, aparentemente de su misma edad, hijos de hombres que son amigos de nuestros padres. Incluso Harper parece feliz, y eso me llena el corazón de alegría. Me gusta verlas bien.

Clark me sujeta del codo con firmeza y necesito contar hasta diez mentalmente para no perder el control.

Manos pequeñas.

Manos pequeñas.

Manos pequeñas.

¡Dios! Las manos de este hombre son casi del tamaño de las mías.

Con discreción, logro apartarlo de mí.

—No es apropiado que me toques. Aún no estamos casados —digo con mi tono más dulce, y él asiente, sin intentar tocarme otra vez.

—Tienes razón, querida. Tendremos mucho tiempo para tocarnos —responde, aumentando mi incomodidad.

Mi desesperación, para ser más precisa.

Se habla mucho, en las novelas, del encanto de estar enamorada, del deseo casi urgente de estar cerca de alguien. Pero existe una sensación todavía más avasalladora que la pasión: la repulsión.

Esa necesidad ardiente de alejarse… y la obligación sofocante de quedarse.

Clark da un paso hacia adelante, sin tocarme, como si quisiera ocupar el poco aire que queda entre nosotros. Su perfume se vuelve más intenso y, en ese exacto segundo, constato que realmente odio su olor.

Y odio aún más todas las sensaciones que me provoca sin necesidad de ponerme una mano encima.

—No veo la hora de que nos casemos. Quiero besarte toda la noche —susurra junto a mi oído, cruzando por primera vez la línea de lo que sería aceptable decir antes del matrimonio.

Pero, *al parecer*, hoy es un día atípico.

Y, bueno, *al parecer*, él realmente no es gay, lo que no disminuye en absoluto mi falta de interés por él.

Interés que, *al parecer*, desapareció de forma abrupta.

Esbozo una sonrisa forzada y hago una nota mental de preguntarle a Mary más tarde cuándo los planetas volverán a desalinearse. Necesito que todo regrese a como era antes.

—Necesito aire —le aviso, terminando de un solo trago el líquido de mi copa y dejándola en la bandeja de otro mesero.

—Voy contigo —dice, pero niego de inmediato con la cabeza.

—No —replico, rígida en exceso. Por suerte, mi tono no salió alto, porque llamar la atención es lo último que quiero ahora. Mi padre está ocupado, y quiero que siga así—. No sería apropiado —repito mi excusa, al notar la renuencia en su rostro—. Dame unos minutos, ¿sí? Puedes ir a hablar de negocios. En un momento vuelvo.

—Rebecca…

—Tenemos toda la vida para estar juntos, ¿verdad? —lanzo mi mejor argumento, y por fin veo cómo su expresión se suaviza.

—No tardes —responde, y apenas espero a que termine la frase antes de escabullirme discretamente por los laterales del salón.

Todos están distraídos y nadie me presta atención, lo que me da la ventaja de llegar hasta la terraza sin recibir más preguntas ni tener que dar nuevas excusas.

Está nevando afuera, así que tomo mi abrigo de manera disimulada de manos de una empleada en la recepción de la mansión y salgo sola hacia la terraza, respirando aliviada cuando me doy cuenta de que no hay nadie allí.

—Gracias a Dios… —murmuro para mí misma, apoyando las manos en la baranda de piedra.

El aire frío de la noche me envuelve, calmando el calor creciente bajo mi piel. Dejo escapar mi aliento lentamente, intentando ignorar el sabor amargo del espumante en mi boca.

O el perfume a desinfectante que todavía está impregnado en mis fosas nasales.

El jardín está parcialmente iluminado, reflejando el brillo suave de las luces navideñas colgadas de los árboles. El viento sacude las ramas y, por un segundo, siento que puedo respirar de nuevo. Bajo dos escalones y camino entre las sombras, alejándome todavía más del salón.

Solo quiero silencio.

Solo quiero… espacio.

Entro en una especie de laberinto de flores y árboles, y solo dejo de caminar cuando distingo un banco en medio del jardín.

Sin pensarlo dos veces, me siento en él, respiro hondo y miro al cielo mientras tomo conciencia de que mi vida está a punto de tomar un rumbo que no quiero.

Un rumbo sobre el que ni siquiera tengo derecho a opinar.

Mary dijo que en Navidad ocurren cosas mágicas, y tal vez eso sea cierto cuando se trata de personas comunes o de chicas que no crecieron en medio de la mafia.

Pero ese no es mi caso. Y la verdad nunca me dolió tanto como ahora.

—Tenía tantos sueños, tantos planes… —susurro, sintiendo cómo la garganta me arde por el llanto contenido.

Me quito el abrigo y dejo la piel expuesta al aire helado, como si el dolor del frío pudiera ser más soportable que el que me

desgarra el pecho.

La sensación que tengo es casi de duelo. De perder para siempre algo que era muy especial y valioso para mí: la esperanza.

Y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

Así que, sintiendo cómo la tristeza me invade y aprovechando que estoy sola en el jardín, aprieto los ojos y lloro en silencio, sabiendo que no tendré mucho tiempo para hacerlo antes de volver al salón y ocupar el lugar que ya fue decidido para mí.

CAPÍTULO 3

William Belinni

Las mangas de mi camisa están arremangadas hasta los codos, pero eso no impidió que la tela quedara completamente manchada de sangre. Mis manos y mis brazos están teñidos de rojo, y golpeé tanto al desgraciado que puedo sentir el sabor metálico en la boca.

Sangre de un traidor.

Estaba a punto de bajar a la fiesta de Navidad de la Outfit cuando mi padre, el jefe de la mafia, me pidió que fuera al fondo de la propiedad para encargarme de un problema.

El problema era uno de los hombres que solía distribuir nuestra droga, pero que huyó con el dinero de la Outfit y estaba desaparecido. Nos encargamos de hacer correr la voz de que había sido perdonado y de que estaba siendo invitado a la celebración de fin de año organizada por mi madre, cuyos invitados eran limitados y formaban parte de la élite de los Estados Unidos.

El idiota mordió el anzuelo y, sin sorprender a nadie, apareció en nuestra casa con traje, listo para la fiesta. Nuestros hombres lo guiaron hasta una sala y lograron sedarlo antes de arrastrarlo discretamente hasta el fondo de la propiedad, dejándolo en el galpón.

Esperándome.

Me divertí con él durante una hora, rompiéndole algunos huesos y dejándole el rostro en carne viva. Mis nudillos están reventados, pero el pecho se me llena de euforia.

Estar en la cima de la mafia nos garantiza soldados para lidiar con cualquier tipo de trabajo, pero hay algo que aprendí de mi padre: hay situaciones que exigen mi presencia. Algunas cosas simplemente no deben delegarse. Cuando externalizas todo, abres

espacio para las traiciones, y yo no puedo darme el lujo de ignorar ningún detalle de lo que sucede en mi territorio.

Además, siempre me gustó el trabajo sucio. Y únicamente no lo ejecuté porque aún será interrogado y yo necesito volver a la fiesta.

Para encontrar una esposa.

—Maldita sea —refunfuño, sin la menor intención de seguir el protocolo.

Siempre cumplí con mis deberes y seguí las reglas de la mafia sin dudar. Estar en la cima significa vivir bajo vigilancia, y una de mis obligaciones es dar el ejemplo. Hacer exactamente lo que manda la tradición.

Nunca fue un problema en el ámbito profesional. Pasé por entrenamientos pesados, fui torturado, golpeado, masacrado… y mantuve la cabeza en alto mientras me convertía en un hombre de honor, capaz de golpear, quebrar y matar a cualquier hijo de puta que tuviera la audacia de ponerme una mano encima.

¿Pero saber que la mafia exige que me case rápido? Eso es una grandísima mierda.

No quiero matrimonio, ni siquiera uno arreglado. Valoro mi libertad, me gusta meter mi verga en vaginas ardientes y vivir sin tener que rendirle cuentas a nadie.

Mi padre quiere que me calme, y mi madre dice que hay princesas dentro de la mafia que serían excelentes esposas y madres. Sin embargo, en todas las fiestas en las que participé, fui bombardeado por madres eufóricas intentando empujarme hacia sus hijas.

Hijas inservibles. Muchachas que apenas me miraban a los ojos y que, claramente, solo sabían bordar, tocar el piano y sonreír como muñecas.

Maldición.

Nunca pensé demasiado en mi matrimonio, pero, definitivamente, pasar el resto de mi vida atado a una mujer insípida no es el destino más atractivo del mundo.

El problema es que mi padre está enfermo y quiere que yo asuma los negocios. Tengo un hermano menor que podría ayudarme, pero Robert comparte la misma esencia que una serpiente: traicioneros, interesados, siempre listos para clavarte los colmillos cuando menos te lo esperas.

—A la mierda —murmuro—. Haré lo que esperan que haga y punto.

En lugar de volver a la mansión por el camino principal, entro en el laberinto de árboles que conduce a mi refugio, el único lugar donde consigo respirar de verdad.

El lugar está oscuro, lo que me da la ventaja de no encontrarme con nadie en el camino, ya que estoy cubierto de sangre y necesito ser discreto hasta darme otra ducha antes de la fiesta. Sin embargo, algo me hace detenerme de inmediato.

Tomo mi arma en cuanto escucho un sonido diferente y me coloco detrás de un árbol, alerta, rastreando el origen del ruido.

Entonces la veo.

En medio del jardín, sentada en el banco que construí con mi padre cuando aún era adolescente, hay una mujer rubia… llorando.

En cualquier otra circunstancia, me molestaría encontrarla ahí. Les pedí a los empleados que colocaran ese banco en el corazón del laberinto justamente para dificultar el acceso. Esa pieza simple, tosca, hecha por mis manos y las de él, representa uno de los pocos momentos en los que mi padre actuó como un padre y no como un Don. Por eso se convirtió en mi refugio cada vez que mi cabeza está en un estado caótico.

Pero, sorprendentemente, no siento irritación al verla sentada en mi banco.

Siento curiosidad.

Sigo observándola durante unos segundos más y noto que, incluso llorando, es absurdamente hermosa.

Guardo mi arma al darme cuenta de que no representa ninguna amenaza y, en ese momento, ella parece notar mi presencia.

Endereza la postura y salta del banco, mirando a su alrededor mientras se seca las lágrimas.

—¿Quién anda ahí?

Maldita sea, de pie es aún más hermosa.

Su cuerpo es un espectáculo, y el vestido morado marca cada una de sus curvas perfectas. Tiene un escote en la espalda que casi me hace perder el control, pero mi sentido común es más fuerte y me quedo donde estoy.

Tengo un impulso primitivo hacia el deseo. Por mi posición, siempre que quise algo, lo tomé sin ningún esfuerzo. Pero, de alguna manera, esta mujer me resulta diferente.

—Yo… ¡Me voy! —avisa, asustada. Su voz casi se quiebra. Las manos de la chica más hermosa que he visto tiemblan tanto que delatan su pánico.

Tal vez porque sabe que, para volver a la fiesta, tendrá que atravesar el laberinto, lo que ya sería lo suficientemente difícil por sí solo, pero sería todavía peor si cree que está siendo perseguida por un hombre en la oscuridad.

—Quédate —digo, usando el tono más suave del que soy capaz, aunque mi voz sigue siendo demasiado grave y ronca como para sonar realmente inofensiva.

No quiero que se vaya. Todavía no.

—¿Quién eres tú? —murmura, apretando las manos contra el pecho, intentando descubrir de dónde proviene mi voz.

Pero está demasiado oscuro. No logra verme.

Y no quiero que me vea así. Estoy cubierto de sangre; solo se asustaría más.

—¿Por qué estás llorando?

La rubia vuelve a mirar el laberinto, probablemente preguntándose si vale la pena huir.

—No voy a hacerte daño —aviso, aún con la voz calmada, pero ella no parece creerme.

—Voy a volver a la fiesta.

—¿A la fiesta de la que estabas escapando? —pregunto, lo que hace que vuelva a mirarme. Bingo—. ¿A quién estás evitando?

—¿De qué estás hablando? —dice, claramente incómoda por haber sido descubierta—. Yo… yo no me estoy escondiendo de nadie.

—Qué lástima. Sería interesante conversar con alguien que también esté huyendo, como yo —cuento una media verdad, intentando que se sienta más cómoda para abrirse conmigo.

Ella duda, mordiéndose el labio inferior. Su mirada cambia de inmediato, y su cuerpo ya no parece a punto de salir corriendo de regreso al laberinto.

—¿Tú también necesitabas respirar un poco? —pregunta con dulzura, confesando su pecado sin darse cuenta.

Bingo, otra vez.

Y por eso las mujeres no se convierten en soldados. La mayoría tiene el corazón blando y cree en la bondad de las

personas. Eso es un suicidio en la mafia.

—Sí. Las fiestas me asfixian, pero son un mal necesario. —Soy sincero, y ella suspira de forma audible.

—Ah, a mí me gustan —confiesa—. Prefiero estar rodeada de gente a sentirme sola, pero… —Suspira otra vez—. Hay compañías tan desagradables que me hacen reconsiderar mis preferencias.

—Quien no controla su propia soledad termina considerando buena cualquier compañía —digo, viendo cómo su postura se tensa. Maldita sea. Nunca tuve que andar con cuidado al hablar con ninguna mujer, pero no quiero que esta, en particular, se ofenda con mis palabras. Por eso, rectifico—: Qué bueno que reconsideres tus preferencias cuando la situación se vuelve crítica.

Ella se ríe, lo que de verdad me sorprende.

Primero, porque no esperaba esa reacción. Y segundo, porque nunca escuché una risa tan dulce y auténtica.

Su risa hace que la comisura de mis labios se curve en una sonrisa leve.

—¿Dije algo malo? —pregunto, sorprendiéndome otra vez por mi necesidad de saber qué está pensando esta mujer.

—No, es que… —duda, sentándose de nuevo en el banco. Por algún motivo desconocido, me siento aliviado al darme cuenta de que se quedará aquí un rato más—. Supiste arreglarlo bien.

—Sí, soy bueno arreglando cosas —comento, porque el entorno político me moldeó así.

Visualizo problemas y los resuelvo. Preveo el caos e intervengo antes de que la mierda explote.

Pero también soy bueno rompiendo cosas. Muy bueno.

Sin embargo, la prudencia me lleva a ocultar esa última información.

—¿Quién eres tú? —insiste.

—¿Quién crees que soy? —le devuelvo la pregunta, y ella entrecierra los ojos, como si intentara pensar.

—No lo sé. Pareces amable, lo cual no es común en la mafia —razona, y mi sonrisa se ensancha.

Nadie me dijo nunca que soy amable. No suelo comportarme así con la gente. Jamás necesité esa habilidad social para conseguir lo que quería.

—Tal vez trabajes con alguien de la mafia, como Clark trabaja con mi padre —continúa, y los engranajes de mi cabeza empiezan a girar para intentar identificar de quién está hablando. Necesito alguna pista para saber quién es ella—. O tal vez seas un camarero. ¿O un jardinero? —Suspira—. No lo sé. Hay muchas posibilidades.

Guardo silencio, intentando pensar en todos los Clarks de la lista de invitados. No recuerdo a ninguno, lo que significa que no es lo suficientemente importante.

—¿En qué estás pensando? —pregunta ella, y recién entonces me doy cuenta de que me quedé callado demasiado tiempo desde su última frase.

—En lo mala que debe ser tu compañía ahí dentro para que prefieras estar conmigo aquí afuera —digo, lanzando el anzuelo, intentando sacarle información sin parecer invasivo. No quiero asustarla—. Podría ser un asesino.

Maldita sea. ¿Qué mierda acabo de decir?

No quiero asustar a la chica y mi impulso es decirle que yo podría ser un asesino. *¡Qué idiota de mierda que soy!*

Pero ella me desestabiliza.

Abro la boca para intentar arreglar mis palabras, pero su siguiente pregunta me sorprende más que cualquier otra cosa.

—¿Me matarías?

CAPÍTULO 4

—¿Me matarías?

Ella no dio rodeos para preguntar lo que quería. Sin embargo, no fue su duda lo que me sorprendió. Fue darme cuenta de que no había rastro de miedo en sus palabras, solo curiosidad.

—No, pero podría hacerlo. Confiaste demasiado en mí —soy sincero, porque por más que yo no tenga el valor de mover ni un dedo del pie para lastimar a esta mujer, otro hombre podría no tener la misma actitud.

—Tal vez la muerte sea un destino menos terrible que otros.

Maldita sea.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, controlándome para no romper la distancia entre nosotros y estrecharla entre mis brazos.

Ella es tan hermosa.

Tan jodidamente delicada, gentil y sincera que me dan ganas de sujetarla para impedir que pase por cualquier incomodidad causada por esa maldita compañía en la fiesta.

—Hay cosas peores que la muerte, *señor Desconocido*. Vivir una vida infeliz está en la cima de esa lista, estoy segura.

—¿Y qué llevaría a una mujer a vivir una vida infeliz?

Ella vuelve a reír, acomodándose el cabello recogido.

Hermosa. Hermosa. Hermosa.

—¿Me lo pregunta para intentar ser un buen marido para su esposa, *señor Desconocido*?

—No estoy casado —digo con rapidez.

—Entonces para tu *futura* esposa —corrige, y no me esfuerzo en negar su afirmación. Tal vez de verdad yo esté haciendo eso—. Tu preocupación es adorable. Es un gesto gentil, y eso dice mucho de ti.

—¿Y sería usted tan amable de responder a mi pregunta?

—Bueno, en mi humilde opinión, tener un mal marido o no tener amor dentro del matrimonio puede llevar a una vida infeliz.

—Los matrimonios en la mafia no son por amor. Por lo general, son por conveniencia —señalo, y ella asiente.

—Lo sé, y eso termina siendo normal para los hombres, ya que muchos continúan viviendo sus vidas, haciendo sus negocios e incluso manteniendo amantes y prostitutas para satisfacer sus deseos —dice con firmeza, y la escucho en silencio, porque sé que tiene razón—. Pero para las mujeres, el matrimonio es mucho más importante. Dentro de la mafia, toda su vida se resume a la familia. Desde pequeñas son entrenadas y educadas para obedecer, con el fin de convertirse en buenas esposas y madres. Son raros los casos en los que pueden estudiar, trabajar o hacer cualquier cosa que no sea de interés directo de su padre o de su marido. Así que, *señor Desconocido*, arreglar un matrimonio sin amor o con un hombre malo para una mujer es lo mismo que condenarla a una infelicidad eterna. ¿No le parece?

—En parte, sí —respondo, cruzándome de brazos—. Coincido en que el matrimonio es mucho más importante en la vida cotidiana de una mujer que en la de su marido. Sin embargo, respecto a la infidelidad que mencionaste, creo que un hombre, después de casado, no debe acostarse con otras. Juró lealtad a su esposa, y los juramentos son sagrados en la mafia. Además, si un hombre no es capaz de ser leal a la mujer con la que comparte la cama todos los días, ¿cómo puede ser leal a la mafia, a la que también juró proteger?

—Ojalá todos pensaran como tú.

Me regala una sonrisa triste, incluso sin verme, y ese gesto simple hace que me arda el pecho.

—¿Te preocupa que te traicionen? —pregunto, pero ella niega con la cabeza.

—No. Es el matrimonio sin amor.

Una bola de ácido se forma en mi garganta y la trago con dificultad.

—¿Te vas a casar?

—En sesenta días. Estoy comprometida.

La bola que me tragué prácticamente explota en mi estómago, quemando como una brasa.

¿Está comprometida? Maldita sea.

No sé por qué demonios me importa, pero odio esa información.

—¿Y él es malo contigo? —Mi voz sale baja y peligrosa.

Ella suelta una carcajada esta vez.

—No exactamente.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Vas a pensar que es una estupidez.

—Solo soy un extraño —explico—. Mi opinión, técnicamente, no debería importar.

—Eres un extraño gentil que, aun teniendo la oportunidad de matarme, no lo hizo, así que tienes cierto crédito conmigo —dice en tono de broma, haciéndome soltar una breve risa nasal.

Me gusta escuchar a esta chica.

—Quiero usar mi crédito para conocer la verdad.

Ella se muerde los labios y sigue mirando en mi dirección, pensando qué hacer. Después de unos segundos, se decide:

—Está bien. —Suspira—. Pero no digas que no te advertí, ¿sí? De verdad es algo bastante tonto.

—Si es importante para ti, no es tonto.

Y estoy seguro de que también será importante para mí, pienso, haciéndome crujir mi cuello para prepararme para atacar al maldito, en caso de que su respuesta me ponga nervioso.

En ese caso, dejaría la ducha para después.

—Tiene que ver con manos pequeñas y con olor a desinfectante —confiesa, conteniendo una risa—. Mi prometido es un hombre respetuoso y trabajador, pero… las manos de Clark son muy pequeñas, casi del tamaño de las mías, y huele a desinfectante.

—¿Del bueno?

—¿Qué? —pregunta, claramente confundida por la pregunta.

—¿Tu prometido huele a desinfectante del bueno o más bien al estilo baño público? —provoco, conteniendo mi propia risa esta vez.

—No lo sé —confiesa con sencillez—. Nunca estuve en un baño público.

A diferencia de mí, que ya frecuenté muchos lugares de mierda en nombre de la mafia.

Me río a carcajadas por su dulzura, y sus mejillas se sonrojan de una forma adorable.

Hermosa. Hermosa. Hermosa.

—Pero explicando mi punto —continúa, y la escucho explayarse mientras esbozo mi sonrisa más amplia, disfrutando verla tan concentrada en convencerme—, sus manos son tan pequeñas

que, si apareciera un asesino para matarnos, probablemente me usaría como escudo o yo tendría que defenderlo a él.

Vuelvo a reír.

—¿Un asesino como yo? —bromeo, pero ella pone sus ojos en blanco, descartando esa posibilidad.

—¡Por Dios! Debes ser el jardinero. Si quitar plantitas marchitas de los árboles te convierte en asesino, entonces yo también soy una pésima chica por comer vegetales.

Ella se ríe.

—Me gusta el sonido de tu risa —digo—. Eres hermosa, ¿lo sabías?

Cuando la miro, sus mejillas están intensamente sonrojadas, y tengo que contener otro impulso de abrazarla.

—¿Puedo acercarme y verte? —pregunta, sorprendiéndome.

No me muevo, aunque sé que no debería verme en este estado.

—Las buenas chicas no se quedan con extraños en la oscuridad.

—Las buenas chicas ni siquiera hablarían con extraños —corrige, lo que me divierte—. Así que todo indica que no soy una buena chica.

Oh, querida, eres la mejor chica.

—¿Tu padre no te enseñó esa regla? —pregunto.

—Sí, pero en este momento no estoy muy interesada en sus reglas.

—¿Por qué? ¿Es solo un interés excesivo en ver mi rostro o hay algo más personal de por medio? —bromeo, sintiendo mi sangre

bombear con fuerza por mis venas a causa de la adrenalina que ella me provoca.

Ella se ríe, pero no hay ningún rastro de humor en su voz.

—Mi padre arregló mi matrimonio con el hombre del que estoy huyendo en este momento —me explica, y la sensación dentro de mí se transforma en lava ardiente de inmediato—. Así que no, ahora no me importan sus reglas.

Maldita sea.

—¿Te gustaría casarte por amor? —pregunto.

—Sería mi sueño.

—Hum, y en una situación hipotética, si tu prometido tuviera manos más grandes y un olor menos… sanitario —digo—, ¿qué te gustaría hacer con él?

Ella duda.

—Conversar, abrazarlo…

—Solo lo obvio —la interrumpo, seco, antes de que continúe.

Una quemazón irritante me sube por el pecho, unos celos estúpidos ante la simple posibilidad de oírla describir cualquier cosa que implique tocar al insípido de su prometido.

—Soy una chica sencilla, *señor Desconocido*. Lo obvio, bien hecho, ya me haría feliz.

—¿No tienes muchas ambiciones?

La rubia niega con la cabeza.

—Quiero amar a mi familia y ser amada por ella. Tener un marido cariñoso e hijos queridos a quienes cuidar.

—Y un marido con manos más grandes y un perfume más agradable —añado.

—Exactamente —dice, sonriendo—. Y me gustaría mucho que mis hijos se llevaran bien, que fueran amigos. No tuve hermanos y crecí sola, pero quiero tener una casa llena y ruidosa.

La pasión implícita en sus palabras casi me hace dejar de respirar. Lo que para mí, hasta hace unos instantes, era una carga, a los ojos de esta mujer hermosa con vestido morado parece algo bello y especial.

Tan bello que, de pronto, empiezo a ver el matrimonio desde otra perspectiva.

—¿Y algo más? —pregunto, y ella se muerde los labios, como si evaluara si debe decírmelo o no.

—Bueno, me gustaría algún día tener la oportunidad de conducir esos coches de lujo que tiene mi padre.

—¿Conducir?

Su pedido me sorprende.

—Sí. Debe ser liberador controlar un coche de miles de dólares y poner música a todo volumen mientras tanto.

—Si vieras una carrera clandestina, entonces te volverías loca —bromeo, y ella entrecierra los ojos.

—¿Alguna vez has visto alguna?

Oh, hermosa, yo participo en ellas.

Y nunca pierdo.

Yo administro las carreras de la Outfit y confieso que la sensación del viento golpeándome el rostro mientras llevo el coche al límite es absurdamente surrealista.

Dopamina pura. Placer. Intensidad en su forma más cruda.

—Sí —es todo lo que respondo, y sus ojos se entrecierran un poco más.

Maldita sea, esta mujer es adorable.

—Qué jardinero rebelde, ¿eh? Las carreras son ilegales.

—Es para ganar un dinero extra —justifico, y su expresión vuelve a cambiar.

Ahora parece sentir lástima por mí.

—¿Tu jefe te paga muy poco? —pregunta, indignada—. Puedo hablar con mi padre e intentar conseguirte un trabajo. No sé cuánto ganas aquí, pero tal vez…

—No te preocupes. Estoy bien —la interrumpo, antes de romper yo mismo mi barrera de autocontrol e ir a besarla.

Porque nunca una mujer se preocupó por mí de esa manera sin saber quién era. Siempre se mueven por interés, jamás por bondad o empatía.

—¿Estás seguro? —insiste, y mi pecho se calienta al ver su preocupación.

—Sí, querida. Las carreras me ayudan —digo para tranquilizarla, porque no quiero revelarle mi identidad.

Todavía no.

Sin embargo, mi respuesta parece dejarla aún más preocupada.

—¿Puedes prometerme que te cuidarás?

—No entiendo —digo, sintiendo el calor irradiar por todo mi cuerpo.

—En esas carreras —explica—. No puedo pedirte que dejes de correr, ya que ni siquiera te conozco y tampoco tengo poder sobre tu vida. Así que, como no quiero ser abusiva ni injusta al quitarte una fuente importante de ingresos, quisiera pedirte que te cuides en esas carreras. No te lastimes. No mueras.

—Lo intentaré. —Mi voz sale baja y ronca, y es casi como si pudiera sentir mi pulso retumbando en los oídos.

—Bien. —Acomoda el vestido como si limpiara la tela—. Necesito volver adentro.

—Está bien.

—¿Vienes?

—Estoy demasiado sucio para eso.

—¿Es por ese motivo que estás ahí escondido? —pregunta con un tono tan cariñoso que hace vibrar mi pecho—. No me importa. Me gustaría verte de todas formas.

No, cariño. No puedes verme así.

—Es mejor que no —explico, y ella asiente, respetando mis límites.

—De acuerdo —dice, todavía sin moverse—. Pero, ¿puedo traerte algo para comer? ¿O pedirle a un empleado que te lo entregue? Prometo ser discreta.

Oh, querida…

—No será necesario. Estoy bien.

—¿Estás seguro? —insiste—. Por lo poco que vi, hay muchas cosas riquísimas en el menú.

—Tranquila —respondo, admirando a esta chica como nunca admiré a nadie—. No te preocupes por mí. Cuídate tú.

—Estaré ocupada intentando mantenerme lejos de mi prometido —dice, y aunque está bromeando, su tono carga una tristeza discreta que hace hervir mi sangre.

Yo me encargaré de eso.

—Quizás puedas conseguir alguna ayuda.

—Tal vez. —Suspira, sonriendo—. Los planetas están alineados y en Navidad ocurren cosas mágicas. Tal vez tenga suerte con ese asunto.

Me río con su respuesta y meto las manos en los bolsillos para impedirme ir tras ella y tocarla. Estoy inmundo.

La rubia se da vuelta para regresar por el laberinto, pero antes de que se interne entre los árboles, la llamo.

—Mira los árboles del lado derecho —digo—. Los que tengan una marca horizontal en la corteza te llevan directo a la salida. Marqué el camino hace años.

Ella se detiene, sorprendida.

—¿Tú… marcaste los árboles?

—Es lo que hace un jardinero cuando no quiere perderse —respondo, y su sonrisa se ensancha.

La mía también.

—Hasta luego, *señor Desconocido*. Quién sabe, tal vez algún día pueda verlo de verdad.

—Dime tu nombre para saber cómo encontrarte —digo, dándome cuenta por fin de ese detalle.

La rubia se vuelve a reír, y creo que nunca me gustó tanto algo en otra persona como el sonido de su risa.

—Rebecca —dice, girando con su vestido hermoso y morado —. Rebecca Windsor.

—Mi Bec —susurro en voz inaudible, pero ella no me oye, porque ya está entrando en el laberinto y siguiendo las indicaciones que le di.

Entonces se va, pero antes observo cada uno de sus pasos para asegurarme de que llegue a la mansión a salvo.

Rodeo la parte trasera de la propiedad y voy a darme una ducha, sintiendo la adrenalina hacer temblar mi cuerpo por la ansiedad de lo que está a punto de ocurrir.

Porque esta noche le pediré matrimonio a Rebecca Windsor.

CAPÍTULO 5

Mis manos están temblando cuando regreso al interior. Mi corazón va desbocado. Y estoy sonriendo tanto que empiezo a suspirar como una tonta.

¿Qué tan loca puedo ser considerada por haber pasado tanto tiempo conversando con un completo desconocido en el jardín?

Y más aún: ¿a qué nivel llega mi locura cuando me doy cuenta de que ni siquiera lo vi mientras hablábamos?

Pero eso ni siquiera fue el punto más alto de la situación. Lo mejor fue que me encantó hablar con él, y podría haberme quedado allí durante horas si no hubiera nadie esperándome.

Un jardinero gentil.

Definitivamente mucho más agradable que los hombres de traje que circulan por la mansión hablando de negocios con ese aire de superioridad, como si nosotras, las mujeres, fuéramos parte de la decoración. Como si nuestras opiniones, sueños y deseos solo existieran para ser ignorados.

Él no hizo eso.

Él me escuchó.

Y tal vez haya sido exactamente eso lo que tanto me llamó la atención: fue el primer hombre que prestó atención a algo más que a mi apariencia.

—¿Dónde estabas? —La voz fría de mi madre me golpea, interrumpiendo mis pensamientos.

Mi sonrisa muere en el acto cuando veo la furia en su rostro.

—Tomando un poco de aire fresco —susurro, mirando a mi alrededor en busca de mis amigas. Las veo conversando con sus

pretendientes, lo que me recuerda al mío.

Pensar en Clark me provoca aún más repulsión ahora.

—Tu prometido estaba buscándote. —Mi madre verbaliza mi miedo, y presiono los labios para reprimir una mueca—. Pero no te encontró.

—Entonces ¿se fue? —pregunto, con la esperanza de que la respuesta sea afirmativa.

—No. Todavía te está buscando.

—Bien, en ese caso, iré a buscarlo afuera —respondo, dispuesta a volver al jardín e intentar conversar un poco más con aquel desconocido.

—Espera —me interrumpe, con los ojos duplicando su tamaño. Mi madre observa algo detrás de mí y, en ese momento, es como si un silencio ensordecedor se apoderara del salón.

Incluso la música se vuelve más silenciosa.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome para ver qué le ha llamado tanto la atención.

—Baja la cabeza, Rebecca. Es el Don.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero obedezco su orden. Lo he visto pocas veces, pero nadie se atreve a sostenerle la mirada a un jefe de la mafia por mucho tiempo. Todos apartan la mirada.

—¿Está con sus hijos? —indago sin pensar demasiado en mis palabras, sintiendo de repente que la curiosidad por William Belinni me vuelve a despertar.

—Solo está con el menor. El mayor, al parecer, no vino a la fiesta.

—Para tristeza de todas las jóvenes solteras. —La voz de Mary suena a mi lado y me doy cuenta de que mis amigas ya están aquí.

Mi madre la reprende en voz baja, pero lo único que hacemos es reír.

—¿Dónde están sus novios? —susurro, viendo aparecer la sonrisa de ella y de Harper.

—Todavía no son nuestros novios.

—Por lo que entendí, pronto serán maridos, lo cual es todavía más oficial —provoco.

—¿Como tú y Clark? —replica Harper, haciendo que un escalofrío de repulsión me recorra el cuerpo.

—Nuestros pretendientes fueron a hablar de negocios —responde Mary, y respiro aliviada por el cambio de foco.

—Creo que van a intentar hablar con el Don. Todo el mundo quiere un poco de su atención —completa su gemela.

—Pero ellos son agradables —continúa la primera, susurrando —. Al menos el hecho de que William no haya venido a la fiesta me ayudó. Creo que si lo viera en persona, mi novio parecería mucho menos interesante.

—¡Señoritas, no puedo creer que estén hablando de esas cosas!

Mi mamá parece indignada al escuchar nuestra conversación y estoy segura de que pasaré varias semanas sin permiso para ver a mis amigas.

Pero ahora no pienso en eso. Mary y Harper serán las responsables de hacer que esta fiesta sea menos aburrida para mí, así que seguiré conversando.

—¿Vamos a buscar algunos aperitivos? —les pregunto a las gemelas, con ganas de alejarme de mi mamá para poder chismear con ellas en paz.

—Cuidado, Rebecca. No comas demasiado. A ningún hombre le gustan las mujeres gordas —advierte mi mamá, y contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

Si los hombres empezaran a preferir mujeres sin brazos, estoy segura de que mi madre encontraría la manera de sacarme las extremidades.

—Está bien, mamá —respondo, arrastrando a mis amigas lejos de ella. Pasar el tiempo escuchando sus historias es infinitamente mejor que hundirme en la melancolía que mi futuro con Clark insiste en provocarme.

Paso los siguientes treinta minutos escuchando a mis amigas contar cada detalle de lo que descubrieron sobre sus pretendientes y me siento realmente feliz al ver su entusiasmo. Son chicos guapos, con manos de tamaño normal y olores más agradables que productos de limpieza, lo que, seamos sinceras, facilita todo el proceso.

Considero contarles sobre mi conversación con el desconocido del jardín, pero quiero repasar todo mentalmente a solas primero. En mi habitación. Reviviendo y memorizando cada cosa interesante que me dijo. Creando mil hipótesis sobre su apariencia y sobre un futuro reencuentro.

—¡Oh, Dios mío! —murmura Mary, boquiabierta—. ¡Ha venido!

—¿Quién? —pregunto, frunciendo el ceño.

—William Belinni —responde Harper por ella, y de repente una sensación caliente recorre mi cuerpo.

Estoy de espaldas a la dirección en la que, supuestamente, él se encuentra, e inhalo profundo para contener el impulso nada apropiado de girar la cabeza como la niña de *El exorcista* solo para espiar. Casi puedo sentir la mirada crítica de mamá sobre mí.

—Cielos… está aún más grande y fuerte. ¿Cómo es posible eso?

—La gente está babeando a su alrededor, pero él parece distraído —comenta Harper.

—Parece que está buscando algo —observa Mary.

—O a alguien —completa la otra, y una nueva ola de calor me golpea.

¿Por qué me estoy sintiendo así?

—¿No eras tú la que estaba enamorada hace segundos? —bromeo, intentando distraer mi mente en lugar de girar la cabeza para mirarlo.

Mary desvía la mirada hacia mí por una fracción de segundo.

—¡Si ese hombre me quisiera, mandaría a mi pretendiente al quinto infierno sin pensarlo dos veces!

Su comentario repentino me hace soltar una carcajada fuerte, y un silencio pesado se instala a mi alrededor.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —La gemela buena casi entra en pánico, y su hermana le clava un codazo en las costillas para que baje el tono.

Mary parece a punto de desmayarse.

—¿Qué pasa? —pregunto, sintiendo que mi corazón casi se me sale por la boca.

—¡Está mirando hacia acá! —Mary sigue alterada, pero Harper me mira con una seriedad que hace que se me enfríe el estómago.

—Rebecca, te está mirando a ti.

Mi autocontrol dura exactamente tres segundos. Giro el rostro lentamente, cediendo a la tentación de finalmente mirar a William

Belinni de cerca.

Lo primero que noto es su altura absurda. Parece capaz de cubrir con su sombra la mitad del salón con solo existir. Hombros anchos, postura arrogante, músculos enormes y bien trabajados. El futuro Don irradia preparación física y testosterona.

Lo segundo son los tatuajes, que suben por su antebrazo y desaparecen bajo la camisa, dándole una apariencia dura y peligrosa.

Lo tercero que veo es la sangre en los nudillos de sus dedos, como si se los hubieran reventado recientemente en una pelea. Ya he oído a mi papá comentar que William Belinni participa y controla peleas clandestinas, pero ¿estaba haciendo eso ahora? ¿En Navidad?

Pero lo cuarto que veo… eso es capaz de hacerme olvidar todo lo demás.

Porque William Belinni sonríe.

Una sonrisa pequeña, ladeada, pero aun así tan salvaje que hace que cada célula de mi cuerpo se estremezca.

Hay un destello de diversión en sus ojos cuando mi mirada se cruza con la suya, como si supiera exactamente el efecto que provoca en las personas.

Miedo. Admiración.

Deseo.

¡Dios! ¿En qué estoy pensando?

Desvío la mirada de inmediato, volviendo a mirar a mis amigas.

—Tienes las mejillas rojas, amiga —provoca Harper, mordiéndose los labios para contener la risa.

Pero la risa no dura mucho, porque los ojos de Mary, que ya estaban enormes, ahora parecen a punto de salirse de su rostro.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome ya para ver qué está ocurriendo.

Y es entonces cuando mi cuerpo se paraliza en el lugar. Porque William Belinni… viene hacia mí.

Todo a mi alrededor parece desaparecer. Siento como si todos estuvieran mirándome ahora, pero estoy tan hipnotizada por el brillo de sus ojos oscuros que no logro moverme.

El futuro jefe de la mafia se detiene a centímetros de mí y su sonrisa se ensancha, pero el gesto es tan cuidadoso que, incluso sin poner las manos sobre mí, siento como si me tocara.

—Hola —susurra, y su voz baja y grave me provoca escalofríos en la columna.

La conozco de algún lugar, pero tengo plena convicción de que nunca he hablado con este hombre antes. Si lo hubiera hecho, lo recordaría. William Belinni no es el tipo de hombre que se deja olvidar.

—Hola —susurro de vuelta, sintiendo la necesidad de presentarme—. Rebecca Windsor.

Extiendo la mano hacia él, lo que ahora me parece una idea extremadamente estúpida. Es como si no supiera qué hacer con las manos.

Estoy nerviosa con él tan cerca de mí, pero lo primero que noto es que huele bien.

—William Belinni —dice, extendiendo su mano para tomar la mía. Toma mis dedos con delicadeza, llevándolos hasta sus labios y besándolos con suavidad.

Mi estómago se congela en el segundo en que su boca toca mi piel. Es cálida y suave. Nunca he sentido nada igual.

Y la segunda cosa que noto en nuestro contacto es lo grandes y musculosas que son sus manos.

Todo en este hombre es enorme, rudo, salvaje. Totalmente distinto a mi prometido, de manos pequeñas y olor a desinfectante.

Hablando de prometido, a lo lejos veo a Clark acercándose, y William parece seguir mi mirada, con su expresión cambiando de inmediato.

No sonríe cuando observa a mi prometido y enseguida vuelve a concentrarse en mí.

—¿Me darías el honor de bailar contigo?

CAPÍTULO 6

—Sí —respondo rápidamente, aunque no hay ni una sola pareja bailando en esta fiesta.

Solo pienso en huir de Clark.

Su mano enorme y cálida se posa en la base de mi espalda mientras me guía hasta el centro del salón, y ninguno de los dos se molesta en decirle nada a nadie. Las personas se apartan de nuestro alrededor, y la propia orquesta deja de tocar para dar inicio a otro tema musical.

Mi corazón late desbocado. Mi respiración, agitada. No tengo idea de por qué este hombre, que es el siguiente en la línea de sucesión de la mafia, me eligió para bailar con él, pero tengo la sensación de que estoy haciendo algo muy mal.

Estoy comprometida con otro hombre. Esto no es apropiado. Pero cuando la melodía empieza a sonar, sigo sus pasos.

Sin dejar de guiarme, William se inclina para susurrarme algo al oído, y mi cuerpo se estremece con su aliento cálido.

—Tranquilízate, Bec. Es solo un baile.

Bec.

Un rayo de reconocimiento me golpea cuando el hijo del Don se aparta de mi rostro, sonriéndome ampliamente.

—Tú eres…

El jardinero.

El jardinero amable al que, de forma inocente, le ofrecí traerle comida de la fiesta… era, en realidad, el dueño de toda la fiesta.

El heredero.

El segundo hombre más poderoso del salón.

—Tu voz. Ahora todo encaja —susurro para mí misma, viéndolo sonreír aún más.

Él me atrae más cerca de su cuerpo y se inclina para susurrarme al oído una vez más:

—Es un placer, por fin, poder presentarme ante ti.

El volumen de la música aumenta y la melodía se vuelve más animada, lo que hace que otras parejas se unan a nosotros. Confieso que me siento aliviada por eso, porque no quiero ser el centro de atención.

—¿Qué piensas de mí, Bec? —pregunta, y lo miro con curiosidad.

¿William Belinni, uno de los hombres más deseados de Estados Unidos, realmente quiere saber mi opinión sobre él?

Guapo. Ardiente. Increíblemente sexy.

Hay una serie de adjetivos que podría usar para describirlo, pero me los guardo.

William Belinni ya tiene a toda la población de Chicago rendida a sus pies; no seré una más de la lista.

Su tono es más relajado ahora, y me dan ganas de sonreír también.

—Despiertas mucha atención femenina —digo, soltando una risa breve—. Al parecer, todas quieren casarse contigo.

—Algunas mujeres no saben lo que les conviene —se burla, haciéndome reír—. Pero dime, ¿tú serías una de ellas?

—No te conozco lo suficiente.

—¿Y a tu prometido sí lo conoces? —dice directamente, obligándome a desviar la mirada.

—No tengo el poder de tomar esa decisión —argumento, y su agarre en mi cintura se vuelve más firme.

Empieza un nuevo tema musical y él me acerca todavía más.

—¿Qué quieres saber de mí? —dice sin rodeos, y lo miro, confundida—. Dijiste que no me conoces lo suficiente. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué hay sangre en tus dedos?

—Esta vez no quise usar desinfectante para limpiarme. Descubrí que ese olor ahuyenta a las chicas bonitas —responde con naturalidad, como si tener la mano ensangrentada fuera algo común.

No debería reírme de su respuesta, pero lo hago de todos modos.

Él me sonríe de vuelta, y siento que mi corazón está a punto de salirse del pecho.

Decido que, definitivamente, su sonrisa salvaje es lo que más me gusta de él.

—¿Peleas? —pregunto.

—Sí.

—¿Peleaste hoy, antes de verme en el jardín?

Su sonrisa se ensancha.

—Algo así —dice, y su mirada brilla cuando se posa en mis labios—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho, ¿y tú? —respondo, sintiendo un frío intenso instalarse en mi estómago.

—Veintiocho. —Se acerca lentamente a mi oído, y sus labios rozan mi piel—. ¿Dieciocho, eh? Ya tienes edad para casarte —dice

en voz baja, y su boca roza suavemente el lóbulo de mi oreja. Doy un suspiro—. Ya tienes edad para jugar a hacer bebés.

—¿Te gusta… *eso*? —Mi rostro se enciende—. Jugar a hacer bebés.

—Sí, amor. Es delicioso —me dice, muy bajito.

Amor.

Me estremezco al escuchar el apelativo salir de sus labios.

Nadie me ha llamado así nunca, y estoy segura de que jamás sonó tan indecente como suena en su boca.

Estoy confundida, acalorada. Este hombre es peligroso.

—A ti también te va a gustar. Te lo prometo —completa.

Un nudo apretado se forma entre mis piernas y respiro hondo, intentando controlarme.

—Estoy comprometida —susurro, aún odiando esa información más que cualquier otra cosa en este momento.

—Lo sé, pero cuando un objetivo me interesa, no pierdo, Bec. Y yo te deseo a ti.

—¿Te sentirías bien contigo mismo? —pregunto con un hilo de voz, mientras mi mirada se desliza hacia su boca—. ¿Con el hecho de tomar a una chica ya comprometida?

—Si ella me quisiera, sí. —Su voz suena más ronca y peligrosa, y él también mira mis labios—. Mereces más de lo que tienes, dulce Bec. Mucho más.

La música se detiene, pero antes de que tenga oportunidad de decir algo, siento una mano fría en mi codo y miro a un lado, viendo que Clark está aquí.

—Señor Belinni. —Él tose y saluda a William con la cabeza baja, pero el futuro Don de la mafia ni siquiera lo mira.

Sus ojos negros y salvajes están fijos en mí.

—Tu madre te está buscando, Rebecca —me dice Clark—. No deberías estar aquí sola.

Intenta parecer firme, pero su voz vacila y está temblando. Clark Evans tiene miedo simplemente por estar en presencia del futuro Don.

Y nada podría resultarme menos admirable que eso.

—No estoy sola —respondo rápidamente.

—No es apropiado que *estén* solos —corrige, volviendo a mirar al mafioso con un poco más de valentía—. Ella es mi prometida.

William suelta una risa sarcástica y aprieta mi cintura con más fuerza, atrayéndome hacia él.

—¿Me estás diciendo qué hacer, Evans? —William inclina la cabeza hacia un lado y entrecierra los ojos—. Hazlo de nuevo, y te juro que no te va a gustar.

—William, necesito hablar contigo.

Los tres miramos hacia un lado y vemos al Don, el padre de William, observando a su hijo con seriedad. Mi padre está a su lado, y mis mejillas se encienden de inmediato, porque parece que estoy en problemas.

William asiente hacia su padre, pero antes de apartarse de mí, se inclina una última vez para susurrarme al oído.

—Iré a tu casa pronto, Bec.

—¿Para qué?

Mi rostro se enrojece. Sus palabras me revuelven el estómago.

—Te voy a enseñar a conducir —susurra, pero antes de irse, toma mi mano una última vez y deposita un beso en ella—. Fue un placer bailar con usted, señorita.

Luego se marcha, con la cabeza en alto y esa postura de macho alfa que hace que todos en el salón lo miren.

Su padre y el mío lo siguen, y hay tantas cosas ocurriendo dentro de mí que ni siquiera recuerdo que Clark sigue a mi lado.

Hasta que vuelve a tocarme.

Con sus pequeñas manos.

—¿Qué te dijo?

Por reflejo, aparto mi brazo de su agarre y doy un paso atrás. Ahora que he sentido el contacto de William, el de mi prometido me parece todavía más desagradable.

¿Soy una traidora?

Dios.

Clark se acerca a mí de todos modos y sostiene mi rostro entre sus manos.

—Te lo contó, ¿verdad?

Parpadeo, mirándolo confundida.

—No entiendo.

—Rebecca, no sé qué te dijeron, pero te juro que fue solo un desliz. Nosotros no tenemos nada de sexo y yo te respeto, pero yo tengo necesidades.

Parpadeo otra vez, comprendiendo por fin la culpa en su voz.

—¿Qué dijiste?

—No deberías exigirme fidelidad. Todavía no estamos casados.

Clark estuvo con otra mujer. Eso queda claro ahora en sus ojos.

Intenta mostrarse firme, pero percibo el temor allí.

Y lo más extraño de todo es que suelto el aire de mis pulmones, como si por fin pudiera respirar. Como si el error de Clark aliviara el peso del mío.

—No te preocupes por eso, Clark. No te estoy reclamando nada.

—¿A dónde vas?

Ya me estoy alejando de él, pero sigue detrás de mí.

—A tomar un poco de aire fresco —repito, sonriendo tanto que lo único que quiero es volver al jardín ahora y encontrar a mi jardinero gentil.

Pero él está aquí. Hizo que mi corazón se acelerara. Y todavía siento su toque cálido en mi piel, en cada lugar donde me tocó.

—No voy a renunciar a ti. ¡Seguimos comprometidos! Así que no te atrevas a acercarte a ese tipo otra vez —advierte Clark con dureza cuando me detengo frente a mis amigas.

—Todavía no estamos casados. —Uso sus propias palabras—. Así que ten la decencia de dejarme sola por un tiempo y busca algo mejor que hacer.

Él duda unos segundos, pero enseguida se va bufando hacia el otro lado, dejándome a solas con mis amigas. Por suerte, mamá no está aquí.

—Oh. Mi. Dios. —dice Mary, marcando cada palabra, conteniendo la risa.

—¿Qué fue lo que pasó ahí? ¡Cuéntanos todos los detalles! —exclama Harper, y respiro hondo.

Lentamente.

—Déjenme disfrutarlo por un minuto.

—¿Qué cosa? —pregunta Mary.

—El olor del aire sin perfume a desinfectante —respondo, y en el mismo segundo las dos empiezan a reír.

—¡Dios! ¡Voy a explotar de curiosidad!

—¡Quiero saberlo tooooodo! ¡No nos ocultes nada! —cantan casi al unísono las gemelas, cada una agarrándome de un brazo mientras me arrastran hacia afuera.

Sé que todavía hay mucha gente prestándome atención y también sé que pueden surgir rumores sobre mí.

Y tal vez, en otro momento, eso habría hecho encogerme. Al fin y al cabo, conozco bien lo que es vivir detrás de fachadas perfectas, sonriendo para representar un papel, incluso cuando mi corazón dolía.

¿Pero ahora? Ahora no me importa.

No quiero más esa vida de apariencias. No quiero a Clark ni tampoco un matrimonio sin ninguna emoción.

Quiero *esto*.

Lo que estoy sintiendo exactamente ahora.

Adrenalina. Emoción. Mariposas en el estómago. Entusiasmo.

Y todas esas sensaciones peligrosas y deliciosas que vienen en el paquete completo cuando deseas a un macho alfa.

Afuera, les cuento todo a mis amigas y, mientras ellas se alteran incluso más que yo, me doy cuenta de algo simple y absurdo:

Es la primera vez en mi vida que me duelen las mejillas de tanto sonreír.

CAPÍTULO 7

William Belinni

—¿Qué mierda tienes en la cabeza? —exclama mi padre apenas entramos en su despacho—. Esa chica está comprometida, William.

El padre de Rebecca pidió una reunión privada con el Don, pero mi padre ordenó que él y cualquier otra persona permanecieran del lado de afuera mientras hablaba a solas conmigo.

—Lo sé —digo, sirviéndome whisky. Me trago todo el líquido de una sola vez, sintiendo el placentero ardor—. Pero pronto estará comprometida conmigo.

—¿Por qué? ¿La conoces? —pregunta—. ¿Ya te acostaste con ella?

—No. Está intacta —respondo, porque se espera que la esposa de un Don sea virgen antes del matrimonio.

La Outfit es una mafia estadounidense, mucho más práctica y menos ritualista que otras más tradicionales, como la Cosa Nostra o la Bratva. En la mafia rusa, por ejemplo, la noche de bodas debe ocurrir sobre sábanas blancas y la tela debe presentarse al día siguiente como prueba de la pureza de la esposa. A sus ojos, eso es honor para el marido, pero, honestamente, me parece una idea descabellada exhibir la sangre de mi esposa para que la vea un puñado de hijos de puta.

Lo que sucede en la intimidad de una pareja debe quedarse ahí. No me gustaría exponer a mi mujer de esa manera.

Sin embargo, hay muchos tradicionalistas entre nosotros y sé que mi padre pregunta esto por precaución.

—La vi en el jardín, mientras regresaba del galpón del fondo. Estaba sola y llorando, así que me detuve a observarla.

—¿Y ella te vio ensangrentado? —pregunta, conteniendo la risa mientras se sirve whisky—. Pareces un animal después de torturar a alguien. Si no se asustó con tu apariencia, admito que es una chica valiente.

Suelto una risa nasal, sabiendo que tiene razón.

—No me vio. Yo estaba en las sombras —explico, llenando mi vaso otra vez—. Pero me habló.

—¿La chica se quedó conversando en el jardín con un desconocido en la oscuridad? —Se bebe su trago de una sola vez—. Ten cuidado, William. En nuestro mundo, la inocencia es masacrada.

—Si alguien se atreve a hacerle algún daño, lo descuartizaré en público y beberé su sangre.

Mi voz sale ronca y peligrosa, lo que hace que la sonrisa de mi padre se ensanche.

Él ve mi determinación. Y entiende que no estoy pidiendo permiso.

Estoy avisando.

—Tu decisión ya está tomada. Tú la elegiste —constata, y asiento en concordancia—. Pero ella está comprometida, no puedes simplemente tomarla. Eso no solo sería un acto de cobardía, sino que podría herir su honor, porque sería vista como una mercancía.

—Su honor no puede ser manchado.

Y no por mí ni por el cargo que pronto tendré, sino porque Rebecca merece ser adorada adonde quiera que vaya.

—Entonces desafía a su prometido a una pelea.

Mi ceño se frunce ante la sugerencia de mi padre. Clark Evans no parece un tipo que haya pisado un ring alguna vez.

—Ese muchachito no sabe pelear. Ni siquiera es un hombre de honor.

—Pero está involucrado con la mafia y está con la chica que tú quieres —comenta, señalando la puerta—. Vuelve a la fiesta y, públicamente, desafía a ese hombre a pelear por su prometida. Si se niega delante de todos, quedará marcado como cobarde, lo que afectará incluso la credibilidad de los Windsor, que tienen empresas administradas por él.

Sostengo la mirada de mi padre, asimilando sus palabras.

—Eso servirá.

Una sonrisa empieza a formarse en mis labios cuando anhelo la posibilidad de hacer pedazos al hombre que ahora está con mi chica.

—No conviertas esto en una pelea a muerte, William. Hiérelo lo suficiente para demostrarles a los demás que eres más digno de la hija de Windsor que él, pero no seas un maldito cobarde. Clark jamás podría enfrentarte de igual a igual.

—No te preocupes. Haré solo lo necesario.

Mi padre resopla, incrédulo, antes de beber más de su whisky. Su mirada me dice que no cree en mis palabras.

—Hablo en serio, William. Los Windsor son una buena familia, y Clark Evans es un pretendiente conveniente para la joven. Él se hará cargo de los negocios de su padre y ella seguirá teniendo el mismo nivel de vida, pero por tu capricho todo eso va a cambiar y una buena familia recibirá una interferencia directa de nuestro mando. No me gusta meterme en la vida privada de mis subordinados, carajo. Pero sé que eres lo suficientemente terco como para no renunciar a lo que quieres.

A pesar de sus palabras, no me siento arrepentido.

Yo la quiero. Yo la tendré.

—Conmigo, su nivel de vida será mejor. Tengo más dinero, más poder y más influencia.

—El papel de ella va a cambiar. De una mujer discreta que vive una vida lujosa y común pasará a ser la primera dama de la mafia, con miradas y atención todo el tiempo sobre ella —replica—. Tu esposa será una de las mujeres más importantes de Estados Unidos, William. Eso es poder, pero también es una maldición. No todas las mujeres soportan el peso de la corona.

—Pelearé todas las batallas por ella. Aniquilaré cualquier amenaza y haré lo que sea por la felicidad de mi familia —respondo —. La mafia es mi legado, pero mi honor será, ante todo, el de quienes dependen directamente de mi protección. Sé que su vida va a cambiar, pero estaré a su lado para lidiar con cualquier mierda y no permitir que eso le salpique. Yo la protegeré.

Mi Don me analiza una vez más, en silencio.

Nunca hice algo así por ninguna mujer. Ni siquiera consideré pelear por una.

Pero, carajo, mientras bailaba con Rebecca y sentía su contacto… sentía sus ojos dulces y curiosos sobre mí… lo único que sabía era que quería ese calor en mi pecho todos los días de mi existencia.

—¿Estás seguro de lo que quieres? —insiste una última vez, mirándome a los ojos—. Puedes tener a cualquier mujer, William. Cualquier joven soltera moriría por ser tu esposa, pero si te atreves a sacar a esa joven de un compromiso, no podrás dar marcha atrás, ¿entendiste? Estarán en juego su honor y tu palabra.

—No voy a dar marcha atrás. La quiero a ella y a nadie más —respondo, sosteniendo la mirada de mi Don, y él me examina durante unos segundos antes de asentir en concordancia.

—Encárgate de tu mierda. Si manchas el nombre de la Outfit, te romperé cada maldito hueso del cuerpo —me amenaza, y una sonrisa aparece a un costado de mi rostro.

—Lo sé.

Mi padre siempre fue un hombre violento en la mafia y así fue como se consolidó como Don.

En lo que a mí respecta no fue muy diferente.

A Robert lo libró de sus frustraciones, lo consintió en lugar de enseñarle a ser hombre, pero nunca dudó antes de darme una paliza para disciplinarme.

Tengo marcas repartidas por el cuerpo que conseguí mucho antes de convertirme en soldado. Cicatrices producto de la violencia de mi propio padre, e ignoradas por completo por mi madre.

Ella nunca me abrazó mientras yo sangraba y, de niño, eso me entristecía muchísimo, pero hoy lo entiendo. Las circunstancias difíciles forjan hombres fuertes, y me convertí en un hombre de honor.

—Asumiré todas las consecuencias de mis actos, no te preocupes —añado, y recibo otro asentimiento de mi Don—. Programaré la pelea para esta noche. Mañana iré a la casa de los Windsor y pediré la mano de Rebecca a su padre.

—Se lo haré saber —afirma, porque en nuestro mundo un Don no necesita pedir nada a nadie, y si el heredero de la mafia quiere la mano de su hija para un matrimonio, no hay mucho que se pueda hacer para impedirlo.

Sin embargo, solo daré ese paso porque vi en sus ojos que me desea. Jamás forzaría a una mujer a casarse conmigo sin deseo, y mucho menos si estuviera enamorada de otro. Aun así, tengo la experiencia suficiente para entender la expresión de las mujeres, y Rebecca Windsor es transparente como el agua.

Ella me desea. Y siente repulsión por su prometido.

La idea de que ese maldito la toque hace que mi sangre hierva en las venas.

Mi padre abre la puerta y llama al padre de Rebecca para que entre. Minutos después, el hombre luce una sonrisa en el rostro, orgulloso de estar a punto de formar parte de la familia del Don.

—No será necesario proponer ningún desafío a Clark. Yo mismo cancelaré el compromiso y le daré la mano de Rebecca a usted —dice, con la euforia desbordando en su voz.

Inclino la cabeza hacia un lado, analizando a mi futuro suegro, pero hago un gesto de negación.

—No somos injustos, Windsor —digo—. No podemos simplemente tomar todo lo que queremos sin luchar. Si hiciéramos eso, nuestros propios hombres se sentirían amenazados. —Inclino levemente la cabeza—. Si deseo la mano de su hija —continúo—, lucharé por ella. Batallaré para merecerla.

—Un hombre de honor debe ser capaz de defender aquello que es suyo, si es desafiado —interviene mi padre.

—Exacto —añado—. Técnicamente, si Evans realmente merece a su hija, debe ser capaz de vencer en la disputa… y mantenerla a su lado.

Esbozo una media sonrisa antes de completar:

—Así funciona la naturaleza.

Los animales luchan para probar su fuerza y garantizar la continuidad. El dominio siempre pertenece a los más fuertes.

Salgo del despacho y uno de los soldados se acerca a mí con una carpeta.

—Señor, aquí están los informes que pidió —dice en voz baja, acompañando mi paso sin dudar—. Están comprometidos desde hace poco más de un año, pero Evans mantiene amantes en prostíbulos.

Frunzo el rostro de inmediato, con el asco subiéndome caliente por la garganta.

Sé que la infidelidad es común en nuestro mundo, pero la idea de que Rebecca sea traicionada por ese hijo de puta me enfurece de una forma que no puedo disimular.

Más aún porque estoy seguro de que ella apenas tiene libertad para salir de casa, viviendo a la sombra de las expectativas de la familia, esperando casarse con un hombre que ni siquiera la respeta.

Y peor todavía: un hombre que probablemente seguirá metiéndole su verga a otras después de la ceremonia, mientras ella cumple su perfecto papel de prometida fiel.

Mi mandíbula se tensa.

Tan solo imaginar eso ocurriéndole es suficiente para darme ganas de arrancarle el corazón al desgraciado con mis propias manos.

Mi soldado continúa hablando, pero estoy ciego de ira. Camino hacia el centro del salón y todos se giran hacia mí, la gran mayoría bajando la cabeza cuando cruzo la mirada con ellos.

Localizo a mi objetivo en un rincón del salón, con un vaso de whisky en la mano, y se estremece en cuanto fijo mi atención en él.

—Clark Evans —pronuncio su nombre alto y claro, y todos miran en su dirección—. Te reto a una pelea.

—¿Pelea?

—Sí. Quiero a tu prometida y estoy dispuesto a luchar por ella.

Un murmullo recorre el salón y él palidece.

—¿Tú sabías de esto? —pregunta con aspereza, encarando a la mujer a unos metros de él.

Mi mujer.

Rebecca está rodeada por sus amigas y se encoge levemente después de las palabras del prometido, y me dan ganas de golpearlo por eso.

—Ella no lo sabía, Evans. Soy yo quien te está proponiendo el reto —llamo su atención de nuevo. Él es un hombre; debe lidiar con sus responsabilidades en lugar de descargar su frustración sobre una chica—. Rebecca es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. La quiero para mí.

—¿Qué? Esto es… incorrecto —masculla.

—No es incorrecto porque no voy a tomarla por la fuerza. Te estoy desafiando.

—Yo-yo no…

—Lucha conmigo como un hombre de honor —lo interrumpo, elevando el tono—. Si ganas la pelea, mereces tenerla y jamás yo ni ningún otro hombre te desafiaremos por ella. Pero si pierdes, ella será mi esposa.

Él observa los nudillos de mis dedos. Reventados y ensangrentados.

Clark Evans traga saliva mientras pondera si quiere o no desafiarme.

¿Ser cobarde o sobrevivir?

—No será una pelea a muerte —explico—. A menos que nadie se rinda.

—No puedo creer esto. ¡Estamos comprometidos! —Mira a mi chica con furia, como si quisiera castigarla.

Me acordaré de esto, Evans.

—Si vuelves a usar ese puto tono con ella, te juro por mi sangre que te romperé el cuello ahora mismo.

—¡Pero… pero ella es mía!

—Entonces vénceme, porque yo no voy a rendirme —digo, notando que los ojos de ella están sobre mí ahora. Le sonrío con cariño y veo cómo la comisura de sus labios también se curva. *Hermosa*—. Rebecca, la única manera de que puedan quitarme el honor de tenerte es matándome en el ring.

—¿Por qué la quieres? —pregunta él en voz alta, y su tono me irrita profundamente.

Es como si Rebecca no fuera digna de tanta atención.

—Los matrimonios son sagrados en la mafia; la elegida pasará toda la vida a mi lado, me dará hijos y cargará con el honor de la Outfit. Rebecca tiene una reputación impecable, está intacta y es deslumbrante —empiezo, mirándola—. Ella es perfecta. Tan perfecta que no puedo imaginarme queriendo a otra que no sea ella. O es ella, o no es nadie.

—¡Me voy a casar con ella!

—Entonces gana la maldita pelea.

—¿Cuándo? —pregunta, aparentemente con su orgullo venciendo al instinto de supervivencia.

Bien. Los cobardes son los peores.

—En un rato.

—¡Dios mío! —murmura, y la verdad es que sé que necesitará la ayuda de Dios si pretende ponerme un dedo encima.

Yo me convierto en un demonio en el ring. Más aún si el motivo es tenerla.

—Te espero en una hora en la Guarida, Evans —aviso, refiriéndome al lugar donde ocurren nuestras peleas clandestinas. Lo recorro de pies a cabeza con la mirada antes de sonreír—. Ponte algo más apropiado si no quieres arruinar tu traje.

Antes de darme la vuelta para salir de la fiesta, miro a Rebecca.

—Te quiero allí, Bec.

—¡Ella no debe frecuentar un lugar de peleas clandestinas! —interviene su madre.

—Es su futuro lo que se va a decidir. Es importante que esté presente —afirmo, sin dejar margen para discusiones.

Observo a Rebecca por última vez, deslumbrante en su vestido violeta, absurdamente hermosa y sensual. Mi pecho hierve de ganas de tomarla.

En cuanto gane la pelea, fijaré nuestro matrimonio lo más rápido posible.

Sé que nuestra situación no es habitual y que haremos el camino inverso al de la mayoría de las parejas que se relacionan. Nos casaremos antes de conocernos bien, algo común en los matrimonios arreglados, y que jamás imaginé que me haría sentir tan extasiado al sucederme a mí.

Porque lo poco que vi de ella me hizo entender que es más dulce, increíble y adorable que cualquier mujer con la que haya hablado antes. Y también es la más hermosa.

Carajo, quiero conocer sus pensamientos, sus sueños y sus deseos. Quiero mostrarle cosas bonitas y llevarla a pasear.

Quiero conocerla mejor. Quiero que sea feliz y, por encima de todo, quiero hacerla feliz.

Solo falta una hora para que esté más cerca de eso…

Más y más cerca…

Hasta que tengamos toda una vida juntos.

CAPÍTULO 8

Rebecca Windsor

No puedo creer lo que está pasando.

Horas atrás, estaba en el coche de Clark, mi prometido, camino a una fiesta navideña de la mafia, mientras intentaba distraer mi mente para no pensar en sus manos pequeñas y en su olor a desinfectante.

Ahora estoy en el asiento trasero del coche de mis padres, tomada del brazo de mis dos mejores amigas, mientras mi padre acelera rumbo al lugar donde se llevan a cabo las peleas clandestinas de la Outfit.

Donde ocurrirá una pelea por mi culpa.

Por mi mano.

—Creo que el corazón se me va a salir por la boca —murmuro en voz baja, sintiendo el apretón en las manos de mis amigas como una forma de apoyo.

Mis padres no escuchan lo que digo, porque están conversando animadamente y escuchando música en el asiento delantero.

En otro contexto y si se tratara de otra persona, estoy segura de que su reacción sería muy distinta ahora. Pero la posibilidad de formar parte de la familia del Don cambió por completo el humor de mi padre.

William Belinni, heredero de la mafia y el hombre más deseado de Chicago, eligió luchar por mí. Desafió a mi prometido frente a los nombres más importantes de Estados Unidos solo para tenerme.

A los ojos de la mafia, eso es casi un honor. Lograr que un hombre como él te desee hasta ese punto es casi como colocarte una corona de diamantes en la cabeza, resaltando lo valiosa que eres.

—¿Estás bien, querida? —me pregunta mi papá con un cariño exagerado, mirándome por el espejo retrovisor.

Está sonriendo. Y casi nunca sonríe.

—Sí, papá —respondo, e intento devolverle la sonrisa, pero la verdad es que por dentro estoy a punto de explotar.

Podría correr una maratón entera con tanta adrenalina corriendo por mis venas.

—No puedo creer que vayamos a ser madrinas del matrimonio de un futuro Don —susurra Mary a mi lado, sonriendo y apretando mi mano una vez más.

Confieso que tuve miedo de que pensara mal de mí cuando le conté sobre mi interacción con William; después de todo, no fue algo que yo planeara, y sabía que ella estaba interesada en él. Interesada, en realidad, es una palabra suave para describir todo lo que dijo sobre Belinni.

Sin embargo, en lugar de molestarse, Mary saltó de alegría porque yo estuviera viviendo "un sueño de princesa". Además, mi amiga me dijo que ahora está empezando a gustarle su pretendiente/novio y que ya se imagina entrando a la iglesia con él.

Esa es la ventaja de ser romántica y sentimental. Es fácil encantarse con poco.

Y quizá yo no sea tan distinta de Mary, porque estoy completamente encantada y obsesionada con un hombre que conocí hoy.

Dios.

—¿Quién dijo que vamos a ser madrinas? —provoca Harper—. Cuando Rebecca sea la primera dama, quizá consiga amigas más sofisticadas.

—Somos sofisticadas —replica Mary, ofendida, y suelto una risa nerviosa.

Y estoy segura de que lo que dijo mi amiga no fue el único motivo que me hizo querer sonreír.

Aún me duelen las mejillas.

—Rebecca, ¿tienes idea de que estás a punto de convertirte en la mujer más importante de Chicago? —Esta vez, me habla mi mamá, casi explotando de orgullo.

—Todavía estoy comprometida con Clark, mamá. William primero tiene que ganar la pelea —intento sonar sincera, aunque todos en el coche

saben que el futuro Don es perfectamente capaz de romperle el cuello a mi prometido sin demasiado esfuerzo.

Mi mamá se encoge de hombros y vuelve a conversar con mi padre, y noto que están entusiasmados haciendo planes para la ceremonia de mi boda.

—Te sacaste la lotería —dice Harper en voz baja, conteniendo la risa —. Estás cambiando a un jugador mediocre por el más guapo entre los solteros.

—¡Harper! No le digas a Rebecca que su prometido es guapo. Eso no es apropiado.

Harper arquea una ceja hacia su gemela, como si quisiera recordarle todos los adjetivos que ella misma le dedicó a William justo delante de mí.

—No me mires así. Todos los elogios que comenté *discretamente* sobre él fueron cuando ellos todavía no tenían ningún compromiso.

—Todavía no tenemos un compromiso —le recuerdo, y ella agita la mano.

—Eso se va a resolver en un rato. No te preocupes, querida.

Mary suspira.

—¿Rebecca? ¿Puedes sentirlo? —continúa, regalándome una sonrisa amplia. Aprieta mi mano con más fuerza y le devuelvo el gesto—. Es la magia de la Navidad.

Miro sus felices ojos y, por un segundo, me permito tranquilizarme al verla.

—Los planetas están alineados, ¿no?

Ella asiente.

—Sabía que algo poderoso iba a suceder. Lo presentía.

Respiro hondo, intentando sentir la magia de la que acaba de hablar Mary, y la verdad es que sí, la siento. Siento las mariposas en el estómago, el nudo en el vientre junto a ellas, y un calor distinto en el corazón.

Siento esperanza.

Y la esperanza es el sentimiento más poderoso que alguien puede tener. Es lo que nos mueve en los días difíciles y nos ayuda a seguir viendo el lado bueno de la vida.

—¿Mary? —llama Harper a su hermana—. ¿Cuándo se van a alinear los planetas otra vez? Necesito esa suerte que tuvo Rebecca.

—No seas codiciosa. Tú ya tienes un prometido que, por cierto, es muy cariñoso contigo —la reprende Mary—. Nunca te vi mostrar tantos dientes en una sola sonrisa.

Harper frunce el ceño de inmediato.

—No seas ridícula. Ni siquiera me reí tanto.

—Querida, mientras hablabas con tu pretendiente, ¡yo pude ver tus molares!

Las dos empiezan a discutir en voz baja, mezclándose con la música del coche y con los planes de mis padres. Todo parece caótico, incierto y confuso.

Pero también parece correcto.

Porque cuando pienso en William Belinni, me siento feliz.



La Guarida está llena.

No hay ni un solo asiento vacío en las gradas. Los hombres y mujeres vestidos de gala, que estaban en la fiesta hace apenas unos minutos, se mezclan con personas de jeans y camisetas, todos ansiosos por la pelea que está a punto de comenzar.

Visualmente, son personas que jamás frecuentarían el mismo lugar, pero el desafío lanzado por William hizo que la curiosidad superara cualquier chispa de prejuicio existente en la alta sociedad de Chicago.

Estamos en una especie de palco VIP, observando a corta distancia el ring en medio del salón.

La gente grita, golpea el suelo con los pies, y todo el lugar vibra como si tuviera vida propia, un rugido profundo que hace que mi estómago se contraiga.

El locutor, un hombre bajo y lleno de músculos, camina hasta el centro del ring con una sonrisa presuntuosa, levantando el micrófono y gritando:

—¡Señoras y señores! Como todos saben, nuestros planes fueron cambiados a último momento, ¡pero para mejor! —exclama, alzando la mano libre—. ¡Esta noche es de sangre, orgullo y conquista!

La multitud se enciende, silbando, gritando, empujándose para acercarse más.

—De un lado, el hombre que fue desafiado y que necesitará ganar la disputa para no perder a su prometida: ¡CLAAAAARK EVANS!

Algunos aplauden, otros apenas murmuran. Clark aparece en el ring con una bermuda blanca, casi del mismo color que su piel, y sin una gota de confianza en la mirada.

—¡Por el amor de Dios! ¿No tenían otra bermuda para darle? —pregunta Harper, conteniendo la risa.

Es un hombre delgado y sin muchos músculos, pero en este lugar, rodeado por esta horda de trogloditas…

—Es tan frágil que parece que está hecho de papel —se me escapa la frase, y Mary suelta una risita a mi lado.

—¡Quien esté hecho de papel, que se rompa!

—Si Clark de verdad te quiere, necesita merecerte —comenta Harper, pero en ese momento los ojos de Clark se encuentran con los míos.

Veo dolor ahí. En el fondo, sé que no está luchando por mí, sino por su propio honor y reputación. Sin embargo, a sus ojos, yo soy la causante de todo esto, y él sabe que perderá la pelea.

Todos lo sabemos.

La culpa me sube por la garganta, pero no tengo mucho tiempo para pensar en eso.

Porque, de repente, la atmósfera cambia.

—Y del otro lado, el hombre que lo desafió —continúa el locutor, captando la atención de todos—. ¡El luchador más sanguinario que jamás pasó por este ring, el hombre que nadie logró derribar y que lleva el poder en su apellido: WIIIIIIIIILLIAM BELINNI!

El grito que estalla desde el público es salvaje.

Casi animal.

Como él.

William entra despacio, y la luz de los reflectores cae sobre él, iluminando cada parte de su cuerpo rudo y escultural. Los hombros anchos, el torso sólido, los tatuajes que suben por sus brazos hasta el cuello como serpientes oscuras… Dios. Parece hecho de acero ardiente y pecado.

Lleva una bermuda de lucha roja, que se ajusta a su cadera y destaca la V formada por sus músculos en la correa de la tela. Luce absurdamente atractivo y tentador.

El rugido de la multitud solo aumenta, y las mujeres eufóricas saltan en sus lugares para gritarle.

—¡William, vamos a luchar a mi casa!

—¡No soy celosa! ¡Déjame ser tu amante!

—¡Acaba con él y después acaba conmigo!

—¡Cásate conmigo!

Siento que el rostro me arde.

—¡Qué vergüenza ajena! —se queja Harper, poniendo los ojos en blanco, pero una bola de celos caliente se forma en mi garganta.

Quiero gritarles que se callen, que dejen de decir esas cosas sobre mi prometido. Es decir, sobre mi *futuro* prometido, pero toda gota de determinación desaparece cuando William levanta la mirada y me encuentra.

Mis piernas flaquean en ese mismo segundo.

Sus ojos recorren mi cuerpo como si *mapearan* cada centímetro de mí. Su mirada es profunda, indecente, pero es esa sonrisa ladeada y salvaje la que me roba el aliento.

Intento no derretirme en la silla, pero fracaso miserablemente. Respiro hondo y mi vestido se ajusta en el pecho, como si se estuviera encogiendo. La presión caliente entre mis piernas crece, palpita, casi duele.

Y él ni siquiera ha empezado a luchar.

William me guiña un ojo antes de volver su atención a la pelea, y en ese momento el locutor anuncia:

—¡La mano de la señorita Windsor será entregada al vencedor! ¡Esta pelea es por ella!

La gente enloquece, suena el gong y los dos hombres se encaran en el centro del ring.

Clark avanza primero, demasiado rápido, demasiado confiado. William apenas se aparta. Su cuerpo se mueve con un control absurdo, casi perezoso.

Clark golpea el aire. Otra vez. Y otra vez.

La multitud se ríe.

William levanta una comisura de los labios con una media sonrisa antes de devolver el golpe, impactando el costado del rostro de mi prometido.

El sonido es hueco, seco.

Clark tambalea, la multitud grita, y los ojos de William vuelven a encontrarse con los míos, como si eso hubiera sido para mí. Juro, sin exagerar, que mis pezones se endurecen en ese mismo instante.

Es involuntario, ardiente.

Humillante, tal vez, si él pudiera leer mis pensamientos. Solo que la forma en que su sonrisa crece un poco mientras sus ojos siguen clavados en mí delata que sí, que puede leer todo lo que pienso.

Lo que siento.

Mary me da un codazo, desbordada:

—Por el amor de Dios, ¿estás viendo esto? ¡De verdad está luchando por ti! ¡Por ti, amiga!

—Eso del macho alfa luchando por ti es lo más excitante que he visto en mi vida —completa Harper.

—¡Mucho mejor que los libros de mi mamá! —dice Mary, y mi madre se gira para mirarnos en ese mismo segundo. Mi amiga solo le devuelve una sonrisa incómoda.

Las dos siguen haciendo insinuaciones sobre lo masculino y excitante que es tener a dos hombres peleando por mí, pero no consigo responder.

Estoy ocupada intentando respirar en la medida en que William Belinni ejecuta su espectáculo. Le permite a Clark intentar levantarse, conservar algo de dignidad. Sus ojos me observan con brillo mientras tanto.

En cuanto mi prometido se pone de pie, lo ataca de nuevo. William lo golpea con una serie de puñetazos, y Clark intenta bloquearlos, pero no tiene ninguna posibilidad.

Con cada movimiento, sus músculos se contraen y resultan hipnotizantes. El futuro Don dentro del ring es fuerza pura, brutal, masculina.

Mi cuerpo responde antes que mi mente: el calor sube por mi cuello, mi vientre se tensa, mi ropa interior… Dios mío, mi tanga está arruinada.

—¡Vamos, William! ¡Enséñale a no tocar lo que es tuyo! —grita alguien detrás de mí, y el mafioso sigue humillando a Clark con golpes precisos que, al parecer, no le exigen casi ningún esfuerzo.

William le clava la rodilla en el estómago de Clark, y mi prometido se dobla como un muñeco de trapo. Cae de rodillas, jadeando, vomitando aire, dignidad y orgullo sobre el suelo del ring.

El público estalla, y mi corazón siente que va a estallar también.

—¡Ganó, Rebecca! ¡William Belinni te reclamó delante de todo el mundo! —exclama Mary a mi lado, mientras observo el centro del ring, sintiendo cómo me tiemblan las manos y las piernas.

El locutor se acerca para declarar al vencedor, pero el futuro Don lo ignora.

Sudado, con el cabello revuelto y la sangre de su adversario en el cuerpo, William Belinni, en su versión más cruel y salvaje, salta fuera del ring y me sonríe.

El impacto de sus pies contra el suelo hace que mi corazón se detenga un segundo. Las personas a su alrededor se apartan de manera instintiva, abriéndose paso.

Él camina lentamente hacia mí.

Mis amigas están fuera de sí, mis padres celebran con orgullo, pero nada de eso importa ahora. Lo único que importa son sus ojos.

Negros, profundos, hipnotizantes.

Cuando se detiene frente a mí, todo mi cuerpo tiembla. No consigo levantarme. No consigo respirar. Solo puedo mirarlo como una idiota completamente hechizada.

William extiende su mano, toma la mía y la lleva hasta sus labios, tocándome con adoración.

Su beso es suave, pero hace que mi corazón suba hasta la garganta.

—Eres mía ahora —sentencia con la voz ronca, levantando el rostro para observarme—. Es un honor tener tu mano, mi dulce Bec.

Se acomoda y entrelaza sus dedos con los míos. Su mano enorme, fuerte y tatuada está envolviendo la mía, mucho más pequeña y delicada.

El encaje parece perfecto y, aunque todo sea caótico a nuestro alrededor, nada nunca me pareció tan correcto.

Como si mi lugar siempre hubiera sido este. Con él.

CAPÍTULO 9

Rebecca Windsor

—¿Esto es realmente necesario? —le pregunto a la señora Roberts, mi profesora de etiqueta desde hace muchos años.

La mujer de apariencia severa, cuyo cabello está siempre milimétricamente recogido en un rodete, me mira como si hubiera dicho la mayor barbaridad del mundo.

—Señorita, está a punto de convertirse en un modelo a seguir para todas las mujeres de la Outfit. Es necesario que su conducta sea impecable.

He estado tomando clases de etiqueta desde que desperté, una exigencia clara de mi madre. Hacía años que no asistía a este tipo de lecciones; después de todo, pasé toda mi infancia y gran parte de mi adolescencia aprendiendo a vestir y a comportarme. Ya no había nada nuevo que aprender.

Sin embargo, lo primero que escuché cuando la mujer amarga entró en mi habitación fue un larguísimo sermón sobre cómo las damas no deben exponer su cuerpo en vestidos como el que usé ayer. Mi mamá no se quejó, pero tampoco impidió que ella siguiera hablándome sin parar.

Mi cabeza estaba a punto de estallar, considerando que casi no logré pegar un ojo durante la noche de tanto pensar en lo que ocurrió. Mi papá me llevó a casa después de que William besara mi mano, y reviví cada segundo de ese beso. Cada roce de su piel contra la mía.

Perdí el sueño.

Así que, para evitar que el dolor de cabeza empeorara con otro sermón de la señora, acepté ponerme un vestido que ella considera apropiado: negro, a la altura de la rodilla y con el cuello cerrado hasta arriba.

Un atuendo totalmente adecuado para las monjas de Chicago.

—Mi querida señora Roberts, usted me enseñó todo lo que yo necesitaba saber hasta mis quince años. Ahora solo es repetición.

—Reforzar es importante. Ahora más que nunca —interviene mi mamá, y suspiro mientras desfilo una vez más frente a ellas, tal como *lo haría una dama bien educada.*

Todavía estamos en la sala de estar cuando el sol comienza a ponerse, y mis pies ya duelen de tanto estar de pie. Estoy a punto de fingir un desmayo cuando un movimiento distinto llama mi atención.

Miro por la ventana y mi corazón se acelera.

En medio de la nieve, cuatro camionetas negras entran a la propiedad escoltando un coche deportivo y lujoso. Segundos después, William baja del vehículo y me hace olvidar cómo se respira.

Viste solo camisa y pantalón de vestir, completamente de negro, y los tatuajes expuestos sobre su piel hacen que su apariencia sea aún más arrogante y peligrosa.

No pasa ni un minuto cuando mi padre sale a recibirlo en persona para estrecharle la mano.

Así que por eso pasó el día trabajando desde casa. Probablemente estaba esperando la visita del futuro Don.

Como si supiera que está siendo observado, la mirada de William se cruza con la mía a través del vidrio; él me guiña un ojo y me sonríe.

Siento que mi corazón acaba de detenerse.

—¡Santo Cristo, ese hombre es peligroso! —murmura la señora Roberts a mi lado, pero no logro prestarle atención.

Sigo mirando a William y, de manera involuntaria, muerdo mis labios para ocultar mi sonrisa.

La sonrisa ladeada de él se ensancha cuando me ve hacerlo.

Intercambian algunas palabras, mi padre lo invita a pasar y unos hombres de traje se dispersan por nuestra propiedad con armas en las manos.

Siempre hemos tenido seguridad reforzada y soldados a nuestra disposición, pero esto es completamente distinto. Es algo mayor.

—Voy a cambiarme. —Es lo primero que digo en cuanto tomo conciencia de que William Belinni está realmente en mi casa.

—No es apropiado —argumenta la señora Roberts, pero juro por todos los santos que soy capaz de salir corriendo para escapar de esa mujer si intenta impedirme ponerme algo que me haga parecer más joven.

Sin embargo, no tengo tiempo de iniciar ninguna discusión con la profesora, porque la puerta se abre y pronto el sonido de los pasos se acerca.

Los dos hombres entran en la sala y la atención de William se posa en mí.

Él vuelve a sonreír, esta vez entrecerrando un poco los ojos, como si también sonrieran.

Lo más extraño de todo es que, por su posición en la mafia, no debería ser un hombre que tenga el hábito de sonreírle a la gente. Pero conmigo parece ser diferente. Cuando me mira, me siento la mujer más especial del mundo.

—Rebecca, hija mía, ven aquí —me llama papá, y tardo algunos segundos hasta que mis pies obedecen la orden—. Tal como quedó establecido, a partir de ahora estás comprometida en un matrimonio arreglado con William Belinni.

—¿Ya fijaron la fecha? —pregunta mi mamá, eufórica, detrás de mí.

William y yo seguimos mirándonos.

—No —responde él—. Quiero que elija Rebecca.

Sus palabras me sobresaltan y abro la boca, en shock. En todos mis años de vida, papá nunca dejó en mis manos ninguna decisión importante, ni siquiera cuando se trataba de mi propia vida.

—Bueno, Rebecca aceptará la fecha que usted elija —continúa ella, pero el futuro Don niega suavemente con la cabeza.

—Sé lo importante que es la ceremonia de boda para una chica. Quiero que todo sea como ella desea, incluida la fecha —responde, haciendo que mi corazón se caliente aún más—. Aunque tengo preferencia por que sea lo antes posible.

—¿Dentro de un mes? —pregunto.

—Antes —responde, pero enseguida añade—, aunque si quieres que sea dentro de un mes, esperaré.

—¿Quince días? —replico, mordiéndome los labios.

—Mucho mejor.

—¿Quince días? ¡Dios! No hay tiempo de preparar casi nada.

—El compromiso puede ser la semana que viene —agrego, y mi prometido asiente con la cabeza.

Parece feliz. Y yo me siento todavía más feliz por eso.

Mi madre parece a punto de colapsar, pero William la mira con una postura firme y controladora.

—No se preocupe por eso, señora Windsor. Le garantizo que los mejores profesionales del país estarán a disposición para hacer la ceremonia tal como Rebecca elija —responde con sencillez,

volviendo a mirarme—. Pero mientras los demás trabajan en sus agendas, me gustaría llevarla a dar un paseo en coche.

—No sería apropiado —interviene mi profesora de etiqueta.

—Retírese señora, por favor —dice mi padre con rudeza, mirándome después.

—¿Puedo ir, papá?

Cada célula de mi cuerpo parece retorcerse de ansiedad.

Por favor, por favor, por favor, déjame ir.

—Sí, Rebecca. Tienes permiso para acompañarlo, pero confío en que el señor Belinni actuará como un hombre de honor.

—Le doy mi palabra, señor —dice William, y eso es todo lo que mi padre necesita para permitir que vaya.

—Solo ponte un abrigo —me recuerda mi mamá, y segundos después una empleada aparece con la prenda.

Quiero saltar de alegría y hacer una danza de felicidad, pero solo sonrío cuando veo al futuro jefe de la mafia tomar el abrigo de piel y cubrirme antes de extenderme la mano.

En ese momento recuerdo que sigo usando ese vestido horroroso.

Podría pedir un momento para cambiarme de ropa, pero mientras lo miro a los ojos, es como si lo que llevo puesto fuera insignificante frente al deseo que tengo de conocerlo mejor. De pasar más tiempo con William Belinni.

Así que, sin dudarlo, tomo su mano y dejo que me lleve afuera.

—¿A dónde vamos? —pregunto, en cuanto abre la puerta de su coche deportivo para mí.

Me ayuda a sentarme y pasa el cinturón alrededor de mi cuerpo, comprobando mi seguridad antes de pensar en ocupar su asiento.

Todo aquí dentro huele a cuero, a riqueza y a él. William es un hombre atractivo y sofisticado, pero lo que más me conmueve es lo que siento cuando está cerca. La forma en que mi piel se eriza cuando sus dedos me tocan, cómo mi corazón se acelera cuando está a centímetros de mi cuerpo.

—Sorpresa...

—Preferiría saber el destino. No sé si mi ropa es apropiada —busco una excusa y, de pronto, me siento la persona más idiota del mundo—. Claro que no es apropiada. —Sacudo la cabeza, sintiendo que mis mejillas se sonrojan—. La señora Roberts fue quien eligió este vestido y… ¡Dios mío! Debería cambiarme.

Intento moverme para salir del coche, pero William toma mi mano con suavidad.

—Te ves perfecta. Todo lo que uses te hará lucir maravillosa.

—Parezco una monja —replico.

—Eso va a salvar la vida de mis soldados hoy —bromea, y frunzo el ceño ante su comentario—. Si cubriéndote así ya atraes tantas miradas, ¿qué va a pasar cuando muestres un poco más de tu piel? —pregunta, haciendo que mis mejillas vuelvan a arder.

William se acerca a mi rostro y, por instinto, humedezco mis labios con la punta de la lengua, pero no me besa. Solo roza su nariz contra mi mejilla y susurra en mi oído:

—Soy muy territorial y un poco temperamental, dulce Bec. Si veo a alguien mirándote, te juro que no voy a dudar en matarlo.

—Eso significa que de verdad no vas a decirme a dónde vamos, ¿verdad?

Él duda por un segundo, aparentemente sorprendido por mi respuesta. Una cosa que aprendí desde muy joven es que, en el mundo de la mafia, no sirve de nada enfrentarse de forma directa a hombres poderosos cuando están obsesionados con algo.

Y William Belinni está obsesionado conmigo. Lo suficiente como para haber golpeado a un hombre en público solo para obtener mi mano.

—Eres hermosa, ¿lo sabías? —dice. Suelta una risa ronca y entrelaza nuestros dedos, llevándolos hasta sus labios para besar mi piel—. Confía en mí, mi Bec. Voy a cuidarte como mereces.

No me da tiempo de responder. William se aleja del lado del coche, cierra la puerta y ocupa su lugar en el asiento del conductor, acelerando.

Sin que lo espere, vuelve a entrelazar sus dedos con los míos y besa mi mano mientras recorremos las calles adornadas de la ciudad. Todo está decorado para Navidad: luces, árboles, colores, muñecos de nieve y detalles que hacen que esta época del año sea aún más hermosa y especial.

Es realmente mágico.

Cae nieve afuera, pero el toque de mi mafioso es protector y cálido. Me deja elegir la música del trayecto y conduce con calma, sonriendo con la cabeza ligeramente apoyada hacia atrás, como si también estuviera satisfecho de tenerme en su coche.

Y, por segunda vez en mi vida, en menos de veinticuatro horas, me duelen las mejillas de tanto sonreír.

CAPÍTULO 10

Los soldados están a una distancia considerable cuando William se detiene en medio de una carretera desierta.

—¿Qué… está pasando? —pregunto, más curiosa que asustada.

¿Qué tan loca tengo que estar para admitir que no tengo miedo de estar con él? ¿Que este hombre violento, que destroza a otros hombres con facilidad, me hace sentir más segura que cualquier otra persona?

—Baja del coche, Bec. Voy a cumplir mi promesa. Tú vas a ocupar el asiento del conductor y yo te voy a enseñar a manejar.

—¡¿Qué?! ¿Hoy? —jadeo, incrédula. En mi mente, las cosas parecían mucho más fáciles, ya que jamás imaginé que fuera a detener el coche y obligarme a conducir ese mismo día; creí que solo lo decía como una idea lejana, no como una decisión inmediata.

Pero ya debería saber que William no es un hombre que juega con sus palabras. Lo que dice, se convierte en sentencia.

—Está nevando —argumento.

—No vas a echarte atrás ahora, ¿verdad? —bromea, bajándose ya del coche.

Me encojo en mi asiento, arrepintiéndome del comentario que hice la noche anterior. No quiero salir del coche. Aquí dentro está tan cálido y lleno de su aroma.

—Me gusta cuando tienes el control —advierto en cuanto abre mi puerta, extendiendo la mano para que baje.

—Lo sé, linda. Pero esto también te va a gustar, créeme.

Reflexiono sobre sus palabras, pero al final acepto. Dejo que me ayude a salir y que abra la puerta del conductor para mí, acomodándome en el asiento.

—No sé si esto es una buena idea… —murmuro, pero mis piernas me traicionan y me llevan hasta el volante. Él ajusta el cinturón de seguridad a mi alrededor y comento—: Esto podría hacerlo sola.

—Te estoy dando el servicio completo. No hago las cosas a medias —dice, dejándome sin palabras.

Él rodea el coche, abre la puerta del copiloto y entra. William gira la cabeza hacia mí, apoya el brazo en el respaldo del asiento y sonríe.

—Bec, dijiste que querías aprender.

—Dije que algún día quería aprender.

—Y yo decidí que ese día es hoy —responde, así de simple.

Suspiro y decido entrar en el juego. Si voy a ser la esposa del Don, no puedo ser una cobarde.

—Está bien —digo, colocando las manos en el volante—. Dime qué hacer y obedeceré.

Él observa mis dedos como si estuviera tocando algo mucho más íntimo que un aro de cuero.

Aprieto con fuerza y respiro hondo cuando un sonido ronco y bajo se escapa de sus labios.

—Respira, relájate —dice con voz grave—. No voy a dejar que te pase nada.

William aparta un mechón de cabello de mi rostro, acercándose demasiado para hacerlo. Su respiración roza mi cuello y trago saliva.

—¿Lista? —murmura.

—No.

Él sonríe, satisfecho.

—Perfecto. El miedo te hará estar más atenta.

Empieza a darme las instrucciones y coloco el pie en el pedal con cuidado. Por suerte, el coche es con caja automática, lo que me ahorra tener que aprender sobre cambios de marcha ahora.

—Este es el freno. Relaja el pie… eso. —Su voz baja me recorre la espalda con escalofríos—. Ahora toca el acelerador. Despacio.

Obedezco. El coche avanza un centímetro y ya quiero salir corriendo.

—William, ¡esto es muy potente!

—Trátalo con respeto y te responderá de la manera correcta —bromea, sonriendo.

Le devuelvo la sonrisa y empiezo a conducir por la carretera desierta y aislada, lenta como una anciana de ochenta años.

No se queja. De hecho, parece divertirse con eso.

—Lo estás haciendo bien —dice, y posa su mano pesada sobre mi muslo. El toque no es indecente, pero es lo suficientemente agradable como para excitarme—. Mejor de lo que esperaba.

—Guau. Gracias por tu confianza —ironizo.

—Oh, Bec, si no confiara en ti, no te dejaría manejar mi coche de nueve millones de dólares.

—¿¡Qué dijiste!?

Giro la cabeza para mirarlo, pero el coche da un leve sacudón y suelto un pequeño grito.

William sujeta mi mano sobre el volante y corrige con suavidad.

—Mira al frente, linda.

—¿Dijiste… dijiste nueve millones de dólares? ¿Millones? —insisto.

Debo haber escuchado mal.

—Dijiste que querías manejar un coche caro.

—De miles de dólares, no de millones. ¡Dios!

—Es mi coche favorito. Hice una inversión mayor para tenerlo —se justifica con naturalidad, como si esa suma exorbitante no fuera más que unos ahorros del mes.

Vuelvo a girar la cabeza para observarlo, pero esta vez sin hacer que el coche pierda estabilidad. William es tan atractivo, imponente y seguro de sí mismo. Realmente nació para ser un Don.

Su mirada ardiente se clava en la mía y un suspiro pesado se escapa de mis labios.

—Si sigues mirándome así, voy a olvidar que estamos manejando —advierte con voz ronca y peligrosa.

Casi me atraganto con el aire, pero vuelvo la vista al camino rápidamente y agarro el volante con más fuerza.

Conduzco un poco más, hasta que empiezo a ganar confianza y acelero un poco. Le pido que ponga música animada, me pregunta el nombre de alguna y no dudo antes de sugerir reggaetón.

Casi siempre escucho música clásica y me dejo llevar por el sonido de los instrumentos. Pero hay una parte de mí que lee las escenas eróticas de los libros de la madre de las gemelas y que, en secreto, escucha canciones latinas en los auriculares, esas que hablan de sexo, deseo y amor.

Comienza a sonar "30 Mil Pies" de MJ y, de inmediato, mi cuerpo empieza a moverse solo, balanceando las caderas en el asiento del coche.

“En el BM pa' azotarte, mami, por atrá'

A ti te gusta que te bese el cuello y la espalda

Quiero que conmigo pierda' la intimidad

Mamita, vamo' a portarno' mal

Ahora que me tiene', hace lo que tú quiera'

Mamita, atrévete

Vente pa'cá, mi nena”.

William sonríe a medida que avanza la letra, y su mano poderosa sobre mi muslo comienza a marcar el ritmo de la música, haciendo que mis partes íntimas palpiten en la misma sincronía.

—Oh, cariño, ¿te gusta esto? —El tono de su voz es tan ronco que me obliga a apretar los muslos para intentar aliviar la presión.

Porque no sé si está hablando de la música o de su toque.

Tal vez debería sentir vergüenza por mi gusto musical, poco apropiado para una princesa de la mafia, pero no quiero esconder nada de él. No quiero fingir que soy una muñeca perfecta; soy una persona real.

—Si de verdad vas a casarte conmigo, será mejor que conozcas todas mis facetas —respondo con la voz tan ronca como la suya, y él acaricia lentamente la parte interna de mi muslo.

—¿Esa es tu faceta más oscura, Bec?

—Tal vez mi faceta más oscura aún no haya sido despertada —digo, hundiendo el pie en el acelerador y escuchando rugir el motor.

La adrenalina que siento es surrealista. La sensación de poder y libertad me invade y suelto un grito de felicidad, seguido de la risa de William.

Lo miro solo un segundo, pero sé que él ve la gratitud y la felicidad en mis ojos.

Qué bueno que me obligaste a estar aquí.

Él mira hacia adelante y señala algo.

—Gira en esa curva.

—¿¡Cuál curva?!

—Esa —dice, señalando la calle a unos metros de nosotros.

Giro el volante demasiado tarde y el coche da una sacudida. William sujeta el volante conmigo, riendo en voz baja, lo que me irrita y me derrite al mismo tiempo.

—¡Lo hiciste a propósito! —lo acuso.

—Tal vez —responde. Me besa la sien con rapidez—. Quería conocer todas tus facetas, y te ves preciosa cuando estás asustada.

Mi rostro se calienta. Mi corazón también.

—Estaciona ahí adelante —ordena—. Reduce la velocidad poco a poco y pisa el freno con suavidad.

Para mi sorpresa, logro detener el coche sin sacudirlo y me siento orgullosa por ello.

—Ya puedes ser mi chofer particular, linda.

—Solo espero que el trayecto no tenga muchas curvas —bromeo, y su carcajada sincera me hace reír.

Dejamos de reír y nos quedamos en silencio, observándonos. En ese momento, con los ojos fijos en los míos, empieza a desabotonarse la camisa.

—Tengo una sorpresa para ti, Bec.

Mi primer impulso es apartar la mirada, sintiéndome completamente acalorada al ver a ese hombre grande y musculoso desnudándose conmigo dentro del coche.

Estamos solos, los soldados están lejos, tal como su jefe ordenó, pero no sé si me siento preparada para dar ese paso ahora…

Mucho menos aquí.

—Eh, Bec. Mírame —pide con cariño, sosteniéndome el mentón—. No te preocupes, no vamos a hacer nada. Solo quiero mostrarte algo, jamás dañaría tu honor.

Una presión se libera de mi pecho y respiro hondo, asintiendo y volviendo a mirarlo. Cuando lo hago, me doy cuenta de que tres botones de su camisa están desabrochados, apenas lo suficiente para dejar ver un par de ojos tatuados sobre su pecho.

La zona está enrojecida, lo que indica que es un tatuaje reciente. Pero mis labios se abren, en shock, cuando me doy cuenta de que…

—¿Son mis ojos?

Él asiente.

—Sí, junto con la flor violeta de abajo —dice, señalando un diseño colorido también cerca de su corazón—. Por eso tardé en ir a tu casa hoy. Estuve ocupado con asuntos por la mañana, pero quise hacer esto por la tarde, antes de encontrarte.

—Dios mío —susurro, tentada a levantar los dedos para tocar los dibujos. Mi mirada vuelve a su rostro mientras intento procesarlo todo—. Esto es para siempre, William. No hay marcha atrás.

—El matrimonio es para siempre, Bec. Solo nos separará la muerte —dice con la voz grave, haciendo que mi corazón se dispare por milésima vez en el día—. Sé que no empezamos de la manera

más común para el resto del mundo, pero te juro que voy a luchar cada día para ser bueno contigo. Para que te enamores de mí.

Cada célula de mi cuerpo está pulsando.

Adrenalina otra vez.

Me siento viva.

Al mirar los tatuajes que se hizo en mi honor, quiero saltar, gritar, bailar con la música más alta y celebrar.

Pero, por encima de todo, quiero besarlo.

Mis ojos se deslizan hacia su boca y los de él bajan a la mía en el mismo instante. El aire entre nosotros se vuelve denso, pesado, y el sonido de nuestras respiraciones resuena dentro del coche.

William alza la mano y enlaza mi nuca con sus dedos, tocándome despacio mientras se inclina lentamente, dándome tiempo para huir.

Como si yo fuera capaz.

Su rostro se acerca y siento su perfume, el calor que irradia de su piel tatuada, el sonido firme de su respiración. Mi boca se entreabre sin que me dé cuenta.

—Bec… —susurra, como una advertencia.

Pero ya es demasiado tarde.

Él roza mi rostro con la punta de los dedos, con suavidad, algo que no combina con el hombre salvaje que es. Sus ojos están atentos y parecen admirarlo todo, cada reacción. Su pulgar roza mi labio inferior y contengo el aliento, a punto de implosionar.

—Quiero —digo muy bajito, y, al darle la señal que necesita, desabrocha mi cinturón de seguridad y por fin me besa.

Despacio.

Tan despacio que mi corazón llega a perder el ritmo.

Su boca es cálida, firme, pero gentil, como si me probara, como si memorizara la forma de la mía. Todo mi cuerpo se enciende, un escalofrío me recorre la columna, el pecho se me oprime y me inclino más, deseando más.

Él profundiza el beso apenas un poco, pero es suficiente para incendiarme. Mi mano sube hasta su pecho, sintiendo el músculo rígido, el calor, su corazón tan acelerado como el mío.

William gime suavemente, un sonido ronco y masculino que me hace temblar de pies a cabeza. Y es en ese momento cuando el beso deja de ser lento.

Se vuelve caliente.

Urgente.

Él sujeta mi cintura, me acerca más y, segundos después, ya estoy sobre su regazo, moviendo las caderas como si supiera exactamente qué hacer.

El mafioso agarra mi cadera y me guía en el ritmo, mientras yo jadeo cada vez que nuestros genitales se encuentran por encima de la ropa. Mi vestido está casi enrollado en la cintura y solo la tela de su pantalón y de mi tanga forman una barrera más sólida entre nosotros.

Su boca domina la mía. Su lengua me invade, suave y fogosa, mientras me explora, lame y succiona. Intento imitarlo y, con delicadeza, él desacelera un poco, permitiendo que yo también lo explore.

Nuestras narices se rozan, nuestras respiraciones se mezclan y siento su sabor.

Menta.

Con mi lengua provoco la suya, chupando y besando como él lo hizo hace unos instantes, y estoy casi segura de que toqué su

punto débil, porque, una vez más, William Belinni se vuelve ardiente y salvaje.

Él agarra mi nuca e inclina mi cabeza ligeramente hacia atrás, profundizando el beso con tanta intensidad que lo siento entre mis piernas.

Estoy palpitando.

Me aferro a su camisa, sin darme cuenta siquiera de que estoy tirando, pidiendo, suplicando en silencio por más.

Pero entonces, él se detiene.

William sostiene mi rostro con ambas manos, alejando su boca de la mía con una fuerza que parece dolerle más a él que a mí. Sus ojos están oscuros, hambrientos, peligrosos, y su boca está roja e hinchada.

—Si continúo… —Respira hondo, intentando recomponerse—. Bec, no voy a poder parar.

Mi pecho sube y baja a un ritmo frenético. Mis labios laten.

Quiero protestar. Quiero atraerlo de vuelta. Quiero perder el control con él. No quiero que se detenga.

Pero él es lo suficientemente experimentado como para saber controlarse, mientras que yo no consigo dominar mi propio cuerpo después de un primer beso.

William me sonríe. Empieza salvaje, pero, a medida que acaricia mi rostro, su mirada se vuelve serena y cariñosa. Sentirlo tan cerca es capaz de hacer que mi corazón duela.

Cada vez que me acaricia como si fuera una joya preciosa, me mira a los ojos y me hace sentir como si estuviera viendo mi alma.

Un alma estúpida y emocional que está empezando a enamorarse de él.

Es tan fácil quererte…

—Quiero hacer esto bien —continúa, rozando mi mejilla con el pulgar—. Quiero que nuestro primer beso sea solo el comienzo, y quiero llevarte a tu casa sin deshonrar la palabra que le di a tu padre.

Estoy dividida entre sentirme extremadamente frustrada y profundamente admirada por su actitud.

La segunda parte pesa más. William es un hombre honorable, y eso me reconforta al pensar que pasaré el resto de mi vida a su lado.

—Eres fuerte —bromeo.

—Tuve que aprender a tener autocontrol para estar en la cima de la mafia —se justifica—. Pero no te engañes por las apariencias, Bec. Cada célula de mi cuerpo te desea.

Toco su pecho con las yemas de mis dedos, sintiendo apenas el área alrededor de la piel recién tatuada.

—Gracias —susurro, y él sujeta mi muñeca con cuidado y luego la besa.

—A partir de hoy, adonde yo vaya, te llevaré conmigo. En cada guerra que enfrente, tus ojos estarán conmigo. Y nada ni nadie podrá alejarte de mí.

Con cariño, me acomoda en el asiento del copiloto y sale del coche, ocupando luego el lugar del conductor.

Cambio la música del coche por "Jingle Bells" de James Lord Pierpont y contemplo el hermoso paisaje mientras William conduce para llevarme de regreso a casa.

Todo el tiempo, sus manos están entrelazadas con las mías, y todavía siento el sabor de su beso en mis labios.

Estoy feliz.

En menos de quince días, me convertiré en la esposa de este hombre que me hizo sentir cosas que jamás pensé que existían.

En realidad, "feliz" es una palabra demasiado simple para describir lo que estoy sintiendo.

Es algo más… especial, único.

Mágico.

Esta es la magia de la Navidad. La época en la que pueden suceder cosas hermosas.

CAPÍTULO 11

William Belinni

Mis dedos tamborilean con impaciencia sobre la mesa del despacho mientras observo a mi hermano.

Los capos acaban de salir de una de las reuniones más importantes de la Outfit, y mi padre ya fue a acostarse.

Mi boda es el próximo sábado y, la semana siguiente, asumiré oficialmente el puesto de Don. Mi padre está muy mal de salud, el cáncer ha avanzado y el médico le indicó reposo absoluto para conservar su energía durante el tratamiento.

Siempre fue un hombre admirado y respetado por su mano de hierro al gobernar; su experiencia y su visión para los negocios hicieron prosperar a la Outfit en muchos aspectos. Por esa razón, al enterarse de su enfermedad, muchos hombres quisieron que alguien de su misma edad asumiera el mando en su ausencia, lo que viola directamente la ley de la herencia dentro de la mafia.

En la reunión de hoy dejé un mensaje claro. Yo seré el próximo sucesor al mando y, quien no estuviera conforme, podía decírmelo directamente, porque yo me encargaría de eso a mi manera. Uno de los soldados que acompañaba a un capo que claramente desaprueba que yo asuma como Don sirvió de portavoz del desgraciado y dijo que yo era demasiado joven e inexperto; que alguien como ese capo sería más indicado para el puesto.

Escuché todo con atención y encendí mi cigarrillo. Otros dos capos asintieron con la cabeza y los miré a cada uno de ellos, memorizando sus rostros.

Mi padre permaneció sentado en la cabecera, observándolo todo con atención, pero no dijo una sola palabra, dejando claro con ese gesto que la situación estaba bajo mi control.

—¿Ya terminaste, soldado? —pregunté, con la voz peligrosamente serena.

—Solo dije lo que muchos piensan, jefe —respondió con una sonrisa burlona, alzando un poco el mentón—. La Outfit necesita a alguien con experiencia.

Algunos hombres desviaron la mirada. Otros me observaron con aprensión en los ojos mientras daba otra calada lenta al cigarrillo y dejaba escapar el humo con calma.

Me levanté despacio y caminé alrededor de la mesa hasta quedar frente al soldado. Él alzó aún más el mentón, intentando imponerse, pero yo era mucho más alto y fuerte que él.

—Interesante —dije—. ¿Sabes cuál es el mayor problema de un soldado que piensa demasiado?

Frunció el ceño.

—Que se olvida de cuál es su lugar —completé.

Intentó sacar su arma, pero lo desarmé antes de que pudiera reaccionar. Le di un golpe fuerte en el rostro y el sonido seco se expandió por la sala, acompañado por la sangre que brotó de su nariz. Se sobresaltó e intentó reaccionar otra vez, pero fue inútil.

Me destaqué en mi entrenamiento dentro de la mafia precisamente por mi agilidad y precisión. Hacía lo que debía hacerse a una velocidad muy superior a la de mis compañeros, lo que siempre me dio ventaja en situaciones de ataque.

Y aquella situación era lo suficientemente apropiada como para usar esa habilidad.

No fue necesario demasiado esfuerzo para poner de rodillas en el suelo a un soldado entrenado. Saqué mi arma y la apunté directamente a la cabeza del desgraciado.

Antes de poder disparar, el capo que lo había llevado a la reunión se levantó de golpe.

—No es necesario —intentó intervenir, con la voz temblorosa —. Él solo…

Levanté la mirada lentamente hasta clavarla en la suya.

—Siéntese —ordené con voz autoritaria.

Él dudó. Entonces apreté el gatillo.

El sonido seco del disparo explotó en la sala antes de que alguien pudiera siquiera respirar. El cuerpo del soldado cayó hacia adelante, inerte, y la sangre comenzó a extenderse por el suelo claro, manchándolo todo a su alrededor.

Algunos hombres se levantaron en estado de shock. Otros quedaron paralizados. Uno de ellos soltó un insulto en voz baja. Mi padre no se movió; simplemente siguió mirándome.

—¡Dije que se sentara, carajo! —Apunté el arma hacia el capo que había traído al soldado, y él se desplomó en su silla, boquiabierto, en el mismo instante.

Él estaba en shock. Reuniones como aquella rara vez terminaban en sangre y muerte; normalmente solo eran parte de la rutina de la mafia para revisar el estado de los negocios.

En cuanto me obedeció, bajé el arma con tranquilidad y miré a todos a mi alrededor.

—¿Alguien más aquí piensa que no soy capaz de gobernar? —pregunté con la voz aún más grave y ronca. Algunos bajaron la cabeza de inmediato—. ¿O que la sucesión hereditaria es opcional cuando no conviene?

Silencio.

Nadie respondió.

Sin guardar el arma, caminé hasta el capo que había intentado desafiarme a través del soldado y noté que estaba a punto

de sufrir un ataque. Estaba pálido, sudando, con las manos temblando levemente sobre la mesa.

Me incliné, apoyando ambas manos frente a él.

—La próxima vez que quiera estar en desacuerdo conmigo —hablé en tono bajo, pero lo suficientemente alto para que todos en la sala me escucharan—, venga usted mismo. Respeto a los hombres valientes.

Me enderecé y recorrí la sala con la mirada, asegurándome de que todos hubieran entendido la lección.

—Limpien esto —ordené a dos soldados en la puerta—. La reunión terminó.

Los hombres de la mesa se levantaron con rapidez, pero antes de que cruzaran la puerta, añadí:

—Los veo el próximo sábado en mi boda, señores.

Recibí asentimientos breves y se fueron, dejándome un sabor amargo en la boca por tener que invitar a esos hijos de puta a mi boda. Hay soldados leales, pero también hay muchos traidores, y un hombre puede pasar de un extremo al otro con una facilidad absurda.

Basta con que resulte más conveniente, más lucrativo o más interesante.

Si pudiera, invitaría solo a mis hombres de confianza a la ceremonia, pero esto es la mafia. Y tengo deberes que cumplir, lo que convierte mi boda en un evento público y expuesto a personas que no merecen sostener la cabeza sobre sus propios cuellos.

Después de mis órdenes, el soldado muerto fue retirado, el suelo quedó limpio y todos salieron del despacho, incluido mi padre.

Todos, excepto mi hermano.

Y me costó horrores mantener la maldita paciencia y no hacerle a Robert lo mismo que le hice a ese cabrón que me desafió.

—Tengo mil motivos a mi favor, pero traje solo los principales para demostrarte que tengo razón —dice, y si fuera cualquier otro hombre frente a mí ahora mismo, ya le habría volado la cabeza por su arrogancia.

Pero es mi hermano. Y la sangre es demasiado valiosa dentro de la mafia, incluso cuando no existe ningún otro vínculo más allá de ella.

Llevo mi cigarrillo a la boca y exhalo el humo directamente hacia Robert, pero él no parece inmutarse.

Está sentado en la silla frente a mí, usando uno de sus mejores trajes, mientras me expone todos los motivos por los que debería considerarlo para el puesto de subjefe.

—Soy inteligente, William. Mucho más que tú. Soy más paciente y no mataría a la gente con la facilidad con la que tú matas —afirma, con el mentón en alto, y le lanzo una mirada perezosa—. La falta de control no está bien vista. Eres impulsivo y demasiado peligroso para estar al mando. La gente te tiene miedo.

—Continúa —digo, volviendo a fumar y reteniendo el humo en los pulmones.

Solo lo suelto cuando me empieza a arder. Eso me distrae lo suficiente como para no matar a mi propio hermano.

—Necesitas a alguien como yo, con mi credibilidad. Ellos te miran a ti y ven una bomba de tiempo, pero me mirarán a mí y verán estabilidad y seguridad.

Suelto una risa burlona.

—Robert, ¿tú puedes oír la mierda que está saliendo de tu boca o hablas sin siquiera procesar lo que dices? —digo, y él se

encoge de manera involuntaria—. Eres un pésimo administrador. Arruinaste y llevaste a la quiebra todo lo que pusieron en tus manos.

—¡Porque soy joven!

—Eres dos años menor que yo —le recuerdo—. Y desde los dieciocho acompaño a nuestro padre y me encargo de mierdas administrativas sin dejar que nada saliera mal.

—¡Eres un engreído! —gruñe, ofendido, pero mi paciencia ya pende de un hilo.

Levanto mi arma y la apunto a su cabeza.

—Baja la puta voz o te vuelo la cabeza.

—No harías eso.

—¿No? —Sonrío con sarcasmo, y él traga saliva—. Creí que habías dicho que soy una bomba de tiempo. Puedo explotar en cualquier segundo, ¿cierto?

—William…

El miedo en la voz de mi hermano me da asco. Me da más asco aún que su maldita personalidad de mierda.

Bajo el arma por un instante, me levanto y apoyo ambas manos sobre la mesa de madera para inclinarme sobre él.

—¿Sabes por qué jamás estarías capacitado para el cargo de subjefe o ni siquiera para ser Don, Robert? Porque anoche el médico nos dijo que a nuestro padre no le queda mucho tiempo de vida y tu única preocupación es el puesto que podrías obtener con eso.

—Eso no es verdad —murmura entre dientes.

Rodeo la mesa despacio, y Robert sigue cada uno de mis movimientos con la mirada, tenso, como un animal acorralado que aún intenta fingir que no tiene miedo.

—Muy pocos saben cuál es el verdadero estado de nuestro padre, y así va a seguir siendo. Chicago no puede oler debilidad, pero, ¡tú eres de la familia, carajo! Y yo esperaba que fueras un hombre más decente que esto.

Aprieta los labios y baja la cabeza, como el cobarde de mierda que es. Robert ni siquiera logra sostenerme la mirada.

—Mientras tú haces cálculos sobre cargos e influencia —continúo, exponiendo mi maldita vulnerabilidad por primera vez—, yo me pregunto cómo voy a sostener esta ciudad cuando él ya no esté. Cómo voy a mantener unida a la Outfit cuando los capos empiecen a probar límites. Cómo voy a honrar a un hombre que nunca supo ser padre, pero que supo ser Don como nadie. ¿Y sabes cuál es la respuesta, Robert?

Me detengo justo detrás de él y apoyo una mano en el respaldo de la silla. Robert contiene la respiración.

—Violencia —respondo yo mismo—. Porque la seguridad y la estabilidad son esperables en hombres comunes, que lideran empresas comunes y que no cargan armas las veinticuatro horas del día.

—William...

Oigo más miedo en su voz. Eso me revuelve el estómago.

—Pero en la mafia, si los hombres no te temen, te matan. Solo respetan aquello que es más peligroso que ellos, y aun así siempre surgen ratas traidoras —digo, viendo cómo el cuerpo de mi hermano se pone cada vez más tenso—. Hay que aniquilar a cada hijo de puta que se atreva a desafiarnos de forma directa y cruel, porque eso da el ejemplo. Muchos quieren arrebatar el poder a hombres inteligentes, pero todos lo piensan dos veces antes de enfrentarse a hombres violentos. Nadie quiere tocar una bomba de tiempo, ¿verdad?

Me alejo y voy hasta la pared de vidrio, desde donde se ve la ciudad en una vista panorámica.

—¿Tú crees que esto es fácil para mí? —explota, encontrando el valor para enfrentarme solo cuando ve que estoy lejos—. ¡Siempre fuiste el favorito! ¡Siempre fuiste el elegido!

Suelto una risa sin humor.

—¿Favorito? —Niego con la cabeza—. No. Yo fui el que aguantó. El que escuchó, aprendió y sangró sin quejarse. El que entendió desde temprano que la familia está antes que la ambición personal.

Vuelvo a ponerme frente a él y se sienta otra vez, temblando. Apoyo las manos sobre la mesa, mirándolo desde arriba.

—¡No te imaginas cuántas veces he deseado ser tú!

—Siempre fuiste mimado y protegido del sufrimiento, Robert. Pero eso te convirtió en un egoísta de mierda que solo piensa en sí mismo —replico—. Tú quieres poder porque quieres ser visto, quieres ser Don por el estatus. Yo voy a tomar el control de Chicago porque alguien tiene que hacerlo. Porque si no lo hago yo, todo lo que nuestro padre construyó se convierte en polvo en menos de un mes.

—Yo podría ayudar —susurra, muerto de miedo.

—Eres mi hermano, Robert —digo con un tono más grave—. Y es solo por eso que sigues respirando. Pero no confundas eso con debilidad.

Levanto el dedo índice y lo apunto a su pecho.

—No serás subjefe. Ni hoy ni nunca. Vas a seguir donde estás, bajo mi atenta mirada. Un solo paso fuera de la línea… y ni siquiera nuestra sangre te va a salvar.

Robert traga saliva, la rabia arde en sus ojos, pero no me contradice.

Regreso a mi silla, apago mi cigarrillo en el cenicero y concluyo:

—La familia está por encima de todo. Y voy a hacer lo que sea necesario para protegerla. Incluso de ti.

Como un niño mimado, sale del despacho dando pisotones, lo que me enfurece muchísimo.

Sería bueno poder contar con mi hermano para ayudarme en el mando. Sería lo ideal, siendo sincero, pero tendré que lidiar solo con todo otra vez.

—Que se vaya a la mierda, ya estoy acostumbrado —murmuro, tronándome el cuello en un intento inútil de aliviar la tensión que me mantiene los músculos rígidos.

No sirve.

No es suficiente.

Lo que palpita en mis venas pide algo más… concreto. Algo que sangre.

Me levanto de golpe, me quito la chaqueta de los hombros y me arremango las mangas de la camisa mientras me dirijo al ascensor. El trayecto hasta el subsuelo es corto, pero el descenso parece lo suficientemente largo como para que la rabia se ordene dentro de mí.

La mayoría de nuestros edificios comerciales esconden sótanos con funciones muy específicas dentro de la mafia. Las reuniones importantes se realizan en los pisos superiores; cuando algo se sale de control, los invitados bajan.

Y rara vez regresan.

Allí abajo hay celdas adecuadas, instrumentos de tortura alineados con una precisión casi quirúrgica, armas y equipos médicos cuya única función es prolongar la vida (y con ella el

sufrimiento) de aquellos a quienes decidimos castigar o de quienes necesitamos extraer información.

Casi siempre hay alguien abajo listo para ser castigado. Y, por lo general, quien se encarga de jugar con los traidores es nuestro Verdugo.

Pero cuando llego al sótano y el Verdugo me mira a los ojos, se aparta de mi camino y me deja encargarme del hombre desnudo y atado en el suelo.

Sin decir una sola palabra, me acerco a la bandeja y tomo un alicate de la fila, caminando de regreso hasta el traidor que espera su castigo.

La mejor forma de lidiar con el propio dolor es causándoselo a otros, así que, sin pensarlo dos veces, me inclino y empiezo mi trabajo.

CAPÍTULO 12

Rebecca Windsor

La nieve cubre el jardín de mi casa y cierro los ojos mientras respiro el aire puro y helado.

Siempre me ha gustado el invierno. Es silencioso. Las plantas y las flores mueren, pero sabes que es solo una fase. Mientras tanto, los árboles menos resistentes sucumben bajo sus propios troncos y ramas, dejando al descubierto lo que realmente son.

—¡Rebecca! —grita mi mamá, interrumpiendo mi momento de introspección—. ¡William está aquí!

—¿Qué? —pregunto, asustada.

Ha venido a verme casi todos los días, pero ayer desapareció. No tuve el valor de llamarlo y me sentí tan angustiada que tuve que distraer mi mente con cualquier cosa.

—¡Por el amor de Dios, mírate cómo estás! —aparece jadeando en el jardín y se queja en cuanto me ve.

Tengo el pelo alborotado. Me duché hace una hora y apenas usé el secador. La nieve siempre me lo deja erizado. Estoy sin maquillaje. En lugar de un vestido elegante y recatado, llevo pantalón, abrigo y botas de nieve.

No me parezco en nada a una princesa. William nunca me ha visto así.

—¡Dios mío! ¡No va a haber tiempo de que te arregles! —exclama, al borde de la desesperación. A lo lejos, ya logro distinguir las voces de mi papá y de William acercándose—. Que Dios nos ayude… y que él no te rechace.

Las palabras de mamá resuenan dentro de mí durante algunos segundos.

Y, en ese instante, decido que amo estar así.

Libre.

Como los árboles en invierno.

No quiero un matrimonio en el que tenga que despertarme todos los días antes que mi marido para transformarme en algo presentable, solo porque él no soportaría ver a una mujer real a su lado. No soy una muñeca de porcelana.

Y si él es capaz de renunciar a mí por eso, entonces quizá esta relación nunca fue para mí.

En la mafia, el matrimonio es eterno. No existe la devolución ni una segunda oportunidad. Es mejor que decida ahora si me quiere entera, tal como soy, antes de deslizar un anillo en mi dedo.

Siempre soñé con casarme, pero no con cualquier hombre. Quiero a alguien que cuide de mí, que me ame lo suficiente como para no huir cuando mis defectos queden en evidencia.

Huir es fácil cuando las cosas se complican. Es cómodo.

Y profundamente superficial.

Lo que es profundo exige esfuerzo. Lo que es especial da trabajo, cuesta caro y exige sacrificios. Y yo estoy dispuesta a pagar ese precio. Solo que no acepto pagarlo sola.

Porque quien no es capaz de atravesar el invierno y soportar el frío a tu lado no merece cosechar tus frutos cuando llegue la primavera.

Mantengo la cabeza en alto cuando veo a mi prometido llegar al jardín. Su cabello está mojado, lo que indica que acaba de bañarse, y su aroma es tan agradable que incluso desde lejos puedo sentir su perfume.

William viste ropa formal, completamente negra, y lleva encima un abrigo grueso para protegerse del frío. Parece una

celebridad, un actor de películas románticas que dejaría a cualquier mujer deslumbrada y enamorada con solo mirarlo.

Mientras tanto, yo soy solo… yo. Pero ese pensamiento no me hace cambiar de opinión respecto a cuánto me gusta esto.

Sonrío en cuanto lo miro, y siento mariposas en el estómago de la emoción. Me encanta cuando viene a verme.

—Querida, ven. Él quiere quedarse a solas con Rebecca —le avisa papá a mamá, y ella solo hace una breve reverencia al futuro Don antes de regresar al interior con su marido.

Con cualquier otro hombre jamás lo permitirían, pero todos saben que William está a punto de convertirse en el jefe de la mafia, y nadie le negaría nada.

Ni siquiera mi padre.

—Hola, Bec —susurra con su voz grave y dulce, pero aunque eso me calienta el corazón, son sus ojos los que llaman mi atención.

Perturbado.

Esa es la mejor palabra para describirlo cuando me encuentro con la oscuridad en la mirada de William Belinni.

Dejo de sonreír de inmediato.

—Sigue sonriéndome, mi Bec. Tu sonrisa alivia la presión en mi pecho.

Soy yo quien acorta la distancia entre nosotros y, en un movimiento involuntario, coloco la mano sobre su pecho.

—¿Estás bien? —susurro.

—Te ves hermosa —me dice, analizando mi rostro con tanto cariño que puedo sentir la sinceridad en su voz.

Mi mano sigue apoyada sobre su corazón. Sus latidos son tranquilos y suaves, totalmente distintos al hombre violento e

impulsivo que su imagen representa.

Pero conmigo no es así.

Conmigo, desde que me vio y luchó por mí, ha sido dulce y amable.

Todos los días viniendo a verme. Todos los días haciéndome preguntas para saber qué pienso, qué me gusta o con qué sueño. Todos los días dejándose de lado y enfocándose por completo en mí y en mis intereses. Todos los días queriendo conocerme, como si yo fuera lo más interesante del mundo, aunque solo sea una chica común.

Y aunque parezca prematuro o imposible… siento que, en cada uno de esos días, me enamoro un poco más de él.

William Belinni es cautivador en todos los sentidos.

—¿Estás bien, querido? —pregunto otra vez, y siento su mano pesada sobre la mía, envolviéndola contra su pecho.

—¿Puedes sentir esto? —susurra.

—¿Los latidos de tu corazón?

—Mi alma, dulce Bec —dice aún más bajo—. Solo siento que tengo una cuando estoy cerca de ti.

—William…

Él me sonríe. Con una sonrisa tan triste que me duele el corazón. Porque mi alma ve la suya.

—Siento tu alma, mi dulce William —susurro, y él besa mi cabeza con absoluta adoración.

—¿Cómo puede un ángel tan puro como tú querer estar con un hombre como yo?

—Eres un buen hombre.

Él suelta una risa breve, sin humor.

—No —me corrige—. Soy una bomba de tiempo, cariño.

—¿Quién te dijo eso? —pregunto, llevando mis manos a su rostro.

Su mirada sigue vacía. Hay una oscuridad intensa ahí.

—Nunca vi un problema en mi forma de ser —continúa, usando sus manos para acariciar mi cabello suelto—. Eso es bueno en la mafia, pero en lo personal puedo ser una completo idiota.

—¿Serías capaz de hacerme daño?

—Oh, Bec, me suicidaría antes de que eso sucediera.

—No eres un hombre malo, Will. Solo eres un hombre moldeado para gobernar un mundo malo.

Su mirada se suaviza un poco. Sigo acariciando su rostro con ternura, aunque para eso tenga que inclinarse un poco hacia abajo.

Es mucho más grande que yo, pero me deja tocarlo. Es como si confiara en mostrarse vulnerable conmigo, aunque sé que hay una serie de armas bajo su ropa.

Armas que no usaría contra mí.

—Me gusta cómo me ves —dice, besando mi frente—. Me gusta quién soy a través de tus ojos.

—¿Pasó algo?

—No quiero contarte cosas malas. No quiero cargarte con mis problemas —explica, atrayéndome contra su pecho.

Abrazo su cuerpo cálido y musculoso, y cierro los ojos por un segundo para aspirar su aroma.

William Belinni tiene el mejor olor del mundo.

El mejor abrazo. El mejor contacto.

También es el más atento del mundo.

Y se ha mostrado así todos los días, incluso en el poquísimo tiempo que llevamos juntos.

Pero no quiero que solo sea él quien se entregue a mí. No es justo. Y no solo porque sea demasiado interesante, sino porque me importa.

—Quiero saber todo sobre ti. Todos tus sueños. Todos tus dolores. Todo lo que te alegra y lo que te entristece —susurro, al ver cómo su mirada vuelve a quedarse fija en mí.

—Eres la primera que se interesa por eso —dice en tono divertido, pero mi ceño se frunce.

—Tienes una fila de pretendientes interesadas en ti, y ambos lo sabemos.

—Ellas no están interesadas en mí. Están interesadas en lo que tengo para ofrecer. En el estatus, en el poder —explica, deslizando las manos por mi cabello—. Pero no me conocen ni quieren hacerlo. Es diferente.

Entiendo lo que él dice. Es fácil mirar a un hombre con poder y quedar deslumbrada por todo lo que tiene para ofrecer.

Pero ver palabras vulnerables salir de los labios de un hombre tan imponente e inquebrantable conmueve mi corazón.

De una buena manera.

—Yo estoy interesada en ti —aclaro.

—¿Incluso si encontraran la forma de arrebatarme el poder? —suelta.

—Incluso si fueras jardinero —respondo con sinceridad, recordando el día en que lo conocí y cómo quise volver al jardín para hablar con él—. Un hombre sin hogar. Un fugitivo.

—¿Huirías conmigo, mi Bec?

—A cualquier lugar al que tú quisieras ir.

Sin pensarlo dos veces, toma mi rostro entre sus manos y posa sus labios sobre los míos.

Después de nuestro beso en el coche, nunca volvió a repetir el gesto, y entendí que quería esperar hasta el matrimonio para no perder el control.

Pero eso no cambia el hecho de que anhelo, más que nada, que vuelva a suceder.

Solo que esta vez el beso no es salvaje, intenso ni ardiente. Es suave, dulce, sereno.

Su lengua explora mi boca despacio, y él me abraza mientras me besa, como si quisiera protegerme del frío y pegarme a su pecho.

Mi corazón se expande tanto que siento que podría estallar, y todos mis miedos, incertidumbres e inseguridades desaparecen cuando me toca.

El beso es breve, pero incluso después de que nuestros labios se separan, él sigue abrazándome.

—De verdad estás hermosa, mi Bec.

—Estoy salvaje —corrijo.

—Me gustan todas tus versiones, pero la natural logra ser todavía más perfecta.

Estoy en la nieve, pero podría derretirme ahora mismo. Hay algo tan fuerte formándose dentro de mí que me dan ganas de llorar. Llorar de felicidad.

Esto es tan nuevo y tan raro que no sé cómo manejarlo. No sé qué decir ni qué hacer.

Miro sus zapatos de vestir e intento cambiar de tema para disimular la explosión de cosas que está ocurriendo en mi corazón.

—Solo hay un problema. Si fueras jardinero, necesitarías zapatos más adecuados. Botas, tal vez —digo, con el corazón aún acelerado por el efecto del beso.

—Creo que no me vería bien con botas. —Se ríe.

—Oh, querido, te verías bien usando cualquier cosa —bromeo, y otra risa se le escapa de los labios.

Su pecho vibra cuando lo hace, y amo tanto ese sonido que también sonrío.

—Además, tampoco soy exactamente bueno con las flores.

—¿A qué te refieres con "no soy exactamente bueno"? —replico, conteniendo la risa.

—Soy pésimo con las flores, cariño. O, en otras palabras, soy una mierda en eso —confiesa, y esta vez soy yo la que se ríe primero.

Él me acompaña. Seguimos abrazados. En el frío, en la nieve.

Pero su abrazo es cálido.

—¿Bec? —susurra, y se aparta apenas para mirarme a los ojos—. Estoy enamorado de ti.

Tum tum. Tum tum.

Creo que mi corazón va a explotar ahora.

—William…

—Tocas mi alma. Me siento vivo cuando te miro.

No sé qué decir. Siento tantas cosas al mismo tiempo que es difícil explicarlas.

—Eres la persona que más quiero ver. Te extraño en el instante en que te vas, y eso solo se calma cuando vuelves a encontrarme —digo, viendo cómo la comisura de sus ojos se marca

cuando sonríe. *Hermoso*—. Hago planes contigo. Todo lo interesante que veo es a ti a quien quiero contárselo.

—¿Y qué significa eso, hermosa?

—Que yo también estoy enamorada de ti, William Belinni.

—Mierda —suelta, sonriendo de oreja a oreja.

Y cuanto más me sonríe, más amo su sonrisa.

—Quiero que tú, y *solo tú* —enfatizo—, tengas todas mis primeras y mis últimas veces.

—Oh, Bec… sigo siendo un hombre malo para el mundo, pero te juro que lucharé hasta mi último suspiro para ser bueno contigo y con nuestros hijos.

Nuestros hijos.

El estómago se me congela cuando dice eso.

—¿Hasta la muerte?

—Así funcionan los matrimonios, ¿no? —responde en tono de broma.

—En nuestro caso, sí. —Me río, sintiendo otra vez cómo me duelen las mejillas de tanto sonreír—. Es para siempre.

Él acaricia mi rostro y luego lleva mi mano hasta sus labios, posándolos con dulzura sobre mi piel.

—No puedo creer que voy a casarme contigo.

La forma en que habla… la forma en que me mira y me trata… me hace sentir una persona valiosa en esta relación.

Como si yo fuera más importante que todo. Incluso más que él mismo.

El hombre que pronto será la persona más importante de Chicago.

—¿Entonces, el próximo sábado? —pregunto, mordiéndome los labios para no sonreír tanto.

Él entrelaza nuestros dedos y me besa una vez más antes de guiarme hacia el interior.

—Estoy contando los segundos, mi dulce Bec.

Yo también, mi dulce William.

Yo también.

CAPÍTULO 13

William Belinni

Ya he estado en guerras de verdad.

Ya me he enfrentado a hombres armados que querían mi cabeza y a negociaciones que podrían haber incendiado ciudades enteras. Ya sentí a la muerte respirándome en la nuca más veces de las que puedo contar.

Y, aun así, nunca estuve tan ansioso como ahora.

Estoy de pie frente al altar, y la iglesia está abarrotada a mi alrededor. Capos, aliados, enemigos disfrazados de invitados y familiares me observan con atención, pero no dejo que mis emociones se noten.

Permanezco serio, con el mentón en alto, mientras mis ojos se mantienen fijos en la puerta por donde Rebecca entrará en cualquier momento.

Cuando la música instrumental comienza, las personas se ponen de pie de inmediato. El silencio ocupa su lugar y todos parecen dejar de respirar cuando fijan la mirada en la mujer de blanco que aparece sobre la alfombra roja.

Yo dejo de respirar.

Rebecca está envuelta en un velo, del brazo de su padre, pero incluso con el rostro cubierto, con solo mirarla tengo la sensación de que mi mundo se desacelera.

Es como si todo a mi alrededor perdiera importancia. Las paredes, las miradas, el poder, el apellido que cargo. Mierda, nada de eso importa cuando mis ojos se encuentran con la silueta de ella caminando hacia mí.

Parece un ángel.

Cada paso que da hace que mi pecho se contraiga de una forma casi física.

El velo cubre su rostro, pero conozco cada uno de sus rasgos de memoria. Sé cómo le tiembla la boca cuando está nerviosa. Sé cómo le brillan los ojos y se le arruga la nariz cuando sonríe. Sé la forma exacta en que levanta el mentón cuando decide ser valiente. Sé lo hermosa que se ve maquillada, pero sé que se ve todavía más hermosa sin nada pintando su rostro. Sé lo que se siente al sentir su piel, la calidez de su cuerpo y el sabor de su aliento. Sé quién es cuando nadie la ve.

He escuchado sus sueños.

Ella quiere ser madre. Y yo, que nunca había pensado realmente en qué tipo de padre sería, después de hablar con ella, deseé con todas mis fuerzas tener hijos con ella.

Y ella eligió caminar hacia mí.

Mi mandíbula permanece tensa. Mi cuerpo no se mueve. Para todos los presentes, sigo siendo el hombre frío, calculador, inalcanzable. El futuro Don que no se inclina ante nada.

Pero por dentro, estoy de rodillas.

Enamorado de una forma que me asusta más que cualquier amenaza que haya enfrentado.

Cuando se acerca, siento algo raro atravesarme el pecho.

Miedo.

No a perderla, porque de una manera insana sé que su alma está ligada a la mía incluso antes de que los anillos nos unan para siempre. Sino miedo a la dimensión de lo que ella se ha convertido para mí. A cuánto pasa mi vida a tener un punto vulnerable a partir de ahora.

Cuando se detiene frente a mí, la comisura de mis labios se curva en una sonrisa.

Maldita sea, es imposible no sonreír al mirarla.

Levanto la mano y, con cuidado, aparto el velo despacio, quedando extasiado cuando sus ojos se encuentran con los míos. Ojos humedecidos por la emoción.

—Hola, Bec —susurro, y ella me devuelve la sonrisa.

—Hola, querido.

Su padre se despide y yo la guío hasta el altar, incapaz de dejar de mirarla. Estoy a punto de convertirme, oficialmente, en el Don de Chicago, pero mirar a mi dulce Rebecca me hace comprender que casarme con ella es, por lejos, lo más serio que he hecho en mi vida.

Porque no me estoy casando solo por obligación, sino *porque elegí* estar aquí.

A su lado.

El sacerdote comienza a hablar, y las palabras sobre unión, compromiso y respeto llenan la iglesia. Escucho cada sílaba, pero es como si existiera una capa adicional entre el sonido y yo.

Sostengo la delicada mano de mi chica cuando nos indican que nos giremos uno frente al otro.

En el mundo en el que vivo, el matrimonio no es una promesa vacía, es una sentencia de por vida. Es compartir enemigos, peligros, noches largas y silencios pesados. Es meter a alguien dentro de mi caos.

Y por más jodida y egoísta que haya sido mi decisión, la quise.

Prometo protegerla. Honrarla. Cuidar de ella en un mundo que no perdona las debilidades. Prometo no abandonarla nunca, no tratarla jamás como algo descartable, no permitir que enfrente el frío sola. No prometo un camino fácil, porque eso sería una mentira, pero prometo lealtad absoluta.

Porque, para mí, nuestro compromiso no es un acuerdo. No es estrategia. No es política.

Es una elección.

Hasta la eternidad, Bec.

La ceremonia está a punto de terminar cuando el sacerdote me dice que puedo besar a la novia. Mis dedos tocan la piel de su rostro con la más pura devoción, y vuelvo a sonreír al darme cuenta de que esta mujer perfecta ahora es, oficialmente, mi esposa.

Puedo ver que su respiración está agitada. Está nerviosa por hacerlo frente a tantas personas, así que acaricio su rostro una vez más para tranquilizarla.

—Estoy aquí, mi amor. No tienes que preocuparte. —Solo muevo los labios, y ella asiente lentamente, procesando mis palabras.

Su mirada se suaviza y eso me alivia.

—¿Para siempre? —pregunta, moviendo apenas los labios también.

—Para siempre.

La iglesia queda en silencio cuando nuestros rostros se acercan. Aunque estoy ardiendo en deseos de tomarla, mi gesto es respetuoso y sutil, como debe ser frente a esa audiencia.

Poso mis labios sobre los suyos, besándola por primera vez como mi esposa, deseando con intensidad mucho más tiempo y privacidad con ella.

Pero hoy es solo el primer día, apenas el comienzo.

Por suerte tendremos la eternidad, mi dulce Bec.

Luché por ella para estar aquí. Y, al mirar ahora sus ojos, tengo la certeza absoluta de que lucharía mil batallas, enfrentaría a un millón de adversarios en el ring y desafiaría a cualquier hombre

de este mundo, con tal de saber que, al final de todas las disputas, cuando todo terminara, ella estaría allí, esperándome.



Rebecca Belinni

—¡Eres la novia más hermosa que he visto en mi vida! —exclama Mary, con los ojos llenos de lágrimas.

Estamos en la recepción de mi boda, en un salón de fiestas de la Outfit. El lugar está decorado con tanto lujo que parece una escena de película.

Mi marido se lamentó cuando tuvo que separarse de mí durante la fiesta, pero entiendo que, como futuro Don, tiene un papel político que cumplir, lo que significa que necesita prestar atención a determinados invitados por un tiempo.

Pero no me importó. Estoy tan feliz de haberme casado con él que nada sería capaz de arruinar lo que siento.

Después de esta fiesta, iremos a nuestra casa para pasar nuestra primera noche juntos y, mañana por la mañana, viajaremos a una isla en Brasil para disfrutar de nuestra luna de miel.

Tendremos todos los días de nuestras vidas para estar juntos. La eternidad será nuestra.

—Y también la que tiene al marido más enamorado. William no puede quitarte los ojos de encima —completa Harper, señalando con la copa algo detrás de mí. Me giro justo a tiempo para ver a mi marido a unos metros, rodeado de hombres de traje, pero completamente concentrado en mí.

William sonríe cuando nuestras miradas se encuentran. Su sonrisa ladeada es intensa y salvaje.

Ese gesto hace que mi estómago se congele en el mismo segundo. Mi rostro se sonroja, pero le devuelvo la sonrisa.

—¡Dios mío, ese hombre te va a devorar entera! —murmura Harper en voz baja, robando mi atención.

Vuelvo a mirar a mis amigas y mis mejillas se calientan aún más. Un camarero pasa a mi lado y tomo una copa de champán, intentando refrescar mi cuerpo.

—Tienes que prometernos que nos lo vas a contar todo, ¿entendido? Cada detalle, cada cosita que hagan —suplica Mary en voz baja, casi haciéndome atragantar. Me río de inmediato por su curiosidad, pero es comprensible. Yo también querría saberlo si fuera al revés—. Crucemos los dedos para que sea tan bueno en la cama como los hombres de los libros de mamá.

Harper suelta una carcajada.

—Por la forma en que está devorando a Rebecca con la mirada, no tengo dudas de que mañana por la mañana podrá escribir su propio capítulo erótico.

—Oh, ella estará ocupada durmiendo después de una noche agotadora de amor y placer.

Las dos siguen conversando y provocándome, pero yo solo miro a mis amigas con los ojos húmedos y una sonrisa en el rostro.

—Las voy a extrañar, ¿sabían? —susurro, y se detienen en el mismo segundo.

—Deja de decir eso, no nos vamos a morir —replica Harper, pero también noto que está afectada.

—Somos vecinas —explico—, pero a partir de hoy voy a vivir en otra casa. Tendré una nueva rutina y pronto ustedes también se van a casar. Vamos a seguir queriéndonos, podremos seguir viéndonos, pero nada será igual. No voy a dejar de dormir con mi marido para pasar la noche riendo y charlando con ustedes. Tendremos problemas más reales que esconder los libros prohibidos de tu madre para que no nos atrapen. Tendremos más compromisos, deberes y obligaciones. Todo va a cambiar.

—Ya no somos adolescentes solteras —concluye Harper.

No.

La vida avanza, las cosas cambian, y por eso es tan importante disfrutar cada etapa sin atropellar los momentos. Y estoy agradecida por todo lo que viví con mis amigas.

—Pero nunca vamos a dejar de ser amigas —solloza Mary.

—Nunca.

Nuestro momento emotivo se interrumpe cuando siento un calor en la espalda. Antes de girarme para ver quién está allí, su perfume me envuelve, y sonrío al instante.

—¿Puedo robarme a mi esposa, señoritas? —La voz grave y ronca de William resuena en nuestro pequeño círculo, y mi corazón se acelera por la ansiedad de estar con él.

Mi esposa.

Me encanta cómo suenan esas palabras saliendo de su boca.

Harper y Mary asienten al mismo tiempo, y siento la mano posesiva de mi marido aferrándose a mi cintura. Me atrae hacia su pecho antes de que pueda girarme, inclinándose un poco para susurrar en mi oído:

—Oh, Bec. Es dolorosamente insoportable verte de lejos y no poder tocarte.

—Entonces tendremos que encontrar la manera de cambiar eso, ¿eh? —susurro, sintiendo cómo mi marido me huele como un animal territorial en medio de la fiesta.

Me atrae aún más hacia él. Siento sus brazos contra mi espalda, pero nunca me había sentido tan protegida como ahora.

En los brazos del alfa de la mafia.

—Eres tan perfecta, amor. Tan perfecta —susurra, volviendo a inhalar mi aroma. Despierta en mí sensaciones que nunca había experimentado. Mi vientre se contrae por la necesidad, mis pezones

empujan la tela y lo único que sé es que necesito su contacto. Como alivio.

—¿Nos vamos? —imploro en voz baja, casi gimoteando de deseo—. Por favor, amor.

—Mierda, Bec. ¿Vas a ser mi perdición, verdad? —murmura, besando mi cuello en un gesto casto antes de girarme hacia él.

Respira profundamente, sus pupilas están dilatadas y la vena palpitante en su cuello deja claro que se está conteniendo.

—Te deseo —digo, y el gesto salvaje vuelve a aparecer en su rostro.

Mucho más perverso ahora.

William Belinni es el hombre más hermoso que he visto en mi vida.

—Primero tenemos que bailar —dice en voz muy baja, y por más que haya soñado con el día en que estaríamos juntos en la pista de baile, mi cuerpo está tan caliente que renunciaría a todo por irme con mi marido ahora mismo.

Pero en el lugar que ocupo dentro de la mafia, necesito aprender que, antes de mis propios deseos, tengo deberes que cumplir.

Y uno de ellos es bailar con mi marido frente a los invitados.

—Está bien.

William suelta una risa baja y sacude la cabeza, suspirando.

—Demonios, ¿cómo puedes ser tan perfecta? —pregunta, acariciando mi rostro—. Eres ardiente, pero sumisa. Quieres quedarte a solas conmigo, pero sabes cumplir tu papel.

—Quiero ser una buena esposa. Quiero hacer las cosas bien, sin avergonzarte.

Sujeta mi mentón con dos dedos, obligándome a levantar mi rostro. Su mirada oscura y seria se clava en la mía, intensa como todo en él.

—No tienes que demostrarme nada, Bec —dice, con la voz baja, pero tan dulce que me aprieta el corazón.

William es así.

Peligroso, pero gentil.

Explosivo, pero protector.

Valiente, pero vulnerable conmigo.

Salvaje, pero dulce.

Su fama se ha ido extendiendo cada vez más dentro de la Outfit, y es respetado y admirado por ser un hombre inteligente, estratégico y cruel.

Pero conmigo es romántico. Me visita todas las noches. Me pregunta cómo estuvo mi día, incluso cuando el suyo fue millones de veces más interesante. Me ayuda con todo lo que le pregunto, incluso cuando se trata de algo extremadamente tonto e irrelevante, como el color de la cinta de los bordados de las servilletas.

"¿Cuál prefieres?", me preguntaba ante cada decisión que debía tomar. Después de que yo respondía, besaba mi mano y me sonreía. "*Entonces me gusta esa. Siempre me va a gustar la que a ti te guste más".*

Me conquistó. Se tatuó mis ojos en el pecho, justo sobre su corazón.

William Belinni es un monstruo para el mundo, pero un príncipe para mí. Y esa contradicción me enseñó una verdad que pocos aceptan: la vida no es blanco o negro, no está hecha de extremos, no se reduce a etiquetas de bueno o malo.

Crecer dentro de la mafia me mostró que nadie es luz para todos, así como nadie es oscuridad todo el tiempo. Estamos hechos de contextos, elecciones y lealtades.

—Lo sé —respondo—. Pero quiero honrarte. Honrarnos a ambos.

Mi marido apoya su frente contra la mía y respira hondo, como si estuviera conteniéndose.

—Entonces vamos a bailar —murmura—. Y después… —su mano se desliza hacia mi cintura, posesiva, caliente—… después te saco de aquí.

—¿Solo nosotros dos?

—Solo nosotros dos, mi Bec.

William entrelaza nuestros dedos y me conduce hacia el centro del salón con naturalidad, como si hubiera hecho eso toda su vida. Su mano firme se apoya en la base de mi espalda y la otra sostiene la mía, y cuando nos detenemos en medio de la pista, la ansiedad empieza a dominarme.

—Ey, Bec. Estoy aquí contigo —susurra, acariciándome el rostro.

Sus palabras logran tranquilizarme un poco, aunque la preocupación por no estar a la altura de las expectativas sigue rondándome. William es perfecto; necesita a alguien que también lo sea.

Y todos nos están mirando. En el fondo, sé que todos buscan algún motivo para juzgar o criticar. Siempre es así con quienes están en la cima.

—Mírame. Olvida todo lo demás —me pide, en cuanto comienza a sonar la melodía—. A partir de ahora, tú eres mi vida, Bec. Tú eres todo lo que importa. Nunca voy a dejarte. Y si alguien

intenta hacerte daño, haré que esa persona sangre tanto que deseará el fuego del infierno. Te lo juro.

Por absurda que sea mi reacción, sonrío. Sonrío al ver el cuidado, la preocupación y el cariño en los ojos del hombre que amo.

Él coloca la mano en mi cintura, yo apoyo la mía en su hombro, y nuestro contacto se siente perfecto. Un hilo de electricidad recorre mi cuerpo por el simple hecho de volver a estar cerca de él, por la adrenalina de lo que somos ahora y de lo que haremos muy pronto.

Al ritmo de "Tenerife Sea", de Ed Sheeran, empieza a moverme por el centro del salón, guiándome en una coreografía que solo ensayamos durante dos días.

Estás tan hermosa con tu vestido

Amo tu cabello así

La forma en que cae de lado sobre tu cuello

Por tus hombros y tu espalda

Las personas están a nuestro alrededor, observando sin invadir la pista, pero William no teme ni se incomoda por las miradas de nadie.

Mi mafioso solo me mira a mí.

Él toma el control de todo, y su mirada me transmite tanta seguridad que pronto me siento tranquila.

Si esta fuera la última cosa que vea

Quiero que sepas que es suficiente para mí

Porque todo lo que eres es todo lo que siempre necesitaré

Estoy tan enamorado, tan enamorado

—¿William? —susurro, y él inclina la cabeza lo suficiente para escucharme.

—¿Está todo bien?

—Te amo —digo, y él levanta el rostro para mirarme a los ojos.

El mundo parece desacelerarse en el instante en que las palabras salen de mi boca.

William no interrumpe el baile, pero algo cambia de inmediato. Sus ojos se oscurecen, profundos, como si hubiera tocado un lugar al que nadie más llega.

Empiezo a preguntarme cuántas veces habrá escuchado eso en su vida. Que es amado, querido.

Más allá de su cargo, de lo que representa, de la mafia, del deber.

—Dilo otra vez —pide con la voz baja. No como una orden, sino como si lo necesitara.

—Te amo, William. Puedo parecer precipitada, pero te amo. Y no es por tu dinero, tu estatus, tu poder ni por nada externo. Me sentí atraída por aquel jardinero en la oscuridad, me sentí atraída por tu corazón, y entendí que la pasión no es suficiente para representar todo lo que siento ahora. —Las palabras salen de mí como si brotaran de mi alma.

De mi alma a la suya.

Veo la vulnerabilidad en sus ojos. Veo la emoción.

Veo tu alma, mi dulce William.

—Oh, Bec. —Suelta un suspiro audible y luego sonríe. Una sonrisa amplia, sincera—. Mi dulce Bec.

Deja escapar una risa baja, tan feliz que me hace reír también.

Sonríe más. Ríete más.

Amo verte feliz, mi amado William.

—¿Cómo puede un ángel como tú amar a un monstruo como yo? —repite lo que me preguntó hace algunos días en el jardín, cuando yo estaba despeinada y sin maquillaje.

Mi corazón late con más fuerza. Nunca estuve tan segura de algo como ahora.

Se detiene por un segundo en medio del salón. Lo suficiente para que sienta todo el peso de su atención sobre mí. La mano en mi cintura aprieta con aún más posesividad.

—Nunca pensé que sería capaz de decir esto con honestidad a una mujer, Bec —continúa—. Pasé toda mi vida creyendo que no tenía corazón. Que dentro de mí solo había oscuridad. Pero sea lo que sea que esté latiendo aquí… late por ti. Solo por ti. —Sus ojos no se apartan de los míos ni un segundo—. No sé amar de la forma correcta, de la forma bonita. Voy a amarte protegiéndote, luchando por ti, quemando el mundo entero si alguien intenta tocarte.

Apoya su frente contra la mía, sin importarle las personas a nuestro alrededor.

—Si esto no es amor, entonces no sé cómo llamar a lo que hiciste conmigo. Pero es tuyo. Yo soy tuyo.

La música termina, la gente nos aplaude, pero nada de eso importa. Nada, salvo él.

—¿Vamos? —me pregunta, inclinándose para besar mi mano con reverencia.

Que el futuro Don se incline ante una mujer es el mayor acto de reconocimiento que podría ofrecer, especialmente delante de todo el mundo.

—Vamos —digo, y dejo que me guíe hacia la salida.

Hacia nuestra primera noche juntos del resto de nuestras vidas.

CAPÍTULO 14

Rebecca Belinni

Respiro hondo, intentando calmar mi corazón. Estoy sola en mi nueva habitación por primera vez, y la sensación es tan extraña y reconfortante que necesito un momento para procesarlo todo.

William se ocupó de darle el resto del día libre al personal y de asegurarse que la mansión quedara completamente cerrada. Mientras tanto, intento mantener la calma al mismo tiempo que observo el jardín de nuestra mansión a través de la ventana del dormitorio.

Él compró este lugar recién construido, ordenó que lo amueblaran con todo lo más lujoso que yo elegí y transformó la casa en el lugar más hermoso que he visto en mi vida. Todavía vamos a hacer algunas reformas, pero al fondo, en un rincón del jardín, está el banco que solía estar en el laberinto de árboles de la casa de su padre. El banco en el que lloré aquella noche en la que él me vio.

Todavía llevo puesto mi vestido de novia. Mi marido me pidió que lo mantuviera puesto hasta que regresara, porque él mismo quiere desvestirme.

La idea me dejó ardiendo, y simplemente asentí. Acababa de cargarme en brazos por las escaleras y me besó de una manera tan ardiente que apenas pude contener un gemido de frustración cuando se apartó.

Estoy de espaldas a la puerta, pero no necesito girarme para saber el momento exacto en que mi marido entra en silencio en la habitación. Su perfume es intenso, una mezcla de madera, menta y pura masculinidad. Nunca sentí un aroma tan bueno como el suyo.

—¿Me extrañaste, esposa? —susurra, y su aliento fresco golpea mi nuca y me eriza la piel.

Desliza los dedos lentamente por la piel de mi brazo mientras posa los labios sobre mis hombros, besándome y mordisqueándome despacio.

—¡Maldita sea! Tan suave y tan perfumada… y mía.

—Soy tuya —jadeo, porque ahora está usando la lengua para acariciar mi piel.

—Solo mía —afirma, y escucho el instante en que un objeto afilado corta la parte trasera de mi vestido.

William usa un cuchillo para abrir la espalda de la prenda carísima y exclusiva, pero, a fin de cuentas, el dinero era lo último que le faltaba.

Y la verdad es que tampoco me importa ahora.

La tela cae al suelo y quedo solo en bragas y liga. No podía usar sostén con el modelo que elegí, lo que me deja demasiado expuesta en este momento.

Mi marido jadea con fuerza contra mi piel y vuelve a olerme como un animal territorial reconociendo a su hembra. Por instinto, empujo mi cuerpo hacia atrás, ansiando más contacto con él.

—Tu atención, tu cuerpo, tu devoción, tus pensamientos… todo me pertenece ahora, Bec. Todo. Tú eres solo mía.

Su voz suena autoritaria y peligrosa, y sus palabras se me meten bajo la piel, haciendo que, de forma ridícula, mis bragas se empapen. Él es un hombre experimentado y probablemente no se impresiona con cualquier cosa, pero yo no conozco nada. Todo lo que dice o hace me excita.

Incluso el simple roce de sus labios.

El calor me sube por la espalda mientras sus labios continúan besándome, pero luego me gira con cuidado y me obliga a quedarme quieta frente a él.

Suelta un gemido gutural al clavar la mirada en mis tetas, cuyos pezones ya están duros de deseo. Al igual que mi vulva, mis pezones laten, desesperados por un poco de caricias y atención.

Su mirada está oscura y, si tuviera algún instinto de autopreservación, habría huido en el instante en que vi su mandíbula tensa y el deseo crudo dominando su expresión.

Pero es prácticamente imposible conservar cualquier sentido de autopreservación cerca de él.

Sobre todo cuando cada centímetro de mi cuerpo parece pulsar de deseo. Pensar, respirar o fingir control se vuelve una tortura, porque todo en mí solo quiere suplicar para que este hombre enorme frente a mí me toque en el lugar correcto.

De la manera correcta.

Sin parar…

Hasta aliviar la deliciosa agonía que hace latir mi clítoris de deseo.

Sin parar. Sin parar.

—Por favor —suplico, sin saber exactamente qué estoy pidiendo.

Con el corazón en la garganta, sostengo su mirada y veo una violencia inestable en sus ojos.

—Si algo de lo que voy a hacerte no te gusta, tienes que decirme que pare, ¿de acuerdo? —Su tono está aún más ronco de lo habitual, y su respiración es agitada—. Te deseo de una forma que nunca deseé nada en la vida, pero no puedo lastimarte.

—Confío en ti.

William sonríe y jadea, tocándome el rostro.

—Oh, Bec. Me haces el hombre más feliz del mundo —susurra, inclinándose para besarme los labios. Los roza con

suavidad, pero por la forma en que sus brazos tiemblan al sostener mi cintura, sé que se está conteniendo. Su cuerpo está al límite—. Te prometo que voy a ser bueno contigo. Voy a mantenerte relajada para que no duela tanto. Iré despacio para que te acostumbres.

Es sorprendentemente gentil.

Tan gentil que amarlo se vuelve todavía más fácil.

Pero ahora quiero el paquete completo, lo que me lleva a sujetar su cuello y profundizar nuestro beso. Estoy desesperada de deseo, lo necesito.

No pasa ni medio segundo antes de que William me agarre con más fuerza y tome mi boca en un beso salvaje, sujetándome el cabello por detrás e inclinando mi cabeza para tener mayor acceso.

Lame mi mentón, mi cuello y regresa a mi boca, chupando, mordiendo y besando con su lengua suave y fogosa.

Me quedo sin aliento; cada vez que su lengua me invade, mi sistema sale de órbita. Pero quiero más. Tanto más que froto mi cuerpo contra el suyo, lo atraigo hacia mí hasta que quedamos pegados, rozándonos sin pudor.

William aún está vestido, pero siento el calor y la dureza de sus músculos a través de la tela.

—Maldición, Bec, me está costando muchísimo mantener el control cerca de ti.

Solo tengo tiempo de tomar aire antes de que él arrastre mi boca hacia la suya, muerda mi labio inferior y luego succione.

Mmmmm.

Me toca con la punta de la lengua, acariciando la abertura de mis labios, y vuelve a besarme.

Una llama se enciende dentro de mí; es como brasa líquida entre mis piernas.

—Por favor —imploro, y él entiende lo que necesito.

Pienso que va a llevarme a la cama, pero en lugar de eso se separa de mis labios y cae de rodillas frente a mí.

William es tan alto que incluso en esa posición sigue siendo imponente, pero en lugar de mirar mi cuerpo o mis tetas primero, clava la mirada en mis ojos.

—Estoy de rodillas ante ti, Bec. Soy tu marido y pronto seré tu Don, pero por encima de todo quiero que sepas que me tienes en tus manos. Mi corazón es tuyo. Mi deseo es y siempre será solo para ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas y tomo su rostro con cariño. Sin saber qué decir, vuelvo a besarlo, y el beso que empieza lento y suave pronto vuelve a arder.

Aparta su boca de la mía para besar mi vientre, hundiendo la lengua en mi piel de arriba abajo. Sus labios llegan hasta la cintura de mis bragas, pero enseguida suben otra vez, haciéndome frotar un muslo contra el otro de deseo.

Cuando alcanza mis tetas, William toma una con cada mano, siente su peso y las acaricia antes de llevar un pezón a su boca.

—Oh… —jadeo, sujetándole la cabeza para mantenerlo más cerca.

Su lengua es hábil y caliente; cierra los labios alrededor del pezón sensible y chupa, succionando una y otra vez como si se estuviera muriendo de hambre.

Suspiro.

Esto es tan bueno.

Él mordisquea mi duro pezón antes de pasar al otro, lamiendo y chupando de una forma tan sexy que siento que es capaz de alcanzar cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Mis gemidos comienzan lentos y bajos, pero pronto me aferro a mis tetas para ofrecerlas a la boca de mi hombre y dejar que las chupe, lo que incrementa considerablemente el volumen y la urgencia de mi voz.

William deja de chupar mis pechos y se pone de pie, con la mirada completamente oscurecida por el deseo.

—Maldita sea, tus gemidos van a matarme —gruñe, tomando mi boca otra vez, pero esta vez me alza en brazos y me recuesta sobre la cama.

Abro mis muslos para dejar que se acomode sobre mí. Yo sigo con las bragas puestas y él aún lleva toda la ropa, pero aun así se empuja contra mí a través de las telas, y esa es una de las sensaciones más deliciosas que he sentido en la vida.

Mi cadera se mueve, buscando rozarse más contra él, suplicando más contacto, más fuerza, más intensidad, más fricción…

Más, más, más.

—Por favor —gimoteo, y William suelta un insulto contra mis labios antes de incorporarse y mirarme.

Tumbada en la cama, con las piernas abiertas, lo observo mientras se desviste sin apartar los ojos de mí.

El sonido de su cinturón deslizándose por el pantalón y tintineando al caer al suelo me revuelve el estómago, y, mirándome como un depredador, el futuro jefe de la mafia se quita cada prenda de ropa y el arma sujeta a su cuerpo.

Músculos, tatuajes, cicatrices. El cuerpo de William está lleno de marcas, y nada podría ser más hermoso.

La visión de él hace que mi corazón palpite descontrolado mientras la curiosidad domina cada célula de mi cuerpo.

Soy una princesa de la mafia, debería tener pensamientos más puros, pero ahora mismo mi mente es un lugar terrible para

cualquier estándar de pureza.

Aun así, mantiene sus bóxers negros puestos y se acerca de nuevo para sujetar el encaje de mis bragas. Sin ceremonias, levanta la tela y la corta con el cuchillo, clavando luego su mirada en mi vulva.

Mi marido gime como un animal y suelta una serie de palabrotas mientras contempla mi intimidad húmeda e hinchada de deseo.

—Maldita sea. Eres hermosa de tantas formas, Bec… de tantas formas —jadea, volviendo a arrodillarse y tirando de mí hasta el borde de la cama, hasta que mi vulva queda alineada con su rostro.

William agarra mis muslos para mantenerlos bien abiertos y los empuja hacia mi vientre, dejándome completamente expuesta ante él. Un rubor me quema las mejillas cuando me doy cuenta de lo expuesta que estoy, pero la forma en que mira mi vulva me hace arder por dentro.

Con la mirada cargada de deseo, mi marido lame lentamente el interior de mis muslos, besando con extrema lentitud hasta detenerse en la ingle. No sube más, como necesito, y gimoteo para que continúe, para que vaya más arriba, hasta mi punto palpitante y empapado.

—Por favor —imploro otra vez.

Mi deseo es tan intenso que empiezo a lagrimear de agonía, suplicando que me toque donde lo necesito. Al ver mi desesperación, usa dos dedos para separar los labios de mi vulva, exponiendo el clítoris hinchado frente a su rostro.

Sin esperar más, mi marido endurece la punta de la lengua y presiona mi músculo necesitado, deslizándose de arriba hacia abajo.

El dolor de la necesidad se vuelve tan fuerte que todos mis pensamientos desaparecen por un segundo febril.

Ahora soy puro instinto.

—Oh, Dios —murmuro cuando roza mi entrada con la punta de un dedo, sin dejar de estimular mi duro clítoris con su lengua.

Qué excitante…

—Dios no va a salvarte de mí ahora, esposa. Esto es mío.

William atrapa mi clítoris con su boca de una vez, envolviendo mi bulto sensible con sus labios firmes y fuertes, succionando y tirando con tanta intensidad que mi espalda se despega del colchón por la fuerza del placer.

Usa su poderosa mano para inmovilizarme de nuevo, apoyando el peso de un brazo sobre mi abdomen y manteniéndome contra la cama, sin dejar de chuparme.

Empiezo a marearme cuando mi vagina se contrae. A medida que la presión caliente crece en mi clítoris, arqueo la espalda mientras gemidos ahogados y desconectados escapan de mis labios.

Miro hacia abajo; sus ojos oscuros están clavados en mí, y sostengo el peso de su mirada cuando un nudo poderoso y ardiente comienza a desatarse en mi vientre.

—Yo-yo… —jadeo, y William hunde su dedo un poco más, chupando con más fuerza mi punto sensible.

Esta es mi perdición.

Todo mi cuerpo se convulsiona y unos gemidos altos salen de mi boca mientras llamaradas de placer me atraviesan. Mis ojos se van hacia atrás y mi piel queda tan sensible que siento un zumbido en los oídos.

Suspiro, con el placer inundando mi cuerpo, creciendo y expandiéndose hasta que William Belinni se convierte en todo lo que existe en mi torrente sanguíneo.

Mi clítoris queda tan sensible que intento apartarlo con las manos, pero él tarda en detenerse. De hecho, solo se detiene cuando otro orgasmo me golpea, aún más intenso y poderoso que el primero.

Recién después de terminar dos veces en su lengua, y de sentirlo lamer todo mi vulva hasta dejarme sin aliento, es que él se detiene.

Entonces, mi marido se levanta despacio y me dedica esa sonrisa salvaje. Yo le devuelvo la sonrisa.

Y, en ese momento, sé que todo lo que él quiera de mí, lo podrá tener: mi cuerpo, mis sonrisas, mi lealtad, mis sueños, mi alma y mi corazón.

CAPÍTULO 15

Estoy embriagada de placer cuando William se baja su bóxer, dejando que su verga dura salte hacia afuera, llena de venas. Abro la boca, impactada, al ver el largo y el grosor de su miembro, pero es tan hermoso que me entran ganas de probar su sabor.

Para darle placer, así como él me lo dio a mí.

—Yo… yo quiero chupártela —susurro, mirando ese miembro enorme con la punta brillante, pero él niega con la cabeza.

—Hoy será todo para ti, mi amor.

Camina de vuelta hacia la cama y se inclina sobre mí, envolviéndome con su olor y su calor.

Cuando su cuerpo desciende sobre el mío y toma mi boca, sus piernas fuerzan mis muslos a separarse. Una de sus manos tatuadas sujeta mi cintura con firmeza, mientras la otra acaricia mi rostro.

Se aparta de mis labios para presionar su nariz contra mi cuello, aspirándome y gimiendo de satisfacción.

—Tu aroma es mi nueva adicción.

Sus labios vuelven a los míos cuando la punta dura y húmeda de su verga roza mi entrada, simplemente frotando, sin forzar.

El contacto es tan placentero que muevo la cadera, queriendo más. William gime de forma áspera y también balancea la cadera, pero se detiene en cuanto su verga dura se acomoda justo en mi abertura.

Deja de moverse y me mira a los ojos.

—Bec —jadea, con la voz ronca por el esfuerzo de contenerse.

En cualquier otra situación, estoy segura de que ya me estaría penetrando con fuerza. Sin embargo, William es cariñoso y gentil conmigo. Su pulgar sube despacio por mi mentón, firme y cuidadoso al mismo tiempo.

—Necesito saber que quieres esto tanto como yo. Desde el momento en que empiece a moverme, no voy a poder dar marcha atrás.

Vuelvo a mover la cadera, y un sonido grave sale de su garganta. Me siento extrañamente empoderada al ver el efecto que tengo en él.

—Oh —gimo bajito, levantando un poco más la cadera para aumentar nuestro contacto.

Su verga se desliza hacia un lado, así que la toma con la mano y la vuelve a colocar en mi entrada, presionando apenas para encajar.

Gimoteo por la presión, y William besa mis labios en ese mismo segundo. Me besa de una forma intensa y profunda, hasta que me olvido del dolor.

—Te va a doler, Bec, pero después se te va a pasar. Y cuando eso suceda, va a ser placentero para ti —me explica, lamiendo su pulgar y llevándolo hasta mi clítoris—. Voy a ayudarte a relajarte para que sea más fácil, cariño.

Asiento, confiando en él, y separo un poco más los muslos para darle acceso.

Mi cuerpo está tenso, tengo miedo del dolor, pero la forma en que William me toca me deja tan mojada que pronto estoy levantando un poco más la cadera, queriendo su verga.

—Tu cuerpo quiere esto, Bec. Eres mi mujer y yo soy tu hombre. Tú quieres sexo.

Empuja un poco más, mientras gira su pulgar de una forma fogosa sobre mi clítoris.

—No, hermosa. Relájate —me pide, llevando su dedo húmedo hasta mi boca para que se lo moje bien.

El gesto obsceno me excita y, a medida que va sintiendo mi cuerpo, William empuja un poco más, hasta encontrarse con la barrera de mi himen.

En ese momento, arrastra su boca hasta la mía y me besa tan profundamente que mis sentidos se confunden. Su dedo grueso y tatuado sigue masajeando mi clítoris hinchado y, cuando estoy gimiendo de placer en su boca, mi marido empuja la cadera de una sola vez y se hunde por completo dentro de mí.

—Ay —gimoteo contra sus labios, y William me besa con más ternura, estimulando mi punto de placer en el lugar justo, confundiendo mi dolor.

Arde, duele, aprieta. Mi cuerpo quiere empujarlo hacia afuera, lo siento, y él sale por completo antes de volver a hundirse en mí.

—Maldición, Bec —gime, conteniendo la respiración, como si necesitara controlarse para no tener sexo como realmente quiere.

Mi primera reacción es clavarle las uñas en los hombros y, sin pensarlo, le muerdo el labio. Le hago un pequeño corte en el labio inferior y me siento culpable por ello, pero antes de que diga algo, él niega con la cabeza.

—Haz lo que te haga sentir mejor, amor. Si hacerme daño alivia tu incomodidad, soy tuyo. Estoy aquí para ti —dice, y su gesto es tan dulce que, aun con lágrimas en los ojos, beso el corte que le hice en el labio inferior.

Es una disculpa silenciosa.

—Está bien, Bec. Está bien, querida —susurra, besándome con cariño.

Siento el sabor metálico en la lengua y, al mismo tiempo, eso me distrae del dolor. Poco a poco, William vuelve a moverse, besando mi boca, masajeando mi clítoris y balanceando la cadera sobre mí.

—Oh, mi amor, me duele mucho —me quejo, y él empieza a besarme el cuello, estimulando tantos puntos deliciosos que termino gimoteando de placer.

—¿Quieres parar, amor? Si quieres, me salgo. Podemos intentarlo otro día —susurra, apartándose un poco para mirarme a los ojos.

Y eso solo hace que me guste aún más. Su cariño. Su gentileza, aunque veo que cada célula de su cuerpo está siendo controlada para no meterme la verga con fuerza.

—No. —Niego con la cabeza—. Quiero que me beses y que sigas despacio hasta que el malestar se me pase.

William no espera una segunda petición. Toma mi boca con hambre y presiona un poco más el pulgar sobre mi clítoris mientras empuja y saca la verga de mi vagina muy lentamente.

Hasta que el dolor es reemplazado por placer.

Mi marido me analiza todo el tiempo, atento a mis señales y a mi cuerpo, aumentando o disminuyendo la intensidad según los sonidos que hago.

—Amor —susurro, moviendo la cadera despacio con él ahora —. Está empezando a sentirse bien —digo, sintiéndome tan llena y mojada por este hombre que lo extraño cuando sale de mí. Él saca su verga y vuelve a empujar con fuerza, alcanzando un punto tan excitante en el fondo que me hace poner los ojos en blanco—. Mmm, qué placer...

—Maldición —gruñe, lamiendo mis labios—. ¿Quieres ponerte de lado? Estás toda blandita, voy a abrazarte.

Asiento con la cabeza y, enseguida, mi marido mafioso se coloca detrás de mí, acomodándome en posición de cucharita contra su cuerpo y levantando mi muslo.

Antes de volver a penetrarme, escucho un sonido de satisfacción que sale de él y giro el rostro hacia atrás, dándome cuenta de que está mirando su verga.

—¿Pasa algo? —pregunto, con la voz cargada de deseo.

William levanta el dedo y me muestra el tono rojo en su piel.

—Tu sangre, Bec —susurra, llevando el dedo a sus labios y chupándolo con un gemido—. Mi dulce Bec.

Debería sentir vergüenza por un gesto tan crudo, pero no puedo. Me excita. Me excita tanto que dejo escapar un gemido cuando veo a mi enorme mafioso disfrutar de probar todo lo que es suyo.

Sin demora, coloca la cabeza húmeda de su verga en mi entrada y empuja un poco, usando una de sus manos para mantener mi muslo bien separado.

—¿Cómo estás? —susurra, besando mi nuca mientras entra muy despacio—. ¿Duele o se siente bien?

—Arde un poco, pero estoy bien.

Estoy muy excitada, así que su verga se desliza con facilidad, pero William lleva mi mano hasta mi vulva y coloca dos dedos sobre mi clítoris.

—Tócate, hermosa. Frótate el clítoris y déjalo bien húmedo.

Obedezco a mi hombre, presionando mi clítoris en círculos. El punto está tan hinchado y palpitando de deseo que mi cadera se mueve de forma involuntaria, buscando más fricción.

Cuando nota que estoy relajada, William se mueve con más fuerza, penetrándome cada vez más intenso y rápido. Empuja y

muerde mi hombro, y luego tira de mi boca para tomarla.

La forma en que su lengua se mueve es indecente.

Me invade mi boca con su lengua endurecida y me penetra abajo con su verga, mientras yo me toco.

William me deja su miembro duro bien enterrado en el fondo y mueve la cadera despacio, frotando un punto profundo que me hace poner los ojos en blanco.

—No dejes de tocarte —advierte, y continúo, sintiendo cómo el placer se acumula en la V entre mis piernas.

William me saca su miembro por completo y vuelve a metérmelo de una sola vez, penetrando fuerte y profundo ahora. El impacto de su cadera contra mi culo provoca un chasquido sonoro, y enseguida la habitación se llena de sonidos y olor a sexo.

Mi cadera se mueve sin control, tengo espasmos apoderándose de mis piernas mientras mi marido me sujeta con fuerza y me penetra de costado.

—Amor —jadeo, y él mueve la cadera de una forma ardiente, chupando el lóbulo de mi oreja—. Oh, ahí. Justo ahí, justo ahí.

—¿Vas a acabar, hermosa? —dice con la voz ronca junto a mi oído, y el vello de mi nuca se eriza.

Vuelve a hundirse hasta el fondo, pero esta vez su mano se desliza hasta mi clítoris, aparta mis dedos y usa su dedo grueso para frotarme.

Ohhhhh, eso es.

El placer es tan intenso que quiero moverme para escapar, pero él me sujeta con más fuerza y sigue estimulando mi clítoris, presionando justo como necesito, frotando con cuidado y firmeza.

Pierdo el control.

—Yo… yo… —Me quedo sin aire cuando una nueva ola de placer me atraviesa, y William simplemente me penetra más rápido, gimiendo ronco en mi oído—. Voy a explotar de placer.

Grito cuando acabo sobre la verga de mi marido, y él no deja de frotar mi vulva ni de penetrarme mientras tiemblo y gimo su nombre.

Mis paredes se contraen con fuerza y, en ese momento, William ruge como un animal y echa la cabeza hacia atrás.

—Maldición, Bec, voy a llenar tu dulce vaginita con mi semen.

Siento su cuerpo estremecerse junto al mío, y él me abraza como si en ese instante el mundo entero se redujera a nosotros dos. Me envuelve, me mantiene pegada a su pecho ancho, aún jadeante, como si no quisiera dejar que me aleje ni por un segundo.

Y tardamos en separarnos.

Incluso después de que pasa la ola de placer y locura, William sigue envolviéndome con su enorme cuerpo, besando mi cuello y susurrándome lo increíble que soy.

Con cuidado, sale de adentro mío y me atrae contra su pecho, sosteniendo mi rostro.

—Dime cómo estás.

—Feliz —respondo, aunque sé que su pregunta se refería al dolor.

William suelta una risa breve, como si no esperara esa respuesta, y me dedica una sonrisa tan hermosa que no hay otra posible contestación para su pregunta.

Estoy feliz.

—Mañana llamaré a un médico —dice—. Quiero que te examine y te recete algo para el dolor. No quiero que te quedes lastimada.

—No hace falta. Estoy bien. Solo quiero estar contigo.

Su mirada se suaviza aún más. William sostiene mi rostro con delicadeza, apoyando su frente en la mía antes de rozar mis labios en un beso lento y cariñoso.

—Maldición, Bec, siento tantas cosas por ti que estoy abrumado —murmura—. Ponme en un lugar oscuro con veinte hombres y te juro que puedo matarlos a todos, pero todavía tengo que aprender cómo se hace esto.

—¿Te refieres a lo que sientes por mí?

—A amar —dice, y unas mariposas baten sus alas en mi estómago—. Los hombres de mi mundo aprenden desde jóvenes a tener sexo, pero amar se considera una debilidad.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—Pienso que voy a tener que aprender a lidiar con ello, porque dejar de amarte jamás será una opción.

—Oh, querido —susurro, sosteniendo su rostro para besarlo con todo mi cariño.

Cuando me devuelve el beso al mismo ritmo, una energía inquieta vibra bajo mi piel, ardiendo de amor y necesidad.

William Belinni exhala testosterona, masculinidad y músculos. Es como una fuerza de la naturaleza, y probablemente más peligroso de lo que jamás podría imaginar. Pero cuando me muestra su corazón, me desarma por completo.

Porque ese lado solo me lo muestra a mí.

—Te amaré hasta la muerte, mi Bec. Y si es posible sentir algo después de eso, todavía te amaré.

—¿Le tienes miedo a la muerte?

—No —responde, y no me sorprende.

Es el tipo de hombre que llegaría al infierno, tomaría el trono y él mismo torturaría a todos los demás pecadores. Sin embargo, la idea de perderlo, de que deje de vivir, me revuelve el estómago.

—Pero yo sí tengo miedo por ti —afirmo.

—Bec…

—No mueras, por favor. —Mi voz sale casi desesperada—. No soportaría la idea de que dejaras de existir.

Él me dedica una sonrisa ladeada y mi corazón vuelve a derretirse.

—Oh, dulce Bec.

—Espero morir antes que tú —digo, y su expresión cambia al instante.

Coloca mi mano sobre su pecho.

—Si algún día ocurre la tragedia de que tú te vayas antes que yo, me mataré, Rebecca.

—William...

—No voy a vivir sin ti. Nunca más.

La promesa implícita en sus palabras me hace sonreír. Vuelve a rozar mis labios y luego me lleva hasta la bañera, cuidándome con tanta ternura que me emociono.

Esta es la primera noche que duermo con mi marido. Nos acostamos juntos y nos abrazamos, uno frente al otro. Permanecemos en silencio, solo mirándonos, y nunca había sentido tanta paz como ahora.

Mi corazón parece a punto de estallar de tanto amor.

Y mis mejillas… otra vez me duelen de tanto sonreír.

CAPÍTULO 16

William Belinni

1 mes después

Hace un mes que me casé.

Hace dos semanas que mi padre murió y que, como consecuencia directa, asumí oficialmente el puesto de Don.

No tuve tiempo de vivir el duelo, aunque todavía no sé con certeza qué siento por la partida de mi padre. La falta de tiempo para pensar ayuda en estos casos, y mi alta carga de trabajo no me deja espacio para el sufrimiento ni para gestionar las emociones.

He trabajado sin descanso, he ejecutado a más hombres de los que planeé y he usado sus cuerpos como ejemplo para cualquiera que ose desafiarme. La transición de poder exige aún más firmeza de un Don, y la lealtad es un valor no negociable para mí. Exijo respeto de los hombres de honor y mato a los traidores sin dudar. El olor a sangre está impregnado en mi nariz por la carnicería que provoqué en los últimos días.

Mi cuerpo está exhausto, mi mente en estado de alerta permanente, y las articulaciones de mis dedos están en carne viva, reventadas.

Sin embargo, cada vez que cruzo la puerta de mi casa, la presión se libera de mi pecho y logro respirar aliviado. El peso de la mafia recae sobre mí ahora, tengo deberes y soy el hombre más respetado de Chicago, pero siempre que mis ojos encuentran a mi esposa esperándome, todo lo que quiero es ser su marido.

Sonreírle.

Y sentir la paz llenar mi torrente sanguíneo cuando ella me sonríe de vuelta.

Mi dulce Bec.

Siempre fui bueno con los números y un excelente observador, y por eso sé que, desde hace cuatro días, mi mujer está actuando diferente.

No tardé mucho en descubrir el motivo, pero he esperado con paciencia el momento en que decida contármelo.

La encuentro en la cocina y me resulta extraño que esté sola allí. No hay ningún empleado, salvo los guardias de seguridad alrededor de la propiedad.

—¿Bec? —la llamo, y ella da un pequeño salto al oír mi voz, asustada—. Oye, ¿te asusté?

Me coloco detrás de ella, rodeando su cintura con mis brazos y atrayéndola contra mi pecho. Hundo mi nariz en su cuello y me permito quedarme así unos instantes, inhalando su perfume, sintiendo el olor de hogar.

Cuando estoy con ella, es el único momento en que el olor a sangre desaparece de mi sistema. Su fragancia vuelve insignificante todo lo demás.

Mi chica intenta escaparse de mi abrazo, pero la sujeto con más fuerza, oliéndola aún más. Ella se ríe, y el sonido de su risa es música para mis oídos.

Más presión abandona mi pecho. Más paz me invade.

Es curioso cómo, en tan poco tiempo, alguien puede volverse tan importante para otra persona. Y Rebecca Belinni es mi vida ahora.

—Llegaste más temprano —dice, todavía riendo.

Podría decirle que fue porque perdí la paciencia con dos soldados que intentaron cuestionar mis órdenes y decidí decapitarlos en lugar de prolongar la tortura, pero mi hermosa esposa no merece conocer la parte sucia de mi mundo.

—Te extrañé —respondo, y no es mentira.

Aunque estoy agotado por la maldita rutina de lidiar con los cambios, todas las noches las pasamos entrelazados, besándonos, conversando y, casi siempre, teniendo sexo.

Pero no todas las noches. Bec necesita descansar, y a mí me basta con verla dormir.

Siempre me duermo después. Amo observarla relajarse, su respiración volviéndose profunda mientras descansa sin preocupaciones.

Cada vez que hago eso, tengo la certeza de que me encargaré de todas las partes malas para que ella solo tenga las buenas. Solo la comodidad, el lujo, las salidas, la ropa cara y el placer. Lo daré todo para que sonría todos los días.

Aun así, todo el tiempo con ella parece poco, y apenas cruzo la puerta para ir a trabajar, ya empiezo a extrañarla.

—¿No me extrañaste tú, hermosa? ¿Querías que me retrasara más? —pregunto, girándola para que me mire—. Puedo darte un poco de espacio si quieres.

—Claro que te extrañé, es solo que… bueno, estaba intentando hacerte una sorpresa.

Sus ojos brillan y se muerde los labios, avergonzada. En ese momento noto que tiene harina en el mentón y en los dedos.

—¿Dónde está todo el mundo, amor? ¿Por qué nuestras cocineras no están aquí haciendo esto por ti? —pregunto—. No quiero que te canses.

Ella ya pasa buena parte de la noche despierta teniendo sexo conmigo. No quiero que se esfuerce con otras cosas, sobre todo cuando le pago a personas para que las hagan.

—Le di el día libre a todos —explica—. Quería hacerte una sorpresa con mis propias manos.

—¿Y qué es?

—¡Qué curioso! —Se ríe, mordiéndose el labio otra vez. *Jodidamente hermosa*—. Una sorpresa es una sorpresa.

Sujeto su rostro entre mis manos y beso su boca con ternura.

—Entonces déjame ayudarte. ¿Qué tengo que hacer?

Ella frunce el ceño al instante.

—¿*Tú* quieres cocinar?

—Quiero estar contigo —corrijo—. Y si para eso tengo que cocinar, lavar o hacer cualquier otra cosa, solo dímelo.

—Oh, querido, ¿por qué tienes que ser tan perfecto?

Sus palabras me hacen sonreír. Su dulzura, su amor… solo mi dulce Bec podría ver algo bueno en medio de mi monstruosidad.

—Aunque me encantaría tener tu compañía —continúa, acariciando mi mentón—, necesito que me des un ratito para terminar la sorpresa. Quiero terminar esto para ti.

Mi instinto de dominación me empuja a querer imponer mi voluntad y quedarme con ella de todos modos, porque las sorpresas no son lo mío. No me gusta estar a oscuras, ser vulnerable, perder el control.

Pero con ella nunca soy así.

Así que beso su frente y luego deslizo mis labios hasta su boca.

—Te estaré esperando en la sala —aviso, pero antes de alejarme, ella me llama.

—¿Will?

—¿Sí, Bec?

—¿Me seguirás queriendo cuando seamos viejitos? —susurra, tocando mi rostro mientras sostiene mi mirada. Inclino la cabeza para facilitar su acceso, sin que tenga que estirar demasiado el brazo—. Porque ahora somos jóvenes, recién casados y sin problemas íntimos que afrontar… pero cuando la belleza y la juventud se hayan ido, cuando estemos enfrentando alguna crisis o cuando yo no tenga mucho que ofrecerte… ¿todavía me amarás?

Analizo a mi esposa durante unos segundos, percibiendo la inseguridad que se derrama en su expresión.

—Oh, querida, te hice una promesa delante de Dios y de todos los que nos miraban en aquel altar —digo, apoyando mi frente en la suya—. La juventud se desvanece. La belleza se desvanece. La tranquilidad se

desvanece. Lo que siento por ti no depende de lo que tengas para ofrecerme hoy. Depende del hecho de que eres mía.

—Will…

—Si estás débil, me quedaré y te ayudaré a ser fuerte otra vez. Si las cosas se ponen difíciles, me quedaré y pelearé todas las batallas con cada gota de mi sangre. Si dejas de amarme, yo seguiré aquí, amándote e idolatrándote.

Ahora las lágrimas recorren su rostro. Beso cada una de ellas.

Dulces.

Hasta el llanto de mi Bec es dulce.

—Te amo, Bec, y no voy a irme a ningún lugar sin ti. Nuestro matrimonio es así, querida. Es para siempre. Tienes mi corazón en tus manos, y es solo tuyo por toda la eternidad.

Nos besamos lentamente esta vez, el contacto se vuelve más cálido e intenso. Estoy a punto de subir a mi esposa a la encimera para chupar su deliciosa vulva cuando el horno pita y Bec se aparta de golpe, riendo.

—Vete a la sala, querido. Necesito concentración para terminar esto.

—¿Y después de la sorpresa? ¿Podemos continuar lo que empezamos?

Sus ojos brillan.

—Sí, podemos.

—¿No estás cansada?

—Dormí toda la mañana para poder tener sexo toda la noche otra vez —responde, y meto las manos en los bolsillos para evitar agarrarla de nuevo.

Perfecta.

Jodidamente perfecta.

—¿Ah, sí? —Mi voz sale más ronca mientras mis ojos recorren el cuerpo ardiente de mi mujer.

—Nuestro matrimonio es así, querido —me devuelve mis propias palabras, haciéndome reír a carcajadas—. Ahora vete a la sala antes de que me distraigas, me enfade y te quedes sin sorpresa y sin sexo.

No espero una segunda orden.

Soy expulsado de la cocina de mi propia casa y voy al sofá, feliz de la vida, a esperar la sorpresa que mi dulce y mandona mujer está preparando para mí.

Un Don no acata órdenes de nadie, pero aquí dentro solo soy un marido enamorado que quiere hacer feliz a su esposa.



—Voy a contarte dos curiosidades sobre tu esposa que todavía no sabes —anuncia Rebecca apenas entra en la sala, arrastrando detrás de ella un carrito con comida.

Ella se posiciona, a propósito, frente al objeto, y mantengo mis ojos fijos en su rostro, porque sé que todavía no quiere mostrármelo.

—Estoy ansioso por descubrirlas —digo, inclinando ligeramente el cuerpo hacia atrás contra el respaldo del sofá mientras le sonrío.

—Curiosidad número uno: tu esposa es increíblemente buena haciendo coberturas para pasteles.

Mi sonrisa se ensancha. Me encanta cuando elogia alguna habilidad suya.

—Eres increíble, Bec. Estoy seguro de que hiciste la mejor cobertura de todos los tiempos.

Rebecca pone los ojos en blanco, creyendo que exagero, pero no deja de sonreír.

—En fin, el hecho de que yo sea buena haciendo coberturas es una gran ventaja en mi caso, justamente porque existe la curiosidad número dos: soy pésima haciendo pasteles. Así que detrás de mí hay un pastel extremadamente malo con una cobertura extremadamente buena. Voy a servirte un pedazo con poca masa y mucha cobertura, y tú me vas a elogiar por eso, porque me esforcé mucho, ¿ok?

Mi sonrisa se amplía aún más.

—Oh, dulce Bec, ¿hiciste un pastel para mí? —Mis manos hormiguean ahora. Quiero atraer a mi mujer a mi regazo y besarla tantas veces que jamás vuelva a decir que es mala en algo—. ¿Qué haré contigo? Deberías estar descansando. No merezco este esfuerzo, amor.

—Estás un poco obsesionado con mi descanso, ¿no te parece?

Porque han pasado cuatro días, Bec.

Cuatro días.

—Me preocupo por ti —respondo de forma breve, y ella suspira de manera audible, pero no se mueve de adelante del carrito con el pastel. Ni siquiera puedo ver lo que preparó.

—Hay una cosa más.

—Te escucho, linda.

Ella muerde su labio inferior. Quiero morderla por eso.

—Tengo miedo de decírtelo.

—Bec, puedes contarme cualquier cosa y yo te voy a escuchar. Todo lo que sale de tu boca es importante, y te juro por mi sangre que nunca vas a tener que tenerme miedo, ¿entendiste?

—No es eso, es que… —duda—. Tal vez pienses que es demasiado pronto. Acabas de perder a tu padre y de convertirte en Don. Estás lleno de responsabilidades, no tienes mucho tiempo…

—Bec…

—Tal vez debería contártelo otro día. A veces es una falsa alarma y…

—Bec —la interrumpo con un tono más firme esta vez, aunque mi mirada está llena de cariño—. Nuestro bebé está creciendo en tu vientre, ¿verdad?

Ella abre la boca y la vuelve a cerrar, en shock.

—¿Co-cómo…? ¿Cómo tú…?

—Cuatro días, amor —explico, bajando la mirada hacia su vientre—. Tu menstruación está retrasada cuatro días, y confirmé con tu médico que tu ciclo es regular. Eso nunca sucede.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque estaba esperando tu momento. Quería que te sintieras segura para contármelo.

Asiente, soltando el aire de los pulmones lentamente.

—Está bien, estoy embarazada —dice, y, sin poder contenerme más, me levanto y sostengo su rostro entre mis manos.

Una risa de felicidad se me escapa de los labios, y veo la mirada atenta de mi esposa sobre mí.

—¿De verdad estás feliz?

—Ay, mi querida, esta es la mejor noticia que he recibido en toda mi vida. Estás gestando a mi heredero, ¿cómo no iba a estar feliz?

—¿Y si no estamos preparados?

—Bec, eres mi esposa y nunca usamos ningún método anticonceptivo. Tenemos sexo todos los días, amor, y yo siempre eyaculo mi semen dentro tuyo —digo, apoyando mi frente en la suya—. Si yo no quisiera que quedaras embarazada, no habría actuado de esa forma, linda.

—Estaba tan insegura…

—¿No estás feliz? ¿No quieres tener un hijo mío?

—Claro que estoy feliz. Pasé los últimos cuatro días incrédula, casi enloqueciendo —explica. *Sé que sí, Bec*—… pero mi mayor miedo era que a ti no te gustara la noticia.

—¿Gustarme? —pregunto, incrédulo—. Bec, yo nací para construir un legado. Y ahora me dices que estás creando una vida dentro de ti… mi vida. Este es mi heredero, nuestra familia, fruto de nuestro amor. —Apoyo mi frente en la suya otra vez—. No existe un universo en el que esto no sea todo lo que siempre quise.

—Bueno, en ese caso, ya puedes mirar el pastel.

Ella sonríe y da un paso a un lado, liberándose de mi agarre. Cuando miro el carrito, mi pecho se calienta de inmediato.

Un pastel torcido, con la masa claramente desigual, está cubierto por una crema blanca, y la frase sobre ella está escrita en color violeta.

Hola papá.

—Está fea, pero te prometo que la cobertura está deliciosa. La probé y…

—Oh, querida —murmuro, sintiendo que la garganta me arde por la emoción. Miro a mi esposa y veo sus ojos brillando de expectativa—. Maldición, Bec. Esto es hermoso. Es lo más hermoso que alguien ha hecho por mí.

Mi pecho se oprime de una forma que ninguna guerra, ninguna pérdida, ninguna coronación logró jamás provocar. Mis rodillas ceden incluso antes de que lo note, y me arrodillo frente a ella sin pensarlo, como si fuera lo más natural del mundo.

Sujeto su cintura con todo el cuidado, deslizando mis manos lentamente hasta su vientre aún liso bajo el vestido. Mi corazón late desbocado y mi garganta arde cada vez más.

Voy a ser padre.

Maldición.

Siempre supe que formar una familia era parte de mis deberes, pero saber que mi adorable esposa ya me dio este regalo es algo demasiado valioso como para procesarlo.

Despacio, deposito mis labios sobre el vientre de Bec, sintiendo sus manos delicadas acariciando mi cabello. Está llorando, puedo oírlo, y cuando levanto la vista y la veo con los ojos brillantes por las lágrimas de emoción, solo logro susurrar:

—Gracias, Bec. Gracias.

—Will…

—Me diste la mayor alegría de toda mi existencia.

Vuelvo a besar su vientre y, en silencio, le hago una promesa al bebé que crece dentro de ella: que lo protegeré con mi sangre, que cuidaré de él y de su madre hasta el último de mis días.

Cuando me pongo de pie, Bec sigue emocionada, y beso sus lágrimas antes de sentarla en el sofá y servirle un pedazo de pastel.

—Solo agarraste la cobertura. —Se ríe Bec, aceptando el plato.

—Dijiste que no te gustó la masa —comento, mientras me sirvo una porción generosa para mí, con masa y cobertura.

—Está horrible. No la comas. Come solo la cobertura también —intenta intervenir, pero niego con la cabeza.

Me siento a su lado en el sofá y hago que se coloque de costado, apoyando sus pies sobre mi regazo. Apoyo mi plato en el brazo del asiento y, con la mano libre, comienzo a masajear suavemente los pies de mi esposa.

—Estuviste mucho tiempo de pie en esa cocina. Me encantó la sorpresa, pero no te sacrifiques la próxima vez, ¿sí? Tu sola presencia en casa ya es motivo suficiente para hacerme feliz. Te amo.

Aprieto un poco más su suave piel, escuchando gemidos de aprobación salir de su boca mientras ella come solo la cobertura del pastel.

—¿Mmm? ¿El hombre más poderoso de Chicago se arrodilló ante mí y ahora me está masajeando los pies y diciéndome que me ama? —dice, dedicándome una sonrisa traviesa—. Ese sí que es un trato especial.

—Me tienes a tus pies, mi amor —respondo con sinceridad, llevando una cucharada llena de pastel a mi boca.

Rebecca se pone una mano en el vientre para acariciarlo y empieza a contarme sobre su día y sobre la resistencia de los empleados a dejarla usar la cocina. Escucho todo con atención, maravillado y perdidamente enamorado de la mujer que ahora lleva a mi bebé en su vientre.

Y que me hizo un pastel.

Oh, Bec, una curiosidad sobre ti que todavía no sabes es que el pastel que preparaste con tanto cariño es lo mejor que he probado en toda mi vida.

CAPÍTULO 17

Rebecca Belinni

Trece años después

—No puedo creer que estemos haciendo esto juntas —comenta Mary mientras estamos en el cuarto de mi hijo menor, cambiando los pañales de nuestros niños.

Soy madre de tres varones. Otto, el mayor, ya tiene trece años. Liam, mi segundo hijo, tiene tres, y Dan, mi pequeñito, tiene dos.

Después de que nació Otto, William y yo decidimos posponer un poco la llegada del segundo hijo. La Outfit le exigía demasiado en esos primeros años, nuestro matrimonio todavía era reciente y estábamos conociéndonos mientras aprendíamos, juntos, a ser padres. Amábamos a nuestro hijo con todo lo que éramos, pero necesitábamos un intervalo, un tiempo para respirar, para fortalecernos como pareja, antes de ampliar aún más nuestra familia.

Funcionó.

—Yo tampoco —respondo, observando el rostro regordete de Dan.

Mi primogénito está abajo con su padre, porque los dos son inseparables, pero mis dos pequeños están aquí conmigo y con mis amigas.

Mary tiene dos hijos, uno de ocho años y otro de la edad de Dan, y Harper está embarazada por cuarta vez. De una cuarta niña.

Ella realmente se entusiasmó con los placeres del matrimonio.

Es Navidad y esta es la primera vez que logramos reunirnos para pasar la fecha juntas. Los maridos de mis amigas son empresarios, aliados de la Outfit, pero viven en otros Estados junto a ellas.

Las extraño mucho cuando no están cerca, pero es maravilloso ver que se encuentran bien y felices con sus familias.

Terminamos de cambiar los pañales de nuestros hijos menores y, en ese mismo instante, empiezan a correr y a saltar por el cuarto. Pongo música para que suene mientras se mueven de forma torpe, y casi morimos de risa cuando cantan juntos, diciendo todas las palabras mal.

Mi corazón se llena de amor al ver a mi niñito de dos años riendo y bailando con su amiguito. Es tímido y reservado con los extraños, pero cuando se da cuenta de que puede confiar en alguien, es gentil y espontáneo.

Cada vez que estoy cerca de Dan, una alegría tan grande me invade que solo puedo sonreír.

Es inteligente, dice muchas frases y palabras. Es observador, nada pasa desapercibido para sus ojitos curiosos, y siempre comenta todo cuando llegamos a casa.

Le encanta la mantequilla de maní, ponerse los zapatos de su padre y escuchar las mismas historias una y otra vez. Todos los días nos sentamos en la alfombra de su cuarto y le leo su libro favorito mientras él y Liam me escuchan atentos.

Después, juegan juntos a la pelota, con masa, con crayones y con carritos.

Los carritos son, definitivamente, los juguetes favoritos de mi hijo menor.

Nuestra casa está llena de juguetes, ruido de niños y marcas de pequeñas manos repartidas por los vidrios y los espejos. Estamos

en el corazón de la mafia, pero dentro de casa me aseguro de darles una infancia feliz y normal.

Esta etapa va a pasar, lo sé, así que quiero que la disfruten al máximo.

A Dan le encanta saltar sobre la cama y el sofá, lo que me vuelve loca de preocupación, pero Liam siempre está cerca para cuidar de su hermano. Suelo darle la mano a Dan para que salte con seguridad, pero ni aun así su hermano se aleja.

William dice que, si todos los guardaespaldas actuaran como Liam, el mundo sería un lugar más seguro para vivir.

Hablando de Liam, mi pequeño está en una esquina del cuarto, con cara de fastidio.

—Creo que no le gustó mucho nuestra visita —comenta Harper, mirando a mi hijo con cariño.

—Liam está terriblemente celoso de Dan. Son mejores amigos —explico, extendiendo la mano hacia mi hijo del medio.

Él duda, pero camina hasta mí. Beso la cabeza del niñito molesto de tres años y me inclino para susurrarle al oído.

—¿No quieres jugar con ellos también, cariño? El juego parece divertido.

Liam niega con la cabeza de inmediato.

—Si ese niño lastima a Dan, yo le voy a pegar.

Sé que lo dice en serio.

A Liam no le molesta prestar sus juguetes o su ropa a Dan o a otros niños, pero cuando se trata de interactuar con las personas que quiere, se pone celoso.

Y por eso mira al hijo menor de Mary con furia en los ojos.

—¿Hacemos un trato? Si te portas bien, le pido a Papá Noel que te entregue un regalo muy especial hoy en lugar de mañana.

Liam me mira sorprendido.

—¿Me va a dar un arma, mamá? —pregunta, con los ojos brillando de emoción—. Yo le pedí eso.

¡Por Dios!

El pánico empieza a apoderarse de mí, pero respiro hondo para mantener la calma. William evita manipular armas cerca de los más pequeños, pero Liam ve soldados armados por toda nuestra propiedad todo el tiempo.

Casi me desmayo del susto cuando me pidió que escribiera una carta a Papá Noel solicitando un arma "igual a la de papá", pero, después de una larga conversación, logré convencerlo de pedir un perro.

—¿Cambiaste de idea, cariño? ¿Recuerdas? Pedimos un perrito.

—Ah —murmura, y le doy otro beso en su cabecita.

Una de nuestras empleadas aparece en la puerta y avisa que la cena está lista, así que pronto nos preparamos para bajar.

Dan busca a Liam con la mirada y sonríe cuando ve a su hermano, que le devuelve la sonrisa. El hijo de Mary quiere tomar la mano de Dan, pero él se apresura a agarrar la manito de Liam, quien me mira con expresión orgullosa y satisfecha.

—No te preocupes, mamá. Yo puedo cuidarlo.

—Lo sé, amor. Confío en ti —respondo, ayudándolos a bajar las escaleras.

Mis amigas vienen detrás de mí mientras conversamos, reímos y hablamos de nuestras vidas y de nuestros hijos.

Cuando llegamos a la sala, siento un calor recorrerme la piel y me giro, encontrándome con la mirada de mi marido clavada en mí. Los ojos de William recorren mi cuerpo de una forma que me enciende, y la sonrisa salvaje que me dedica antes de llevarse el vaso de whisky a la boca me hace pensar en cosas demasiado inapropiadas para una noche de Navidad.

Mi marido capta el contenido de mis pensamientos e inclina levemente la cabeza, invitándome al dormitorio.

Río y niego con la cabeza, sabiendo que es lo suficientemente loco como para escabullirse conmigo y hacerme tener un orgasmo antes de volver a la cena.

Vuelvo a la realidad cuando una de las hijas de Harper pasa corriendo junto a mí, casi me tira al suelo, y río mientras me agacho para acomodar el moño torcido de su cabello.

—¡Vamos, tía! ¡La comida se va a enfriar! —me dice, y sonrío mientras beso su mejilla.

Su dulce naturaleza siempre me hace pensar en Amber, la hija de Robert y sobrina de William, apenas unos meses menor que Dan. No es hija mía, pero la amo como si así fuera.

A veces, el impulso de protegerla es tan fuerte que llego a pensar que me la llevaría conmigo sin mirar atrás. Su madre es… terrible. Fría, impaciente, incapaz de ver el tesoro que tiene entre las manos.

Amber apenas tiene un año y, aun así, pasa demasiado tiempo sola, jugando en silencio, como si ya hubiera aprendido a no molestar. No recibe la atención que merece, su hermana mayor le pega y eso me parte el corazón. Por eso, siempre que puedo, voy a su casa y llevo a Dan para que juegue con ella. Aprovecho para llenar a la pequeña de juguetes, regalos, abrazos y risas, intentando compensar, aunque sea mínimamente, todo lo que le falta.

Su madre me odia y nunca se ha molestado en disimularlo. Pero eso no me afecta. Si necesito usar mi poder, mi posición y la autoridad de esposa de un Don para proteger a esa niña, lo haré sin pensarlo dos veces. Amber merece mucho más de lo que le dan.

Ya le he suplicado a William que la adoptemos. Más de una vez. Pero mi marido no se lleva bien con su hermano y fue honesto al decir que hay límites que ni siquiera él puede cruzar. Hay cosas en las que simplemente no puede intervenir.

Aun así, me niego a perder la fe. Creo, con todo mi corazón, que algún día Amber encontrará un camino hermoso. Tan hermoso como el corazoncito puro y dulce que lleva en el pecho.

El aroma de la comida invade la sala, mezclándose con el perfume a pino del árbol de Navidad. Todos se están muriendo de hambre, pero antes de ir al comedor somos previsores y nos tomamos una foto familiar.

—Después de comer, la ropa de los niños va a ser un caos —justifico, sentándome en el sofá y colocando a Dan en mi regazo.

William se sienta a mi lado, y Otto se coloca junto a él. Liam se acomoda cerca de mi pierna y toma la mano de Dan, entrelazando sus deditos con los de él.

Es Mary quien toma la foto con su teléfono móvil, una imagen simple y casera, pero que me llena el corazón de amor solo porque es mi familia la que está ahí.

Mis niños Belinni.

Le devuelvo el gesto a mi amiga y también tomo fotos de las familias de Mary y Harper.

—¿Y los regalos? —pregunta una de las hijas de Harper, y su madre explica que solo quienes se coman todo en la cena recibirán el regalo de Papá Noel.

La respuesta tiene tanto efecto que todos los niños salen corriendo hacia la mesa.

—Nunca vi niños tan desesperados por cenar —comenta Mary.

William se acerca y coloca la mano en la base de mi espalda, listo para guiarme al comedor. Ya no somos recién casados, pero él nunca dejó de tratarme así.

Cuidadoso, protector, romántico.

Mi dulce William.

—Solamente hoy, ya te he deseado mil veces —susurra en mi oído sin que nadie lo escuche.

Mis amigas me miran y contienen la risa, como si supieran lo que me dijo.

William me acerca una silla y apoya la mano en mi espalda baja cuando me siento, colocando a nuestros hijos menores en sus sillitas a nuestro lado antes de ocupar su lugar en la cabecera de la mesa. Nos sentamos todos, hacemos una oración para agradecer a Dios y enseguida comenzamos a comer.

El ambiente es liviano, los niños ríen y hacen lío mientras nosotros nos divertimos en medio del caos y recordamos historias del pasado.

Todos actúan con el máximo respeto cerca de mi marido y, aunque sé que debajo de su ropa hay armas listas para actuar al menor signo de peligro, su postura está relajada y parece feliz.

Durante la cena, Otto imita todo lo que hace William. A Liam no le gusta pedir ayuda y es realmente bueno haciendo las cosas solo. Dan quiere hacer lo mismo que Liam, pero termina ensuciándose porque aún no tiene la coordinación de su hermano, y a ninguno de nosotros le molesta el desorden.

Porque eso llena nuestra casa de vida.

La ropa manchada de comida significa que tenemos alimento en la mesa, y las huellas de pies y manos por toda la casa representan que mis pequeños están aquí.

Y ellos son mi mayor regalo.

Después de la cena, volvemos junto al árbol de Navidad, cantamos canciones y bailamos antes de abrir los regalos.

Dan se pone eufórico con su carrito de juguete, Otto parece feliz con su nuevo teléfono móvil y Liam permanece quieto en el sofá, esperando su regalo sin apurar a nadie.

Miro a William y él asiente, trayendo poco después una cajita con un cachorro dentro.

Un rottweiler negro.

Mi marido se arrodilla frente a Liam y le entrega el regalo a nuestro hijo.

—Feliz Navidad, hijo. Él es tu primera responsabilidad, cuídalo bien.

Liam salta del sofá con una sonrisa en el rostro y, segundos después, está abrazando al cachorro, un gesto inesperado para todos nosotros.

—Gracias, papá —dice, sonriendo mientras el perrito le lame el mentón.

—Fue tu mamá quien te lo dio —dice William, y los ojitos oscuros de mi hijo se encuentran con los míos.

—Gracias, mamá.

Me inclino sobre él y lo abrazo junto con el cachorro, amando ver la felicidad de mi niño. Beso su cabecita y le digo que lo amo, y luego me aparto para observarlo jugar con su regalo.

Otto se acerca para acariciarlo y Liam se lo permite, aunque no demasiado. *Celoso de lo que realmente importa.*

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta mi primogénito, y Liam no duda ni un segundo antes de responder.

—Thor.

—Es un buen nombre —dice Otto, revolviendo el cabello de Liam con cariño, y él sonríe en respuesta.

Los niños siguen jugando, los hombres beben y conversan sobre negocios. En poco tiempo, mis amigas y yo volvemos a quedar solas, reunidas en un rincón, como en los viejos tiempos.

—Lo logramos, ¿no? —susurra Mary, alternando la mirada entre Harper y yo—. Logramos vivir nuestra historia de amor.

—Es mejor de lo que imaginábamos —responde Harper, acariciando su vientre redondo con una sonrisa serena. Asiento con la cabeza, sintiendo una presión agradable en el pecho.

—¿Los planetas están alineados? —bromeo con Mary, provocándole una risa suave mientras se encoge de hombros.

—No lo sé —responde—. Después de que una persigue su propia felicidad, los astros externos pasan a ser mucho menos importantes.

—Puede ser —digo, desviando la mirada hacia la ventana, donde la nieve cae despacio, en silencio, cubriéndolo todo de blanco —. Pero todavía me gusta creer en aquella teoría que me contaste hace años.

—¿Cuál? —pregunta, y me giro para mirar la sala llena de música, regalos, risas, conversaciones… y a nuestra familia.

—La de que *cosas hermosas y mágicas suceden en Navidad* —respondo.

Mis amigas siguen mi mirada y, durante algunos segundos, nadie dice nada.

—Tienes razón —murmura Mary, con los ojos brillantes—. Esto es mágico.

Nos quedamos en silencio, solo contemplando la escena, dejando que el momento se grabe en la memoria.

Mejor que todo lo que alguna vez leí.

Más especial que todo lo que alguna vez soñé.

Sí, esto es mágico.

Esto es amor.



CAPÍTULO 18

William Belinni

Tres años después

El hierro golpea el suelo con un sonido seco cuando termino la serie de ejercicios. Estoy en el gimnasio de mi casa y, al alzar la vista hacia el espejo frente a mí, veo a Otto en la entrada, observándome con esa mirada vacía que le es tan característica.

Acaba de cumplir dieciséis años.

Ya tiene casi mi estatura y se parece mucho a mí, aunque Liam es el hijo cuya apariencia se asemeja más a la mía.

Otto es más centrado y controlado que sus hermanos menores, aunque resulta violento y cruel en todas las tareas que le asigno.

Dan y Liam todavía no han desarrollado autocontrol y son demasiado explosivos y testarudos para ser niños de cinco y seis años, pero eso no me preocupa. Con el tiempo, es posible enseñarles a manejar la ira contenida; lo que es imposible es enseñar a un cobarde a tener valor y a comportarse como un hombre.

Hay cosas que son instinto, no aprendizaje.

—Quítate la camisa —le ordeno a Otto, levantándome para tomar una botella de agua.

Obedece sin dudar, arrancándose la camisa blanca del uniforme, manchada de sangre seca. Hay marcas rojas en sus brazos, cuello y rostro, pero sé que esa sangre no es suya.

Nunca lo es.

Aun así, cuando me acerco para darle el agua, reviso si hay cortes, respiración irregular, temblores en las manos o cualquier señal de herida o trauma.

Nada. Está demasiado tranquilo.

—¿Cuántos? —pregunto, tomando la toalla y secándome el sudor del rostro.

—Dos —responde con voz firme—. Estaban vendiendo en la escuela, no era droga de la Outfit.

Asiento despacio.

Dos mocosos, hijos de abogados, compraron droga barata, la mezclaron con alguna porquería y empezaron a revenderla dentro de la escuela, creyéndose listos. Ordené que los padres fueran interrogados a nuestra manera y, después de presionarlos, descubrí que los chicos estaban actuando sin el consentimiento de ningún adulto.

Y como tengo una organización entera que mantener en pie y no tengo tiempo para educar hijos ajenos que confunden privilegio con impunidad, ordené que Otto se encargara del asunto y extrajera información.

—Hice lo que debía hacerse —continúa.

—¿Están vivos?

—Lo suficiente como para responder más preguntas —dice, y la comisura de su labio se curva en una leve sonrisa—. Están encerrados.

Camino hasta el banco de *press* y me siento, señalando el banco frente a mí.

—Siéntate.

Él obedece.

—Confesaron que actuaban solos, pero necesitamos interrogar a los padres para confirmarlo —continúa.

—Ya los mandé a investigar.

—¿Ya obtuviste todas las respuestas? —pregunta, frunciendo el ceño. Asiento con la cabeza—. Entonces ¿por qué dejaste que yo los torturara?

Me inclino hacia adelante, apoyando mis codos sobre mis rodillas.

—Primero, para enviar un mensaje: nadie pasa por encima de la Outfit. Segundo, porque quería que resolvieras el problema a tu manera. —Sostengo la mirada de mi hijo, que me observa de igual a igual—. Algún día serás Don y, cuando ese día llegue, no habrá nadie por encima de ti para compartir el peso.

Él hace una respiración profunda.

—Uno de ellos me suplicó usando el nombre de su familia. Dijo un montón de mierda emotiva para intentar escapar.

—Eso no cambia nada —digo—. Un hombre cobarde usa cualquier cosa para huir del dolor, pero eso no puede afectarte la cabeza.

Tomo una toalla limpia y se la lanzo.

—Límpiate el rostro.

Pasa la tela por la mandíbula y las manos.

—¿Estás temblando? —pregunto.

—No.

—Entonces sube y date una ducha. Tu madre debe estar regresando de una visita a la casa de la viuda de un soldado y no quiero que te vea así.

Otto asiente y se levanta para salir del gimnasio, pero antes de cruzar la puerta, Rebecca entra en el lugar y se queda paralizada.

Su mirada recorre las manchas de sangre en el cuerpo de Otto y veo el instante exacto en que el pánico se apodera de su rostro.

Ay, Bec.

Mierda.

—No es mía, mamá —se apresura a decir Otto, intentando tranquilizarla. Ella traga saliva, pero mantiene la compostura.

Rebecca no es ingenua como para creer que nuestros hijos estarán al margen de la mafia. Aun así, cada vez que algo del involucramiento directo de Otto se vuelve concreto ante sus ojos, eso la sacude.

Como la madre protectora que es, sé que, si pudiera, mi Bec levantaría su propio cuerpo como escudo para impedir que ellos fueran tocados por la violencia y los riesgos del inframundo.

Pero ella conoce el peso de nuestro apellido. Conoce el precio de ser quienes somos. Y sabe que, en el futuro, será Otto quien cargue sobre los hombros la responsabilidad de gobernar la Outfit.

Aun así, para ella poco importa el destino de nuestros hijos. A los ojos de mi mujer, nuestros tres niños nunca dejarán de ser solo eso: sus niños.

Sobre sus tacones, Bec camina despacio hacia Otto, y su mirada está tan quebrada que una parte de mi pecho se rompe con ella. Odio verla sufrir.

Le acaricia el rostro con ternura, atenta a cualquier golpe o herida. Él es más alto que ella y, por amor y respeto a su madre, Otto se inclina, permitiéndole examinarlo.

Sus ojos están llenos de lágrimas y sé que está conteniendo el llanto. Quiero ir hacia ella y atraerla a mis brazos, pero sé que

necesita este momento.

Mientras evalúa a nuestro primogénito, el hombre que liderará la mafia en algunos años, hago una oración silenciosa para que Dios no permita que nada les suceda a nuestros niños.

Porque si alguno de ellos se lastima algún día, Rebecca Belinni se quebrará.

Ella es la razón de mi vida. Pero, para ella, ellos están por encima de todo.

Y amo que sea así. La admiro aún más por ser la madre protectora y cuidadosa que es.

—Mi amado hijo —susurra, sosteniéndole el rostro entre las manos. Otto inclina un poco más la cabeza, dejándola besar su frente—. Por favor, no te lastimes.

—No lo haré, mamá.

La voz de Otto es grave; ya habla como un hombre, pero aunque su promesa suene sincera, ninguno de nosotros puede garantizarlo.

Estar en la cima de la mafia es vivir con un blanco apuntando al centro de la frente.

—Nunca olvides que te amo. Te amo por tu corazón, antes que por cualquier otra cosa.

—Yo también te amo —responde, y recién entonces ella se aparta.

Otto pide permiso para ir a ducharse y Rebecca le dedica una sonrisa triste. Cuando él se va y ella permanece inmóvil, conteniendo el llanto, es cuando me levanto, sintiendo la frustración recorrer cada célula de mi cuerpo.

Llego hasta ella a una velocidad vertiginosa, la atraigo contra mi pecho y la abrazo con fuerza.

Ella solloza entre mis brazos, y beso la coronilla de su cabeza hasta que se calma, susurrándole al oído cuánto la amo.

Cuando deja de llorar, limpio sus lágrimas y beso su boca en un beso suave y prolongado. Apoyo mi frente en la suya y llevo una mano a su cuello, controlando los latidos de su corazón.

Poco a poco, el ritmo se vuelve más tranquilo.

—Mírame, amor —le pido—. Una vez me dijiste algo, y voy a repetírtelo. Otto no es un hombre malo, Bec. Es solo un chico que está siendo moldeado para gobernar un mundo malo. No puede ser débil, cariño. Necesita matar para sobrevivir, en todos los sentidos que eso implica. Nuestro hijo será el Don, y eso significa que será violento y peligroso para todos los que escuchen nuestro apellido, que deberá construir una reputación y dejar un legado, pero nada de eso cambia lo esencial: siempre será tu niño, el hijo que nació de ti, al que meciste en tus brazos y cuidaste con tanto amor.

—Lo sé, es solo que… tengo miedo de que se pierda. De que la oscuridad lo engulla de alguna manera y de que no sea feliz.

—La mafia es lo que nos rodea, pero nuestros hijos serán felices, Bec. Tendrán sus familias, nos darán nietos y llenarán esta casa en las fechas especiales. Ya lo verás.

Beso sus labios con ternura y ella me corresponde, suspirando contra mi boca. Confía en mis palabras, descansa cuando yo tomo el control y, en el fondo, acepta lo que no se puede cambiar.

Profundizo el beso, disfrutando de su sabor, y pronto su cuerpo se calienta. Estoy a punto de llevármela arriba cuando su teléfono móvil vibra dentro de su bolso.

—No —digo con autoridad, queriendo toda su atención para mí—. Vamos a ducharnos juntos, Bec. Quiero hacerte sentir bien.

—Necesito atender. —Se ríe, soltándose de mi agarre—. Mary dijo que estará en Chicago en los próximos días y estoy organizando una reunión para tomar un café con nuestras amigas de antes.

Aunque no quiero hacerlo, la suelto y la dejo salir para hablar por teléfono. Todo mi cuerpo arde por ella, pero verla sonreír cuando atiende la llamada hace que la presión en mi pecho disminuya.

Mi propio teléfono móvil suena y capta mi atención. Frunzo el ceño al ver que es la directora de la escuela de los niños, pero dudo mucho que me esté llamando para cuestionar la actitud de Otto con sus dos compañeros.

Nadie se interpone en nuestro camino.

Me bastan unos segundos para entender que el motivo de la llamada no era Otto, sino una acción de Liam y Dan. Estaban jugando al fútbol en la escuela cuando un chico intentó derribar a mi hijo menor. Liam y Dan avanzaron juntos, sin dudar, y tuvieron que apartarlos de encima del niño antes de que el daño fuera mayor. Según me informó la mujer, el chico salió bastante lastimado, pero nada grave, después de todo mis dos hijos menores tienen cinco y seis años, y su fuerza aún no está completamente desarrollada.

Pido el contacto de los padres del niño y le dejo claro que me haré cargo de todos los gastos médicos, pero que no voy a advertir ni castigar a mis hijos por haberse defendido.

Y la escuela tampoco debe hacerlo.

Cuelgo la llamada y enseguida Bec regresa hacia mí. Su expresión es alegre y eso me llena de satisfacción.

—¿Ahora puedo tener a mi esposa solo para mí? —pregunto, sin la menor intención de mencionar el incidente en la escuela que acabo de conocer.

Yo me encargaré de ese lado de nuestros hijos. No quiero que ella se altere más.

Bec sonríe ante mi pregunta, y eso es todo lo que necesito para saber que mi invitación fue aceptada.

—Soy tuya antes que nada, querido. Para siempre, ¿lo recuerdas?

Su respuesta me hace sonreír y, sin esperar un segundo más, subo las escaleras con ella en brazos, decidido a llevarla al dormitorio y hacerle olvidar todos los problemas. Todos los miedos, las tristezas y las inseguridades.

Hasta que solo quedemos nosotros dos.

CAPÍTULO 19

Rebecca Belinni

Estoy en la sala de casa, observando el jardín a través de la ventana. Es de madrugada, pero William tuvo una emergencia y salió con Otto hace una hora. Después de eso, no logré volver a dormir.

Pensé mucho en mis hijos, en las manchas de sangre en el cuerpo de Otto en el gimnasio y en la seguridad de mi familia. Haber nacido como una princesa de la mafia no me dio opciones sobre mi futuro, y aunque habría tenido la posibilidad de llevar una vida más tranquila si me hubiera casado con Clark, jamás elegiría otro camino que no fuera unir mi vida a la de William Belinni.

—¿Mamá? ¿Estás triste? —Una voz baja y ronca resuena detrás de mí y me giro, viendo a Liam en el primer escalón de la escalera, mirándome con su pijamita.

—¿Qué haces despierto, querido?

Liam no responde. Camina hasta mí y frunce el ceño al observar mi rostro.

—No llores, mamá —dice, y solo entonces me doy cuenta de que hay lágrimas corriendo por mis mejillas.

Me las seco antes de arrodillarme frente a él.

Ya está tan grande… Liam es la copia de William, pero su mirada logra ser aún más oscura. Mucha gente le tiene miedo, aun siendo solo un niño de seis años, pero yo nunca conocí a un chico más dulce que mi pequeño del medio.

—No estoy llorando, amor mío —digo, acariciándole el cabello —. ¿Y por qué no estás en la cama? Es tarde.

—Thor ladró, me desperté y después no pude volverme a dormir. Vine a dar una vueltita.

Suelto una risa suave y él lleva su manito hasta mi rostro.

—Te ves más bonita cuando sonríes. No llores —dice, y no sé si sonreír o llorar por lo que acaba de decir. Es tan atento…

—Eres muy bueno en eso, ¿sabías? En cuidar a las personas.

—Solo a ti y a Dan —dice con total naturalidad, haciéndome contener la risa.

El cuidado y la atención de Liam son selectivos, pero su hermano menor es su persona favorita en todo el mundo. Me alegra saber que yo también soy alguien importante para él.

—Los cuidaré a ambos para siempre. Te lo prometo, mamá.

Veo sus ojitos negros como la noche. Sus rasgos infantiles, su forma inocente y preocupada de ser, y el corazón me duele tanto que me cuesta no romper a llorar.

Es difícil ver a un hijo siendo moldeado para la violencia. Y saber que, muy pronto, Liam también estará allá afuera con Otto y William me llena el pecho de preocupación.

—¿Puedes prometerme algo, mi amorcito?

—Claro, mamá. Soy un hombre de palabra, igual que papá.

Beso su cabecita y lo abrazo con todo el cariño que soy capaz de darle. Liam me rodea con sus bracitos pequeños y me deja abrazarlo, aún sabiendo que no le gustan demasiado este tipo de demostraciones de afecto.

Es un niño más frío en ese sentido, pero no conmigo. Mi pequeño amor tiene uno de los corazones más dulces que he visto.

—Nunca pierdas tu esencia con las personas que amas, ¿está bien? El mundo puede exigirte, en algún momento, que hagas cosas complicadas… pero sé bueno con tu familia. No dejes que la oscuridad cubra tu corazón.

—Te lo prometo, mamá.

Sonrío al ver la rapidez con la que sella su promesa.

Mi querido Liam… realmente es un niño especial.

—¿Vamos a buscar algunas galletas? —pregunto—. Después podemos sentarnos ahí en el sofá y escuchar un poco de música suave.

Él asiente con la cabeza y enseguida estamos comiendo sobre el tapizado lujoso, sin importarnos las migas que caen sobre la tela.

Elijo una pieza clásica de mi playlist y sonrío en cuanto la melodía comienza a sonar.

—Mamá, cuando crezca voy a aprender a tocar el piano para que estés feliz.

—Oh, querido…

—Sé que te gusta la música, entonces puedo tocar para ti todos los días —responde, con la boca llena de galletas de chocolate.

—Cuando crezcas, vas a querer tener tu propia casita lejos de mamá y vivir con una familia encantadora.

—Me gusta nuestra familia. No necesito tener otra —explica, y su inocencia me hace reír. Pero entonces algo le llama la atención y cambia—. ¿O me vas a dejar? Vi en la televisión a un niño cuya madre lo abandonó.

—Nunca, Liam. Nunca te voy a dejar.

—¿Ni siquiera si desobedezco?

—Ni siquiera así.

—¿Ni siquiera si hago algo malo?

—No.

—¿Y si lastimo a algún niño porque intentó pegarle a Dan, vas a enojarte conmigo?

Siento algo parecido a una confesión en sus palabras, pero este no es el momento de lidiar con eso.

—Hay otras formas de resolver los problemas, pero nada me haría dejarte. Mucho menos dejar de amarte. Tú y tus hermanos son mi mayor riqueza.

Liam se ríe.

—¿De qué te ríes?

—¿Más valiosa que ese anillo elegante que papá te dio? Parece carísimo.

¿El anillo de diamantes raros?

Eso, definitivamente, es muy caro.

—Más que cualquier otra cosa —respondo.

—Entonces nunca me vas a abandonar, ¿verdad?

—Liam Belinni, nada en este mundo me haría abandonarte o dejar de amarte, ¿entendiste? Incluso si tú dejaras de amarme, aun así yo te amaría con cada pedacito de mi corazón.

Pone los ojos en blanco.

—Imposible. Siempre voy a amarte, mamá.

—¿Mucho?

—Muuuuuuuucho. —Abre los brazos y yo lo atrapo como una madre sobreprotectora desesperada por afecto, agradeciéndole a Dios por estar viviendo este momento con él.

Aunque no sea eterno.

Aunque sepa que el tiempo se va a escurrir como arena entre mis dedos y que pasará más rápido de lo que imagino.

Aunque pronto mis hijos ya no quepan en mi regazo, no me den abrazos tan apretados ni me consideren la mujer más increíble

del mundo.

Aun así, soy agradecida.

Porque aquí y ahora, los tengo conmigo.

—¿Puedo ponerte una canción especial, amor mío?

—¿Una canción bonita?

—Hermosa. Me hace pensar en ti.

—Está bien. —Asiente—. Cuando crezca, aprenderé a tocarla en el piano para ti.

Le sonrío a mi niño y tomo el teléfono móvil, poniendo la música en un volumen muy bajo para no despertar a Dan arriba. Liam se acomoda a mi lado y beso su cabecita, cerrando los ojos para grabar en mi memoria la sensación de tenerlo tan cerquita.

—¿Cómo se llama esa canción, mamá? —pregunta en cuanto el piano comienza a sonar.

Tú eres mi rayo de sol, mi único rayo de sol.

Tú me haces feliz cuando el cielo está nublado.

—"You Are My Sunshine" —respondo—. ¿Te gustó?

—*Sunshine* —repite el nombre, con sus ojitos curiosos brillando—. Me gustó, mamá. Cuando tenga una novia, la voy a llamar así.

Vuelvo a reír con lo que dice mi pequeño, es demasiado despierto para su edad.

—Ella será una chica con mucha suerte, amor mío —digo, besando otra vez su cabecita.

—Yo también lo voy a ser. Ella va a ser bonita y no me va a dejar tampoco, mamá. Igual que tú.

La música sigue sonando, con la melodía llenando los oídos atentos de Liam y mi corazón. En ese momento, le pido a Dios que prepare a una buena persona para mi hijo.

Alguien que lo ame tan profundamente que no lo deje en sus días difíciles. En los días grises y nublados que, inevitablemente, llegan para todos los que están inmersos en el mundo de la mafia.

Alguien tan luminosa que sea su luz.

Su rayo de sol. Su *Sunshine*.

EPÍLOGO

Rebecca Belinni

Muchos años después

Es Navidad, mi casa está llena y mi corazón parece a punto de desbordarse de felicidad. Mi familia está reunida, el árbol está repleto de regalos y el aroma delicioso de la cena invade todo el ambiente.

La música es agradable de escuchar, pero el sonido de las conversaciones y las risas es aún más fuerte. Y eso me encanta.

—Maldita sea, Owen —gruñe Ethan, hijo de Otto, a su hermano gemelo cuando tira una carta sobre la mesa—. ¿Jugaste eso a propósito o estás intentando probar alguna teoría psicológica sobre el autosabotaje?

Mis nietos están jugando a las cartas en una mesa, pero Owen nunca ha tenido paciencia para ese tipo de juegos. Es enorme, un prodigio en los deportes y ya uno de los atletas más codiciados por equipos profesionales. Tiene una fuerza física

envidiable, comparada con la de la mayoría de los chicos de su edad, pero, definitivamente, los juegos de cartas no serían su punto fuerte en una competencia.

—Es solo un juego, carajo. Deja de llorar.

—Te quejas de Owen todas las veces, pero sigues llamándolo para que sea tu pareja —provoca Savannah, la hija del medio de Dan, con una sonrisita en el rostro.

—Obvio. ¿Con quién se supone que debo jugar? —replica Ethan, indignado—. Arthur solo juega contigo, a Alice no le gusta jugar, Emma solo se interesa por ropa, zapatos y películas románticas, y Ava todavía es demasiado pequeña.

—Confía en mí, vamos a ganar. Esto es estrategia —se defiende Owen, inclinando la cabeza hacia atrás con arrogancia y una sonrisa encantadora.

He oído que las chicas están enamoradas de su sonrisa.

—Claro —comenta Savannah, intercambiando una mirada cómplice con Arthur antes de bajar la carta correcta—. Todo error grave se vuelve "estrategia avanzada" cuando sale mal.

Antes de que Owen y Ethan puedan recuperar la jugada, Arthur la completa y golpea las cartas contra la mesa.

—Gracias por la contribución involuntaria, Owen. Papá Noel lo agradece. —Se ríe el primogénito de Otto antes de guiñarle un ojo a Savannah, su pareja inseparable en los juegos.

Solo se llevan tres años de diferencia y siempre se han llevado bien. Ella es astuta, él es inteligente. A ambos les gustan las competencias que exigen razonamiento.

Ethan se pasa la mano por el rostro, de forma teatral.

—Nuestro padre siempre dijo que, en la mafia, se eliminan los eslabones débiles. Yo debería eliminarte —amenaza, mirando a su hermano gemelo.

Son casi idénticos. Las únicas diferencias son que Ethan tiene más tatuajes, y Owen tiene más músculos y hoyuelos en las mejillas cuando sonríe.

—Relájate, yo hago tu vida más liviana —responde Owen, apoyándose en la silla y sonriendo—. Te encanta mi compañía.

—Owen, ¿por qué no te vas a la mierda?

—Ethan —advierte Otto a unos metros, sosteniendo la mirada del hijo con seriedad. Está conversando con William, pero, al parecer, sus oídos están atentos a todo el ambiente.

Otto es el Don de la Outfit desde hace bastante tiempo. William le cedió el poder después de que Dan y Liam sufrieran un accidente, pero continuó ayudándolo como su Consejero. Implacable, estratégico y poderoso, el nombre de mi primogénito es respetado y temido en todos los continentes.

Se enamoró perdidamente de la hija de un traidor de la mafia rusa y movió cielo y tierra para quedarse con ella. Alina es considerada una de las mujeres más hermosas del mundo y, junto a mi Otto, tuvieron tres hijos: Arthur y los gemelos Ethan y Owen.

Alina está sentada en el sofá a unos metros, junto a Milena, la esposa de Dan, y Emma, la menor del matrimonio. Milena era una bailarina brasileña que huyó de su destino y asumió otra identidad al esconderse en Chicago. Mi hijo se volvió loco por ella, y esa obsesión dio frutos. Se casaron y tuvieron tres hijas mujeres: Alice, Savannah y Emma.

—Y entonces… ¿qué va a pasar con él? —Emma se inclina hacia adelante, con los ojos muy abiertos y brillando de ansiedad mientras mira a la esposa de Otto—. Dime que va a lograr escapar de la prisión y que va a ir tras ella, por favor. ¡Ella no puede casarse con ese monstruo!

Alina es escritora de novelas románticas, y Emma es su lectora más fiel y entusiasta. Las dos pasan horas debatiendo

tramas, giros y finales posibles, y la primera dama de la Outfit siempre le pide la opinión a mi nieta, que se ofrece con una seriedad casi profesional.

Al principio, pensé que Alina hacía eso solo por cariño, para alimentar el entusiasmo de la niña. Pero Emma creció. Se convirtió en una joven sagaz, sensible y absurdamente perspicaz. Hoy estoy segura de que Alina realmente toma en cuenta sus sugerencias y, conociendo a mi nuera, no dudo de que algunos finales felices hayan nacido de esas conversaciones improvisadas.

—Ella no se va a casar con ese hombre —asegura Alina, con una sonrisa cómplice—. Quédate tranquila. El único que tiene su corazón es el príncipe.

Emma se lleva la mano al pecho, de forma dramática.

—Dios mío… eso es tan bonito. —Suspira—. ¿Crees que algún día yo viva una historia de amor así de linda?

Milena se ríe por lo bajo y pasa los dedos por el cabello de su hija.

—Vas a vivir algo aún mejor —responde con dulzura—. Pero no porque se parezca a un libro, sino porque será real.

—Y un poco caótico —añade Alina, guiñándole un ojo a Emma —. Las historias demasiado perfectas no sobreviven a la vida real.

—Menos mal —dice Emma, pensativa—. Me gusta cuando el amor tiene que luchar un poco.

Sonrío ante la respuesta de mi nieta romántica, pero enseguida mi atención se desvía al escuchar el rugido fuerte de motores afuera.

Me acerco a la ventana y sonrío al ver los coches deportivos de Dan y de Liam estacionándose frente a la propiedad.

La puerta del coche de Liam se abre y Alice salta del asiento del conductor, riendo, con la llave aún girando entre los dedos.

La hija de Dan es su viva imagen, y no solo físicamente. El parecido está en la actitud, en la osadía, en los gustos. Alice ama las carreras de coches, la velocidad y la adrenalina. Solo no está al frente de las carreras clandestinas de la Outfit junto a su padre porque él se encargó de poner un límite e insistir en que siguiera un camino más tradicional.

La mafia es un ambiente profundamente machista, y Dan quiere que su hija tenga algo que nadie pueda quitarle: un título, educación, autonomía. Antes de cualquier trono o territorio, quiere que Alice sepa sobrevivir y vencer por su propio potencial.

Ella escuchó el consejo de su padre y fue a la universidad, optando por la carrera de Derecho. Muy pronto, Alice se convertirá en abogada y comenzará a actuar en las empresas de la familia, ocupando su lugar no solo por el apellido que lleva, sino por la competencia que construyó.

—¡Te dije que podía ganarte! —exclama, eufórica, señalando a su padre en el otro coche.

Dan sale del vehículo con una sonrisa amplia, mirando a su hija exaltada. La forma en que la observa hace que mis ojos se llenen de lágrimas. Siempre fue un padre maravilloso.

—Lo dijiste, querida. Felicitaciones —responde, orgulloso, a la joven hermosa de cabello negro, mientras Liam se acerca.

—Tu padre es un maldito cobarde al volante —se burla Liam.

Dan levanta el dedo medio como un adolescente y se ríe.

—Vete a la mierda, Liam.

Liam estuvo junto a Alice, apoyándola en la carrera contra Dan. Mi hijo menor comanda carreras clandestinas y peleas ilegales, pero, al parecer, está perdiendo su puesto de invicto.

Arthur, el hijo mayor de Otto, ya es capaz de vencerlo en las peleas.

Y Alice, su hija, es más rápida en las carreras.

—Creo que el tío Liam tiene razón, papá. Te estás oxidando —lo provoca ella.

Liam abre una sonrisa enorme y extiende la mano. Alice choca la palma con la suya y le guiña un ojo, un ritual ya establecido entre ambos. Alice y Liam son casi cómplices cuando se trata de burlarse de Dan.

Suben las escaleras y yo contengo las lágrimas cuando cruzan la puerta.

Durante mucho tiempo, la idea de ver a Liam interactuar nuevamente con nuestra familia parecía imposible. Antes de que Alice naciera, él y Dan sufrieron un accidente de coche. Liam se golpeó la cabeza y, sumado a su negativa a seguir un tratamiento, perdió su inteligencia emocional.

Se transformó.

Se distanció de nosotros.

Se alejó incluso de su mejor amigo, el hermano menor al que juró amar y proteger.

Fue el período más oscuro de mi vida. Y, a causa de eso, William se retiró para poder quedarse más cerca mío.

Los días grises terminaron y todo cambió cuando una chica rubia, de corazón enorme, apareció en su vida. Liam ya no sentía nada por nadie, pero lo sentía todo por ella. Y ella… bueno, ella sentía por ambos.

La historia de amor de ellos es una de las más hermosas que he visto suceder. Fue este amor lo que lo transformó.

Lo que trajo a mi Liam de regreso con nosotros.

Los tres entran a la sala, y mi nieta mayor es la primera en correr a abrazarme.

—¿Viste, abuela? —pregunta, señalando hacia afuera—. Acabo de manejar un Lamborghini que cuesta nueve millones de dólares. ¿Puedes creer la sensación de conducir esa máquina?

—Me lo imagino, querida mía.

El recuerdo de muchos años atrás, cuando William fue hasta mi casa para llevarme a conducir su coche caro, me invade, y mi sonrisa se ensancha.

El tiempo pasa tan rápido…

—Maldición, Alice habla como si mi coche fuera una porquería —refunfuña Dan.

Ella se encoge de hombros.

—El del tío Liam es más nuevo.

—Criamos hijos, pasamos noches en vela, para recibir esta ingratitud —dramatiza.

Alice ríe, abraza a su padre y besa su mejilla.

—¿Estás muy celoso, papá?

Él besa la coronilla de su cabeza y se ríe, mientras Liam no pierde la oportunidad:

—Admite que soy la persona favorita de tu hija, Dan. Aceptarlo te va a ayudar a superarlo.

Dan me abraza, todavía refunfuñando con Liam, pero sus ojos delatan la verdad: está feliz.

Feliz por tener de vuelta a su mejor amigo.

Y por ver al hermano que tanto ama cuidando y amando a una de las personas más importantes de su vida: su hija.

Alice se aleja con su padre, y pronto me quedo a solas con Liam. Cuando sus ojos se posan en mí, su primera reacción es esa sonrisa hermosa, idéntica a la de su padre.

—Hola, mamá.

—Hola, querido mío.

Me atrae hacia su pecho en un abrazo apretado y suelto el aire de mis pulmones, todavía sin creer que estoy abrazando a mi Liam otra vez. Envuelta por el aroma familiar y el calor de mi hijo, agradezco en silencio por este instante. Por que esté aquí. Por que estemos todos.

—¿Dónde está ella? —pregunta enseguida, apartándose lo justo para mirarme. Sus ojos están cargados de cariño y de una ansiedad serena que reconocería en cualquier lugar.

Su *Sunshine*.

Antes de que tenga tiempo de responder, la rubia aparece en lo alto de la escalera, con la pequeña Ava acurrucada en sus brazos, y es como si alguien hubiera presionado un botón invisible. De inmediato, las conversaciones cesan, los movimientos se ralentizan y todas las miradas se dirigen hacia ellas.

Liam suelta un suspiro bajo. La sonrisa que se abre en su rostro es luminosa, plena, la más hermosa que he visto.

Él siempre sonríe así cuando mira a sus chicas, como si nada en el mundo pudiera salir mal mientras ellas existan.

—Ava ya no quería dormir —comenta su esposa, divertida—. Creo que prefiere el caos de la familia.

El efecto es inmediato. La gente se pone de pie, surgen risas y los pasos se apresuran hacia la escalera.

Ava Belinni, la bebita rubia de ojos idénticos a los de Liam y la sonrisa dulce de su madre, abre los ojos con asombro al ver al grupo familiar. Sonríe de oreja a oreja y empieza a aplaudir, completamente encantada.

—¿Por qué querría dormir si puede ser mimada y consentida por nosotros? —pregunta Alina, extendiendo ya los brazos.

La madre entrega a la bebé sin dudar, y todos se reorganizan alrededor de Alina, haciendo muecas, vocecitas y gestos para hacer sonreír a la hijita de Liam. Ava ríe, con una carcajada alta y feliz que parece iluminar toda la sala.

Miro a Liam.

La sonrisa sigue ahí, y él es un padre profundamente orgulloso. Ama ver a su hija siendo adorada, pero mientras Ava recibe atención, se aleja discretamente del círculo y va hacia su esposa. Rodea a la joven rubia con los brazos y besa su sien.

—¿Estás bien, querida? —pregunta en voz baja, solo para ella.

Sunshine asiente, inclinando la cabeza para mirarlo.

—Ahora sí —responde, tocando su rostro con la punta de los dedos—. Ahora volviste conmigo.

Liam apoya la frente en la de ella, creando ambos un pequeño mundo privado en medio del ruido.

Observo la escena con los ojos llenos de lágrimas y el corazón rebosante. Mi hijo, que nació rodeado de peligros, ahora construyó algo que ningún enemigo puede arrebatarle.

Familia.

Amor.

—¿Qué tal si tocamos una canción para Ava? —sugiere Milena, y Dan suelta una risa.

—No sabemos tocar, *Hechicera*.

—El tío Liam sabe —lo delata Alice.

Todas las miradas se dirigen hacia él, en una súplica silenciosa para que toque, pero es cuando su esposa lo llama que sé que va a ceder.

—¿Puedes tocar para nosotros, querido?

—Por supuesto, *Sunshine*.

Se toman de las manos y caminan juntos hasta el piano, pero antes de sentarse, Liam sostiene mi mirada por un segundo y susurra:

—Esta también es para ti, mamá.

Se coloca frente a las teclas y todos se sientan alrededor del piano, en silencio, esperando a que el mayor Ejecutor de la historia de Estados Unidos toque el instrumento.

Cuando comienza, William se coloca detrás de mí, me atrae contra su pecho y besa la curva de mi cuello mientras "You are my sunshine" de Christina Perri llena el ambiente.

Él es habilidoso y toca con una perfección incomparable. Ava también se queda quietecita, con sus ojitos atentos a los movimientos de su papá.

Ella estira los bracitos hacia él y, sin dudarlo, Liam deja de tocar el instrumento, coloca a su hijita en su regazo y luego vuelve a tocar.

Ava aprieta varias teclas, desordenando la melodía y el sonido, y Liam ríe de felicidad al ver el gesto de la pequeñita.

—¡Ella también quiere tocar el piano! —exclama Emma, aplaudiendo, y todos se derriten al ver las manitos regordetas presionando las teclas.

Todo es novedad para Ava. El mundo es nuevo, las cosas son hermosas, y es un privilegio poder acompañar de cerca el crecimiento de mis hijos y nietos.

William me abraza con más cariño y le devuelvo el gesto, pasando mis brazos por encima de los suyos, que rodean mi cintura. Me giro un poco para mirar su rostro, ya marcado por los años y las canas, pero tan hermoso como la primera vez que lo vi.

Él me regala su sonrisa salvaje, y mi memoria me lleva a aquella Navidad de hace tantos años, cuando me sonrió por primera vez.

Cuando me sacó a bailar.

—¿Liam? —llamo a mi hijo, sin apartar la mirada de mi marido —. ¿Puedes tocarnos una canción?

—"Tenerife Sea" de Ed Sheeran —dice William, como si leyera mis pensamientos y, por suerte, Liam conoce la melodía.

Estás tan maravillosa con tu vestido.

Me encanta tu cabello así.

La forma en que cae a un lado de tu cuello.

Por tus hombros y tu espalda.

Ya no somos tan jóvenes, pero aun así él me toma para bailar. En medio de la sala llena de regalos y adornos de Navidad, sus ojos sonríen al mirarme y su sonrisa salvaje no se va de sus labios.

Si esta fuera la última cosa que vea.

Quiero que sepas que eso es suficiente para mí.

Porque todo lo que eres es todo lo que siempre necesitaré.

Estoy tan enamorado, tan enamorado.

Y por extraño que parezca, una parte de mi corazón revive ese día: el de nuestra boda.

Desde que nos casamos, William es mi mejor amigo. Desde entonces, él se encargó de que no me sintiera sola. Desde entonces, cualquier lugar es un hogar cuando estoy con él.

Incluso en los días difíciles, que fueron muchos, él siguió siendo mi persona favorita. En los tristes, que fueron más de los que logro recordar, hizo algo bonito para alegrarme.

William Belinni me vio florecer después de haberme conocido en invierno, cuando aún estaba sin hojas y con el tronco y las ramas expuestos.

Me amó igual. Me sostuvo cuando me rompí. Me abrazó todos los días y no hubo un solo día en que no dijera que me amaba, incluso en los días en que discutíamos por alguna razón.

Brilla intensamente, cariño.

Ilumíname.

—Te amo, Bec —susurra, pegando nuestras frentes—. Y te amaré por siempre.

—Por siempre —respondo, porque así es nuestro matrimonio.

Eterno.

La canción termina, nuestros hijos y nietos aplauden, pero no nos separamos.

Seguimos con las miradas fijas el uno en el otro, recordando el comienzo de todo, cuando éramos solo nosotros.

Sé que algún día mi marido y yo dejaremos este mundo. Ningún poder, dinero ni apellido vence al tiempo. Pero aquí, rodeada por nuestros hijos, nietos y por la familia que construimos, siento una serenidad absoluta al entender que nuestra historia nunca fue solo sobre mafia.

Fue sobre amor.

FIN